

Franz Kafka

Meditaciones

Primera Edición: Marzo 1979.
Segunda Edición: Junio 1982.
Tercera Edición: Febrero 1984.
Cuarta Edición: Octubre 1984.
Quinta Edición: Marzo 1990.

FRANK KAFKA
MEDITACIONES

Traducción: José María Santo Tomás Colmenarejo.

© de la presente edición: YERICO, S. A.
CA Enrique Larreta, 12. 28036 Madrid. España.
Colección: Poesía y Prosa Popular, núm. 27.

I. S. 8. N.: 84-7889-012-2.
Depósito legal: M-7082-1990.

Impreso y encuadernado en Industrias Gráficas MARAL, S. A.
Camino de la Vega, 5. Nave 27.
San Fernando de Henares. 28850 Madrid.
Printed in Spain (Impreso en España).
Diseño de cubierta, maqueta y realización de la colección: Equipo ARCAN

NOTA DEL TRADUCTOR

El lector que lea este libro encontrará en él un lenguaje difícil, de gran complejidad gramatical. Largas y numerosas frases subordinadas, dependiendo de una sola oración principal, exigen del lector una gran concentración, una detenida lectura. ¿Cuál es la razón de esta complejidad?

Para poder contestar a esta pregunta es necesario conocer al propio autor, Franz Kafka, y el mundo literario en el que se desenvolvió.

Kafka es, como él mismo se define en su *Carta al padre*, un hombre atormentado. Tiene un mundo interno que constantemente entra en choque con la realidad circundante, y su actividad de escribir (como él la llama) es el resultado que dicho choque origina. Y de dos mundos difíciles, rudos, atormentados, no puede salir sino un producto difícil, complejo, enrevesado.

Y naturalmente es definitiva la influencia que en Kafka ejerce el movimiento literario en el que se encuadra: el expresionismo. Desde luego el expresionismo alemán no es comprensible sin Kafka. Ese afán descriptivo que tiene el expresionismo se manifiesta en Kafka con toda su fuerza; siente verdadera obsesión por detallar, describir el mundo, sea el exterior o el suyo propio. Analiza, apunta las reacciones de los personajes de sus obras, describe minuciosamente situaciones, como aquella en la que habla de su estancia en el templo y cómo compara el Arca de la Alianza con una barraca de tiro de una feria. No pasa por alto ningún detalle. Pero es obvio que para hacer una prosa descriptiva es imprescindible un intenso uso de las oraciones subordinadas. De ahí la infinitud de sujetos, verbos y complementos en una frase; de ahí el que éstas se alarguen interminablemente.

Y aquí es donde reside el problema para el traductor. Aparte de la posible dificultad técnica de la traducción —que puede solucionarse con un trabajo paciente—, el traductor se encuentra ante la siguiente disyuntiva: o traducir directamente, literalmente, respetando al máximo la prosa kafkiana, con toda la dificultad de lectura que ello entraña, o, por el contrario, dulcificar, pulir, suavizar la traducción, facilitando la tarea del lector.

Personalmente nos decidimos por la primera posibilidad, pues consideramos que ante todo una traducción debe ser fiel. Por supuesto, fiel al sentido de la obra, a la exposición, pero también fiel, en la medida de lo posible, al estilo literario del autor. Lo contrario sería falsear un texto con una traducción incorrecta. Técnicamente no habría sido difícil —al contrario, habría facilitado nuestro trabajo— acortar las frases, eliminar adjetivos, simplificar la sintaxis, etc. Esto hubiera cambiado asombrosamente el texto castellano. Se habría dulcificado y se facilitaría la lectura. Pero la persona que vaya a leer a Kafka sabe ya que ello no es una tarea fácil. Y poder

leer con facilidad a Kafka, gracias a una traducción benévola, ya no sería leer a Kafka ni leer un texto expresionista. Sería la traición de un Kafka blando, sin esa agresividad en su expresión, sin ese duro idioma alemán —tan bello y tan difícil— que él maneja. Una obra de Kafka traducida de esa forma lo habría perdido todo. Ya no sería Kafka.

J. M.^a S. T. C.

LA VERDAD SOBRE SANCHO PANZA

Sancho Panza, cosa de la que por cierto nunca se jactó, consiguió con el paso de los años, mediante el empleo, por la tarde y por la noche, de un buen número de novelas de caballería y ladrones, apartar de tal manera de sí el demonio, al que más tarde daría el nombre de Don Quijote, que éste representó, sin el menor recato, las acciones más alocadas, pero que en ausencia de un predeterminado elemento, que debía haber sido Sancho Panza, no dañaron a nadie. Sancho Panza, un hombre libre, siguió serenamente, tal vez a causa de un cierto sentimiento de responsabilidad, a Don Quijote en sus correrías, de lo que obtuvo un gran y provechoso entretenimiento hasta su final.

EL SILENCIO DE LAS SIRENAS

Como prueba de que también medios insuficientes e incluso infantiles pueden contribuir a la salvación.

Para protegerse de las sirenas se taponó Ulises los oídos con cera y se dejó encadenar al mástil. Naturalmente, algo parecido pudieron haber hecho desde siempre todos los viajeros, menos aquellos a los que ya desde lejos seducían las sirenas; pero era conocido en todo el mundo, que era imposible que esto pudiera ayudar. El canto de las sirenas atravesaba todo, y la pasión de los seducidos hubiera hecho saltar algo más que cadenas y mástil. Pero en esto no pensó Ulises, a pesar de que posiblemente hubiera oído hablar de ello.

Confiaba plenamente en el puñado de cera y en el manojo de cadenas, y con inocente alegría por sus pobres medios navegó hacia las sirenas.

Mas las sirenas tienen un arma mucho más terrible que su canto, esto es, su silencio. Si bien no ha ocurrido, mas es tal vez imaginable, que alguien se hubiera salvado de su canto, es seguro que de su silencio no lo hubiera conseguido. A la sensación de haberlas vencido con sus propias fuerzas, y al orgullo que de esto nace y que todo lo arrastra, no puede resistirse nada terrestre.

Y efectivamente, las poderosas cantantes no cantaron cuando llegaba Ulises; pudiera ser que pensarán que a este adversario sólo podría afectarle el silencio; pudiera ser que el aspecto de felicidad de la cara de Ulises les hiciera olvidar todo canto.

Pero Ulises, por así decirlo, no oyó su silencio; creyó que ellas cantaban y que sólo él se libraba de oírlo. Primero vio fugazmente el giro de sus cuellos, la respiración profunda, los ojos llenos de lágrimas, la boca entreabierta, pero creyó que esto pertenecía a las arias, que, no oídas por él, se extinguían a su alrededor. Pero pronto resbaló todo sobre sus miradas dirigidas hacia la lejanía; ante su firmeza, las sirenas desaparecieron ceremoniosamente, y justo cuando más próximo a ellas estaba, ya no supo más de ellas.

Pero ellas —más bellas que nunca— se estiraban y volvían, dejaban flotar al viento sus sedosos cabellos y extendían sus garras sobre las rocas. Ya no querían seducir más, ya sólo querían atrapar el reflejo de los grandes ojos de Ulises tanto tiempo como fuera posible.

Si las sirenas tuvieran conciencia hubieran sido destruidas entonces. Mas como no es así, siguieron; tan sólo Ulises se les escapó.

Por cierto, a esto le fue añadido un apéndice. Se dice que Ulises era tan astuto, era tan zorro, que incluso la propia Diosa de la Desgracia no pudo penetrar en su interior. Posiblemente éste se haya dado cuenta, si bien esto ya no puede ser

comprendido por la inteligencia humana, de que las sirenas callaban y haya opuesto a éstas y a los dioses, hasta cierto punto, el mencionado procedimiento como escudo.

PROMETEO

De Prometeo informan cuatro leyendas; según la primera, por haber delatado a los hombres, fue encadenado al Cáucaso, y los dioses enviaron águilas que devoraban su cuerpo, que siempre volvía a crecer.

Según la segunda, a causa del dolor de los picotazos, Prometeo se aplastaba cada vez más sobre la roca, hasta que llegó a confundirse en un todo con ésta.

Según la tercera, su traición fue olvidada en los milenios, los dioses olvidaron, las águilas y él mismo.

Según la cuarta, todos se cansaron de lo que sin motivo había pasado. Los dioses se cansaron, las águilas se cansaron; cansadamente se cerró la herida.

Quedó la inexplicable roca. La leyenda trata de explicar lo inexplicable. Puesto que viene de un fondo verdadero, tiene que volver a acabar en lo inexplicable.

EL RECLUTAMIENTO DE TROPAS

Los reclutamientos de tropas, que a menudo son necesarios, puesto que las luchas fronterizas no cesan nunca, se realizan de la siguiente manera:

Se publica el mandato de que un determinado día, en un determinado barrio, todos los habitantes, hombres, mujeres, niños, sin distinción, tienen que permanecer en sus casas. Generalmente es hacia el mediodía cuando aparece en la entrada del barrio, donde una brigada de soldados de a pie y montados espera ya desde el amanecer, el joven noble que ha de efectuar el reclutamiento. Es un hombre joven, delgado, no alto, débil, vestido descuidadamente, con ojos cansados, la inquietud le rebosa constantemente, igual que a un enfermo el escalofrío. Sin mirar a nadie hace con su fusta, que compone todo su armamento, una señal; algunos soldados se le unen y penetran en la primera casa. Un soldado, que conoce personalmente a todos los habitantes de este barrio, lee la relación de los convecinos.

Habitualmente se encuentran todos allí, están ya en fila en el cuarto, clavan sus ojos en el noble, como si ya fueran soldados. Pero también puede ocurrir que aquí y allí, siempre son sólo hombres, falte alguno. Entonces nadie se atreve a esgrimir una disculpa o menos aún una mentira; se calla, se bajan los ojos, apenas si se soporta la presión de la orden contra la que se ha actuado en esta casa, pero la muda presencia del noble mantiene sin embargo a todos en su sitio. El noble da una señal, no es siquiera una inclinación de cabeza, sólo se puede leer en sus ojos, y dos soldados comienzan a buscar al que falta. Esto no da ningún trabajo. Nunca se encuentra éste fuera de la casa, nunca intenta realmente sustraerse al servicio militar, sólo es por miedo por lo que no ha venido, mas no es tampoco miedo al servicio el que le retiene, es, en realidad, recelo de presentarse; la orden es para él formalmente demasiado grande, atemorizantemente grande, no puede venir por sus propias fuerzas. Pero por eso no huye, solamente se oculta, y cuando oye que el noble está en la casa, ya hasta se arrastra fuera de su escondite, se arrastra hasta la puerta del cuarto y es inmediatamente cogido por los soldados que salen. Es llevado ante el noble, el cual coge la fusta con ambas manos —es tan débil que con una mano no puede hacer nada— y golpea al hombre. Esto casi no produce grandes dolores; entonces deja caer la fusta, mitad por agotamiento, mitad por repugnancia, y el golpeado ha de recogerla y entregársela. Es entonces cuando puede alinearse con los demás; es, por cierto, casi seguro que no va a ser excluido. Pero también ocurre, y esto es más frecuente, que haya, más gente que la que figura en la relación. Por ejemplo, una niña forastera está allí y mira al noble; es de fuera, tal vez de la provincia; el reclutamiento de tropas la ha atraído hasta aquí.

Hay muchas mujeres que no pueden resistirse a la atracción de uno de estos

reclutamientos extraños; el de casa tiene un significado completamente distinto. Y es curioso que no se vea en ello nada reprochable cuando una mujer cede a esa atracción; al contrario, es algo por lo que, según la opinión de algunos, tienen que pasar las mujeres, es una culpa que ellas pagan a su sexo. Además, siempre se desarrolla de manera parecida. La muchacha o la mujer oye que en algún sitio, tal vez muy lejos, en el pueblo de unos parientes o amigos, hay un reclutamiento; suplica a sus allegados la aprobación del viaje, se aprueba —esto no se puede rechazar—, se viste con lo mejor que tiene, está más contenta que de costumbre, al mismo tiempo tranquila y amigable, indiferente como acostumbra a ser, y detrás de toda tranquilidad y afabilidad, inaccesible, como una extraña total que viaja a su patria y que ya no piensa en otra cosa. En la familia, en la que ha de tener lugar el reclutamiento, es recibida de forma completamente distinta que un huésped normal; todo lo adula, tiene que atravesar todos los cuartos de la casa, asomarse a todas las ventanas, y si le coloca a alguien la mano en la cabeza, ello es más que la bendición del padre. Cuando la familia se prepara para el reclutamiento, recibe ella el mejor sitio, el de más proximidad a la puerta, que es donde va a ser mejor vista por el noble y donde ella mejor le va a ver. Pero sólo es tan honrada hasta la entrada del noble, a partir de ahí se marchita formalmente. Este la contempla tan poco como a los otros, e incluso si dirige sus ojos hacia alguno, aquél se siente como no mirado.

Ella no había esperado esto o, lo que es más, lo había esperado con toda seguridad, puesto que no puede ser de otra manera, pero tampoco era la esperanza de lo contrario lo que la había traído hasta aquí; era, sencillamente, algo que ahora ciertamente se ha terminado. Siente vergüenza en una medida que tal vez nuestras mujeres, si no, no sienten nunca; no es sino ahora cuando se da cuenta de que se ha metido en un reclutamiento extraño, y cuando el soldado ha leído su relación, su nombre no ha aparecido y hay un instante de silencio; huye temblando y encorvada de la puerta y recibe todavía un puñetazo del soldado en la espalda.

Si es un hombre el que sobra en la lista, no desea otra cosa, tal y como antes, a pesar de que no pertenezca a esta casa, que el ser reclutado. También esto es completamente inútil; nunca ha sido reclutado uno de estos sobrantes y nunca ocurrirá algo semejante.

INTERCESOR

Era muy inseguro si yo tenía intercesor; no pude enterarme de nada concreto al respecto, todas las caras eran rechazantes, la mayoría de las personas, que venían hacia mí, y que yo encontraba una y otra vez en los pasillos, parecían viejas y gordas mujeres, tenían grandes mandiles, a rayas oscuras y blancas, que les cubrían todo el cuerpo; se tocaban la tripa y se volvían dificultosamente de aquí allá. No pude enterarme ni una sola vez si nos encontrábamos en el edificio de un juzgado. Algunas cosas parecían apuntarlo así, otras muchas lo negaban. Por encima de todas las particularidades me recordaba sobre todo a un tribunal, un retumbar que se oía ininterrumpidamente desde la lejanía; no se podía decir de qué dirección venía; llenaba de tal manera todos los cuartos, que se podía suponer que procedía de todas partes, o lo que parecía más correcto: justo el lugar donde uno se encontraba casualmente, era el auténtico lugar de este retumbar; pero seguro que esto era un engaño, puesto que venía de la lejanía. Estos pasillos, estrechos, simplemente demasiado abovedados, conducidos en lentas vueltas; con puertas altas, modestamente decoradas, parecían incluso hechos para un silencio profundo, eran los pasillos de un museo o de una biblioteca. Pero si no era ningún tribunal, ¿por qué buscaba yo aquí un intercesor?

Porque buscaba en todas partes un intercesor, en todas partes es necesario; sí, se le necesita menos en un tribunal que en cualquier otra parte, porque un tribunal pronuncia su veredicto de acuerdo con las leyes, debe de esperarse. Debe de esperarse que si aquí se actúa injustamente o a la ligera no sería posible ninguna vida; hay que tener la confianza para con el juzgado, de que otorgue espacio libre a la majestad de la ley, pues ésta es su única función; en la ley misma se encuentra todo: acusación, defensa y sentencia; el que una persona independientemente se metiera aquí sería un delito. De distinta manera se procede con el estado de causa de una sentencia: ésta se apoya sobre conclusiones de aquí y allá, de parientes y extraños, de amigos y enemigos, en la familia y públicamente, en ciudad y pueblo; es decir, por todas partes. Aquí es imperiosamente necesario el tener intercesores, intercesores en gran número, los mejores intercesores, todos muy unidos, una muralla viviente, puesto que los intercesores son, por su naturaleza, de movilidad dificultosa; pero los acusadores, estos astutos zorros, estas ágiles comadreas, estos ratones invisibles, se escurren por los más pequeños agujeros, se deslizan entre las piernas de los intercesores. ¡Atención, pues! Por eso estoy aquí: colecciono intercesores. Pero todavía no he encontrado ninguno, sólo esas viejas mujeres vienen y van, una y otra vez; si no estuviera de búsqueda, me adormilaría.

No estoy en el lugar adecuado; por desgracia, no me puedo cerrar a la impresión

de no hallarme en el lugar adecuado. Debería estar en un lugar donde coincidieran muchos hombres, de distintas regiones, de todas clases, de todas profesiones, distintas edades; debiera tener la posibilidad de escoger cuidadosamente de entre una muchedumbre los buenos, los amistosos, aquellos que tienen una mirada para mí. Lo más apropiado para ello sería un gran mercado anual. En lugar de ello, floto por estos pasillos, donde sólo se ven viejas mujeres, que además no son muchas, y continuamente las mismas; e incluso estas pocas, a pesar de su lentitud, no se dejan detener por mí; se me escapan, se ciernen como nubes de lluvia, son totalmente requeridas por ocupaciones desconocidas. ¿Por qué corro a ciegas a una casa, no leo la inscripción sobre la puerta, en seguida estoy en los pasillos? Me siento con tal ofuscamiento, que ni siquiera puedo acordarme, de haber estado nunca delante de la casa, de haber subido nunca las escaleras.

Pero no puedo volver, esta pérdida de tiempo, esta confesión de un camino de locura me sería insoportable. ¿Cómo? ¿En esta corta, apremiante vida, acompañada de un impaciente retumbar, bajar corriendo unas escaleras? Esto es imposible. El tiempo que te ha sido medido es tan corto, que tú, si pierdes un segundo, has perdido ya toda tu vida, puesto que ésta no es más larga; es únicamente tan larga como el tiempo que tú pierdes. Así, si has comenzado un camino, prosíguelo bajo toda circunstancia; no puedes más que ganar, no corres ningún peligro, tal vez te derrumbes al final, pero si te hubieras vuelto tras los primeros pasos y hubieras bajado corriendo las escaleras, te hubieras derrumbado justo al principio, y no «tal vez», sino con toda seguridad. Así, si no encuentras nada en estos pasillos, abre las puertas, si no encuentras nada detrás de las puertas esas, hay nuevos pisos, si no encuentras nada arriba, no hay problemas: tambaléate por nuevas escaleras hacia arriba.

En tanto que no dejes de subir, no cesan las escaleras; crecen hacia arriba, debajo de tus pies, que suben.

GRAN RUIDO

Estoy sentado en mi habitación, en el cuartel general del ruido de toda la casa. Oigo golpear todas las puertas; gracias a su ruido me son ahorrados tan sólo los pasos de los que entre ellas corren; aún oigo el cerrar de la puerta del horno en la cocina. El padre irrumpe a través de las puertas de mi cuarto y pasa de largo, arrastrando la bata de dormir; en el cuarto contiguo se rasca la ceniza de la estufa; Valei pregunta, gritando palabra por palabra a través de la antesala, si ya se ha limpiado el sombrero del padre; un silbido que me quiere resultar conocido, eleva aún más el griterío de una voz que contesta. El picaporte de la puerta de la casa es levantado y hace un ruido como de una garganta catarral; entonces se abre más la puerta, con el cantar de una voz de mujer y se cierra por fin, con un sordo y masculino tirón, que suena de lo más descuidado. El padre se ha ido; ahora comienza el más suave, repartido y desesperado ruido, encabezado por las voces de los dos canarios. Ya entonces pensé en ello, con los canarios se me ocurre de nuevo, si no debiera abrir la puerta y dejar una pequeña rendija, reptar como una serpiente al cuarto contiguo y así, sobre el suelo, pedir por favor silencio a mis hermanos y a su señorita.

PRIMER MAL

Un artista del trapecio —notoriamente, es este arte entrenado, alto, en la cúpula de los grandes escenarios de *varietés*, uno de los más difíciles de entre todos los alcanzables por el hombre— había ordenado de tal manera su vida, al principio sólo por la búsqueda de la perfección, más tarde por una costumbre que se había hecho tiránica, que permanecía noche y día en el trapecio tanto tiempo como trabajaba en la misma empresa. Todas sus, por cierto muy reducidas, necesidades eran correspondidas por sirvientes que se relevaban unos a otros y que vigilaban abajo; y todo lo que era necesitado arriba, era subido y bajado en recipientes de propia construcción. Dificultades especiales para el mundo que le rodeaba no se producían por esta forma de vida; sólo durante los correspondientes números del programa molestaba un poco que él, pues no podía ocultarse, hubiera quedado arriba y que, a pesar de que en este tiempo se mantenía casi siempre tranquilo, se desviara aquí y allá alguna mirada del público hacia él.

Mas la dirección le perdonaba esto, porque era un artista extraordinario e insustituible. También se reconocía naturalmente que él no vivía así por propia voluntad, y que en realidad, sólo manteniéndose en este ejercicio constante, podía conservar su arte en toda su perfección.

Pero estar arriba también era sano, y cuando en la época más calurosa del año se abrían todas las ventanas alrededor de la bóveda, y junto con el aire fresco entraba majestuosamente el sol en el recinto en el que iba cayendo el crepúsculo, era incluso bello. Ciertamente, su trato humano se había reducido; sólo a veces trepaba por la escalera de cuerda algún colega de gimnasia; entonces se sentaban ambos sobre el trapecio, se apoyaban a izquierda y derecha sobre las cuerdas de sujección y charlaban; o algunos obreros mejoraban el tejado y cambiaban algunas palabras con él a través de una ventana abierta; o el mecánico revisaba el alumbrado de urgencia en la galería más alta y le gritaba algo respetuoso, aunque poco comprensible. Si no, todo a su alrededor permanecía tranquilo; sólo de vez en cuando miraba pensativamente un empleado, que aproximadamente hacia el mediodía se extraviaba en el teatro vacío, hacia la altura que casi desaparecía de la vista, donde el artista del trapecio, sin poder saber que alguien le observaba, ejecutaba sus artes o descansaba.

Así podría haber vivido el artista del trapecio sin ser molestado, si no hubiera habido los inevitables viajes a los distintos lugares, que le resultaban extraordinariamente molestos. Si bien, el empresario se preocupaba de que el trapecista quedara protegido de cualquier innecesaria prolongación de sus males: para los viajes a las ciudades se utilizaban coches de carreras, con los que, a ser

posible durante la noche o en las primeras horas de la mañana, se atravesaban las calles desiertas a toda velocidad, pero ciertamente demasiado despacio para el afán del trapeceista; en el tren se reservaba un vagón entero, en el cual, el trapeceista, si bien en una lastimosa sustitución, pero sustitución al fin y al cabo, hacía el viaje arriba, en las redes del equipaje, según su habitual forma de vida; en la siguiente localidad donde iba a haber representaciones, mucho antes de la llegada del trapeceista, ya estaba en el teatro el trapecio, en su lugar, también estaban bien abiertas todas las puertas que conducían al escenario del teatro, todos los pasillos se mantenían libres; pero eran los momentos más bonitos de la vida del empresario, cuando el trapeceista ponía el pie en la escalera de cuerda y en un instante, por fin, colgaba de nuevo de su trapecio, arriba.

A pesar de todos los viajes que ya le habían salido bien al empresario, cada nuevo viaje le era penoso, puesto que los viajes eran en todo caso, prescindiendo de todo lo demás, fatales para los nervios del trapeceista.

Así viajaron de nuevo juntos, el trapeceista tumbado en la red del equipaje, soñando; el empresario se recostaba en la esquina de la ventana que había enfrente y leía un libro; entonces el trapeceista le habló suavemente. El empresario estuvo inmediatamente a su disposición. El trapeceista dijo, mordiéndose los labios, que ahora tenía que tener para su gimnasia, en vez del trapecio que tenía hasta ahora, siempre dos trapecios; dos trapecios, uno frente al otro. El empresario estuvo inmediatamente de acuerdo. Pero el trapeceista, como si quisiera demostrar que aquí la opinión del empresario carecía de importancia, como ocurriría con una negativa, dijo que nunca más y bajo ninguna circunstancia actuaría en un solo trapecio. Ante la idea de que en verdad pudiera ocurrir alguna vez, parecía estremecerse. El empresario expresó, dudando y observando, otra vez su total acuerdo; dos trapecios son mejor que uno, además este nuevo arreglo es beneficioso, hace la producción más variada. Entonces y de repente empezó a llorar el trapeceista. Profundamente asustado se levantó el empresario y preguntó lo sucedido, y al no recibir respuesta, subió al banco, le acarició y juntó su cara con la del trapeceista, de tal manera que también él fue bañado por las lágrimas de éste. Pero no fue sino tras muchas preguntas y adulaciones que dijo el trapeceista; «¡Sólo con esa única barra en las manos, ¿cómo puedo vivir?!» Entonces le fue ya más fácil al empresario consolar al trapeceista; prometió telegrafiar inmediatamente desde la próxima estación al próximo lugar de actuación para solucionar lo del segundo trapecio; se hacía reproches por haber dejado trabajar tanto tiempo al trapeceista en un solo trapecio, y le daba las gracias y le elogiaba mucho por haberle hecho ver al fin su falta. Así consiguió el empresario tranquilizar lentamente al trapeceista y pudo regresar de nuevo a su esquina. Pero él mismo no se había tranquilizado; con gran preocupación observaba furtivamente por encima del libro al trapeceista.

Una vez que le habían empezado a atormentar semejantes pensamientos, ¿podrían desaparecer ya nunca por completo? ¿No irían siempre aumentando? ¿No eran peligrosos para la existencia? Y de verdad creía ver el empresario cómo, en el

aparente tranquilo sueño en el que había terminado el llanto, se empezaban a marcar las primeras arrugas en la lisa e infantil frente del trapecista.

EL MAESTRO DE COLEGIO DE PUEBLO

Aquellos, a los que yo pertenezco, que incluso encuentran repulsivo un topo corriente, hubieran muerto seguramente de repugnancia si hubieran visto el gigantesco topo que hace algunos años fue visto en las cercanías de un pequeño pueblo, con lo que éste adquirió una efímera fama. Pero ciertamente hace ya tiempo que ha vuelto a caer en el olvido y con ello se ve la falta de fama de toda la aparición, que quedó completamente inexplicada, si bien no se hizo ningún esfuerzo serio para aclararla; y que a consecuencia de un incomprensible descuido de aquellos círculos que se tenían que haber ocupado de ello y que efectivamente se preocupan de cosas de menor importancia, quedó olvidada, sin un examen más minucioso. El hecho de que el pueblo se encuentre lejos del tren, no se puede argüir en ningún caso como disculpa.

Muchas personas venían desde lejos por curiosidad, incluso del extranjero; sólo aquellos que debían mostrar algo más que curiosidad no vinieron. En efecto, si personas sencillas no se hubieran ocupado desinteresadamente de este asunto, personas a las que su trabajo diario apenas les concedía un minuto de respiro, el rumor de la aparición apenas si hubiera traspasado el ámbito más cercano. Hay que admitir que incluso el rumor, que apenas si se puede mantener, era en este caso demasiado pesado; si no se le hubiera secundado formalmente, no se hubiera extendido. Pero esto tampoco era un motivo para no ocuparse del asunto; al contrario, también la aparición tenía que haber sido investigada. En lugar de ello, se dejó el único estudio escrito del caso al viejo maestro del pueblo, que si bien era un extraordinario hombre en su profesión, ni sus aptitudes ni su instrucción le permitían entregar una profunda y valorable descripción, ni mucho menos una explicación. El pequeño escrito fue impreso y fue muy vendido a los que entonces visitaban el pueblo, encontró incluso una cierta acogida; pero el maestro era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que sus esfuerzos, aislados y no apoyados por nadie, carecían en el fondo de valor. Mas no cesó en ellos y convirtió el hecho, que a pesar de su naturaleza se hizo cada vez más y más desesperado, en el trabajo de su vida; esto demuestra, por una parte, la gran influencia que podía causar la aparición, y por otra parte, el tesón y la persuasión que se pueden encontrar en un viejo y olvidado maestro de pueblo. Pero que había sufrido mucho ante la rechazante actitud de las personalidades competentes, lo demuestra un pequeño apéndice que hizo seguir a su escrito, si bien al cabo de algunos años; o sea, en una época en la que ya casi nadie se acordaba en qué había consistido el asunto. En este apéndice se lamenta, —convincientemente, tal vez no por su habilidad mas sí por su sinceridad— de la falta de comprensión que ha encontrado en la gente, donde aquélla era menos

de esperar. De estas personas dice acertadamente: «Ellos hablan como viejos maestros de pueblo, no yo.»

Aduce, entre otras cosas, la sentencia de un experto, al que acudió con su asunto. El nombre del experto no aparece, pero a través de ciertos detalles se puede adivinar de quién se trataba. Después que el maestro hubo vencido grandes dificultades para llegar a ser recibido por el experto, al que ya se había anunciado semanas antes, notó ya en los saludos que éste se había formado un invencible prejuicio en relación con el asunto. La preocupación con la que escuchó el largo informe del maestro, al que devolvió el escrito, se aprecia en la observación que hizo tras una aparente reflexión: «La tierra es, en su comarca, especialmente pesada y negra. Así, da a los topos una alimentación especialmente grasienta y se hacen extraordinariamente grandes.» «Pero no tan grandes», gritó el maestro y midió, exagerando un poco en su ira, dos metros en la pared. «O sí», contestó el experto, al que por lo visto todo esto le parecía muy divertido. Con esta respuesta regresó el maestro a su casa. Cuenta cómo, por la noche, nevando, le esperaban en la carretera su mujer y sus seis hijos y cómo les tuvo que informar del definitivo fracaso de sus esperanzas.

Cuando leí el comportamiento del experto para con el maestro, aún no conocía el escrito principal del maestro. Pero me decidí inmediatamente a coleccionar y recopilar yo mismo todo lo que pudiera conocer sobre el caso. Puesto que yo no podía vérmelas con el experto, mi escrito debía defender por lo menos al maestro, mejor dicho, no tanto al maestro como la buena intención de un honrado pero poco influyente hombre. Confieso que me arrepentí más tarde de esta decisión, pues pronto noté que su ejecución me iba a colocar en una situación peculiar. Por una parte, mi influencia distaba mucho de ser suficiente para cambiar la opinión del experto o incluso la pública a favor del maestro; por otra parte, el maestro debía notar que a mí me importaba menos su intención principal —probar la aparición del enorme topo— que la defensa de su hombría de bien, que a él le parecía que por supuesto no estaba necesitada de defensa. Así, pues, tenía que ocurrir que yo, que me quería juntar con el maestro, no encontrase en él ninguna comprensión, y que seguramente, en lugar de ayudar, necesitase para mí una nueva ayuda, de aparición muy improbable. Además, con mi decisión, me cargaba con un gran trabajo.

Si yo quería convencer, no debía remitirme al maestro, que a su vez no había podido convencer. El conocimiento de su escrito sólo me hubiera confundido, por lo que evité leerlo antes de la conclusión de mi propio trabajo. Ciertamente, él se enteró por personas intermedias de mis indagaciones, pero no sabía si trabajaba en un sentido o contra él. Sí, él incluso se imaginaba lo último, aunque más tarde lo negara, pues puedo probar que me puso diversos obstáculos en el camino. Eso le resultaba muy fácil, puesto que yo estaba obligado a examinar de nuevo las investigaciones que él ya había efectuado, por lo que siempre se me podía adelantar. Este era, sin embargo, el único reproche que se le podía poner con justicia a mi método, por cierto un reproche inevitable, pero que fue muy contrarrestado por el cuidado y abnegación de mis conclusiones finales. Aparte de esto, mi escrito estaba libre de

cualquier influencia del maestro; tal vez observara en este punto una exagerada meticulosidad; parecía como si nadie hubiera estudiado el caso hasta ahora, como si yo fuera el primero que interrogaba a los testigos, el primero que ordenaba los datos, el primero que deducía consecuencias. Cuando más tarde leí el escrito del maestro — tenía un título muy ceremonioso: «Un topo, tan grande como nadie ha visto jamás»— encontré que no coincidíamos en puntos esenciales, si bien ambos creíamos haber demostrado el problema esencial, la existencia del topo. De todas maneras aquellas diferencias de opinión impidieron el nacimiento de una relación amistosa, que en realidad yo había esperado a pesar de todo. Incluso empezó a desarrollarse por su parte una cierta enemistad. Si bien se comportó siempre conmigo humilde y razonablemente, su verdadero ánimo se le notaba claramente. Pues opinaba que yo le había dañado a él y al asunto del topo, y que mi creencia de haberle ayudado o podido ayudar era, en el mejor de los casos, ingenuidad, y más seguramente, presunción o perfidia. Sobre todo señaló repetidas veces que todos los enemigos que hasta entonces había tenido, no habían demostrado su enemistad o sólo lo habían hecho a solas o verbalmente, mientras que yo había considerado necesario dejar imprimir inmediatamente todas mis proposiciones. Además, los pocos enemigos que aún superficialmente se habían ocupado del asunto, habían escuchado su opinión, la opinión que aquí marcaba la pauta, la del profesor, antes de expresar la suya propia; que yo en cambio había obtenido resultados de unos datos desordenadamente sistematizados y en parte mal comprendidos. Estos resultados, a pesar de ser correctos en lo esencial, tenían que resultar inaceptables en la práctica tanto a las masas como a los instruidos. El más leve destello de incredulidad sería, sin embargo, lo peor que aquí podía ocurrir.

Yo podía haber contestado fácilmente a estos enmascarados reproches —por ejemplo, su escrito representaba el más alto punto de incredulidad—, pero más difícil era luchar contra sus restantes sospechas, y este fue el motivo por el que en general me mantuve muy apartado de él. Pues él secretamente creía que yo le había querido quitar la fama de haber sido el primer defensor público del topo.

Mas no existía fama alguna para su persona, sino una ridiculez, que, sin embargo, se reducía a un círculo cada vez más pequeño, y a la cual yo con toda certeza no quería aspirar. Pero además yo había explicado claramente en la introducción a mi escrito que el maestro debía constar para siempre como el descubridor del topo —ni siquiera era el descubridor del topo— y que sólo una participación en la desgracia del maestro me había forzado a la redacción de mi escrito. «El fin de este libro es» —terminé así, casi patéticamente, pero de acuerdo con mi excitación de entonces— «contribuir a la merecida difusión del escrito del maestro. Si se consigue esto, mi nombre se ha de ver inmediatamente borrado de este asunto, en el que sólo aparece nombrado de pasada y superficialmente». Así, rechacé cualquier participación mayor en el asunto; casi parecía que de alguna manera hubiera previsto el increíble reproche del maestro. Pero justo en este punto encontró el maestro dónde agarrarse contra mí, y no niego que había un cierto derecho en lo

que decía o más que nada apuntaba: como se me ocurrió algunas veces, que en algunos aspectos demostraba conmigo más agudeza que en su escrito. Pues afirmaba que mi introducción tenía un doble sentido. Si lo que de verdad me importaba era difundir su escrito, porqué no me ocupaba exclusivamente de él y de su escrito, por qué no mostraba sus méritos, su inimpugnabilidad, por qué no me limitaba a resaltar y a hacer comprensible la importancia del descubrimiento, por qué no me ocupaba más, abandonando completamente el escrito, del propio descubrimiento. ¿Es que acaso no había sido ya hecho éste? ¿Quedaba acaso algo por hacer en este aspecto? Pero si yo creía realmente tener que efectuar de nuevo el descubrimiento, ¿por qué me desdecía tan alegremente del descubrimiento en la introducción? Esto podía ser una hipócrita modestia, pero era algo más enojoso. Yo desvalorizaba el descubrimiento, le concedía atención sólo para desvalorizarlo; lo había investigado y lo dejaba a un lado. Tal vez se hubiera aplacado un poco el asunto; mas volví a revolverlo, con lo que, sin embargo, hice la posición del maestro más difícil que hasta ahora. ¡Lo que significaba para el maestro la defensa de su rectitud! Era esta cuestión y sólo ésta la que le importaba.

Pero yo traicioné a ésta, porque no la comprendía, porque no la valoraba correctamente, porque no tenía ningún sentido para ella. Se escapaba con mucho a mi comprensión. Estaba sentado delante mío y me miraba tranquilamente con su vieja y arrugada cara y, sin embargo, era sólo ésta su opinión. Mas no era cierto que le importara solamente esta cuestión; era incluso bastante ambicioso y quería ganar dinero, lo que era muy comprensible a la vista de su numerosa familia. A pesar de todo le parecía mi interés en el asunto tan pequeño, que creía poder figurar por completo como desinteresado, sin decir una mentira demasiado grande. Y efectivamente no me sirvió ni una sola vez para mi satisfacción interior, cuando me decía que los reproches del hombre en el fondo sólo eran por causa de que, en cierto sentido, sujeta su topo con ambas manos y llamaba traidor a todo aquel que tan sólo quería acercarle un dedo. No era así su comportamiento; no era avaricia, por lo menos no se podía explicar sólo por este motivo; más bien por la irritación que en él había despertado su gran esfuerzo y su total falta de éxito.

Pero la irritación tampoco lo explicaba todo. Tal vez fuera mi interés en el asunto realmente demasiado pequeño. Ya era algo común para el profesor la falta de interés en los extraños; sufría por ello en general, pero no individualmente.

Pero aquí por fin se había encontrado uno que se ocupara del asunto de forma extraordinaria, e incluso éste no lo comprendía. Una vez empujado en esta dirección, no quise mentir. No soy ningún zoólogo; tal vez me hubiera apasionado por este caso hasta el fondo de mi corazón si lo hubiera descubierto yo, pero no había sido así. Ciertamente que un topo tan grande es algo notable, pero no se puede exigir la atención constante del mundo por esto, especialmente cuando la existencia del topo no está completa y satisfactoriamente demostrada y cuando sobre todo éste no puede ser mostrado. Y también reconocí que, aunque hubiera sido yo el descubridor del topo, nunca me hubiera ocupado de él lo que me ocupó del profesor, a gusto y

voluntariamente.

Seguramente hubiera desaparecido pronto la discrepancia entre el maestro y yo si mi escrito hubiera tenido éxito. Pero justo este éxito se hizo desear.

A lo mejor el escrito no era bueno, no había sido escrito convincentemente; yo soy comerciante, la redacción de semejante escrito sobrepasa posiblemente el círculo que me ha sido impuesto, como era el caso del maestro, a pesar de que yo le superaba en todos los conocimientos necesarios. También se dejó sentir el fracaso de esta manera: tal vez fuera inapropiada la fecha de aparición.

El descubrimiento del topo, que no había podido abrirse paso, era, por una parte, no tan lejano como para haberlo olvidado por completo y que mi escrito hubiera constituido así una sorpresa; pero por otra parte, había pasado ya el tiempo suficiente como para agotar totalmente el reducido interés que despertó en su día. Aquellos que se interesaban siquiera un poco por mi escrito se decían con un cierto desconsuelo, que ya hace años había reinado sobre esta discusión, que de nuevo volvían a empezar los esfuerzos inútiles por este anodino asunto, y algunos incluso confundían mi escrito con el del profesor.

En una importante revista agrícola apareció la siguiente información, por suerte al final y en letra pequeña: «Se nos ha vuelto a enviar el escrito sobre el topo gigante. Nos acordamos de habernos reído de él de todo corazón hace algunos años. Desde entonces, este escrito no se ha vuelto más inteligente y nosotros no nos hemos vuelto más tontos. La segunda vez no podemos sólo reírnos. Por ello preguntamos a nuestras asociaciones de maestros si un maestro de colegio de pueblo no puede encontrar un trabajo más útil que el de ir persiguiendo topos gigantes.» ¡Una equivocación imperdonable! No se habían leído ni el primer ni el segundo escrito y las dos miserables palabras —topo gigante y maestro de colegio de pueblo— que habían cogido apresuradamente, bastaban a los señores para colocarse en escena como los representantes de intereses reconocidos. Contra esto se podría haber hecho algo con éxito, pero la deficiente comprensión con el maestro me hizo desistir de ello. Al revés, intenté mantenerle oculta la revista tanto tiempo como fue posible. Pero la descubrió muy pronto, la noté por una observación en una carta en la que me comunicaba su visita para las fiestas de Navidad. Escribió: «El mundo es malo, cosa que se le facilita», con lo que quería indicar que yo pertenezco al mundo malo, pero que no basta con la maldad residente en mí, sino que además facilito al mundo, es decir, actúo, para sacar a relucir la maldad general y para ayudarla a triunfar. Bueno, yo ya había sacado las conclusiones necesarias; pude esperarle tranquilamente y observar con calma cómo venía, saludaba con menos amabilidad que otras veces, se sentaba enfrente mío sin hablar, sacaba cuidadosamente la revista del bolsillo del pecho de su levita curiosamente enguantada y cómo empujaba la revista hacia mí. «Lo conozco», dije yo y empujé de nuevo la revista hacia él sin haberla leído. «Usted lo conoce», dijo suspirando, pues tenía la vieja costumbre de maestro de repetir respuestas de otros. «Naturalmente no voy a aceptar esto sin defensa ninguna», prosiguió, golpeó excitado la revista con el dedo mientras me observaba

penetrantemente, como si yo fuera de la opinión contraria; él tenía ciertamente una idea de lo que yo iba a decir; mas yo he creído notar no tanto en sus palabras como en otros indicios, que a menudo tenía un muy correcto sentimiento para con mis intenciones; mas no cedía y se dejaba apartar de éste. Esto, se lo dije en aquella ocasión, puedo repetirlo casi al pie de la letra, pues lo anoté poco después de la conversación. «Haced lo que queráis», dije yo; «a partir de hoy se separan nuestros caminos. Creo que no os resulta ni inesperado ni inoportuno. La noticia de la revista no es la causa de mi decisión, ha contribuido a afirmarla; el auténtico motivo estriba en que al principio creía poder serviros con mi aparición, mientras que ahora puedo ver que os he perjudicado en todo sentido.

Por qué ha ocurrido así, no lo sé; los motivos para el éxito y el fracaso son siempre ambiguos; no busque sólo aquellas interpretaciones que hablen contra mí. Pienso en usted; también usted tenía las mejores intenciones y, sin embargo, fracasó, si observamos todo en conjunto. No bromeo cuando digo, pues va en contra mía, que su relación conmigo cuenta dentro de sus fracasos. El que yo me retire ahora del asunto no es ni cobardía ni traición. Incluso lo hago no sin cierto esfuerzo; lo que yo aprecio a vuestra persona se ve ya en mi escrito; en cierto sentido, usted se ha convertido en mi maestro, e incluso el topo se me hizo querido. A pesar de ello me aparto; usted es el descubridor y haga como haga impido siempre que os corresponda la posible fama, y en cambio atraigo el fracaso y lo conduzco hacia usted. Por lo menos es ésta su opinión. Basta de esto. La única penitencia que puedo aceptar es pedirlos perdón y si así lo exigís, repetir públicamente la confesión que aquí os he hecho, por ejemplo, en esta revista».

Estas fueron entonces mis palabras; no eran del todo sinceras, pero la sinceridad era fácilmente deducible de ellas. Mi explicación obró en él como aproximadamente había esperado. La mayoría de las personas mayores tienen para los jóvenes algo que confunde, algo que miente en su naturaleza; se vive tranquilamente a su lado, se cree asegurada la relación, se conocen las opiniones dominantes, se recibe continuamente una confirmación de la paz, se considera todo como lógico y de repente, cuando ocurre algo decisivo y cuando debiera actuar la tranquilidad tanto tiempo preparada, se levantan estas personas mayores como extraños, tienen opiniones más profundas y más fuertes; es ahora cuando despliegan formalmente su bandera sobre la que se lee su nuevo juicio con horror. Este horror es sobre todo porque lo que dicen ahora los viejos es realmente mucho más autorizado, más lleno de sentido, es como si lo lógico fuera mucho más lógico. Pero lo que inevitablemente miente en ello es que lo que dicen ahora lo han dicho siempre, en el fondo, y que, sin embargo, normalmente nunca se podría ver. Tenía que haber penetrado hondo en este maestro del pueblo para que ahora no me sorprendiera por completo. «Niño», dijo, puso su mano en la mía y la frotó amistosamente. «¿Cómo se os ocurrió siquiera meteros en este asunto?» «En cuanto lo oí por primera vez, se lo comenté a mi mujer.» Se apartó de la mesa, extendió los brazos y miró al suelo, como si estuviera abajo, diminuta, su mujer y hablara con ella. «Tantos años, le decía a ella, luchando solos, pero ahora

parece interceder por nosotros un alto protector, un comerciante de la ciudad, de nombre tal y tal. ¿Ahora nos debíamos alegrar mucho, no? Un comerciante en la ciudad significa no poco; si un labrador andrajoso nos cree y así lo manifiesta no nos puede ayudar, pues lo que hace un labrador siempre es indecente, da igual que diga: el viejo maestro tiene razón; o que escupa de manera inconveniente; su efecto va a ser el mismo. Y si se levantan diez mil labradores en vez de uno, tal vez sea el efecto incluso peor. En cambio, un comerciante en la ciudad es algo distinto, un hombre así tiene enlaces; incluso aquello que dice de pasada se comenta en amplios sectores, nuevos proyectores se unen al asunto, uno dice, por ejemplo: también se puede aprender de los maestros de pueblo, y al día siguiente ya lo comenta una multitud de personas, de las que nunca sería de esperar de acuerdo con su forma de ser. Ahora se encuentran medios de dinero para el asunto, una colecta y los demás le pagan el dinero en la mano; se opina que el maestro de pueblo ha de ser sacado del pueblo; vienen, no se ocupan de su aspecto, se le coloca en el centro, también su mujer e hijos que se cuelgan de él. Has observado alguna vez gente de la ciudad, gorgojean ininterrumpidamente. Si hay unos cuantos de ellos juntos, el gorgojeo va de izquierda a derecha y vuelve de nuevo y baja y sube. Y así, gorgojeando, nos cuentan en el coche, apenas si se tiene tiempo de saludar a todos.

El señor sobre el pescante se ajusta sus lentes, blande el látigo y marchamos. Todos hacen señas de despedida hacia el pueblo, como si todavía estuviéramos allí en vez de estar sentados entre ellos. De la ciudad nos salen al encuentro algunos coches con los especialmente impacientes. Según nos vamos acercando, se levantan de sus asientos y se estiran para vemos. El que ha recolectado el dinero lo ordena todo y exhorta al silencio. Ya es una gran hilera de coches cuando entramos en la ciudad. Hemos pensado que el saludo ya se ha terminado, pero es delante de la fonda donde comienza de verdad. En la ciudad muchas personas se congregan inmediatamente a una llamada. Por aquello que se preocupa uno también el otro se preocupa en seguida. Se quitan unos a otros sus opiniones y se las apropian. No todas estas personas pueden ir en el coche esperan delante de la fonda; sin embargo, otros podrían viajar, pero no lo hacen por propio convencimiento. También éstos esperan. Es increíble cómo está atento a todo el que ha recolectado el dinero.»

Le había escuchado en silencio; sí, durante su charla me he quedado cada vez más en silencio. Sobre la mesa había amontonado todos los ejemplares que aún tenía de mi escrito. Faltaban sólo unos pocos, pues en los últimos tiempos había ido solicitando por escrito que se me devolvieran y había recibido ya la mayoría. Por cierto que de muchas partes me habían escrito muy cortésmente, que no se acordaban de haber recibido un escrito semejante y que, en el caso de haberlo recibido, se había perdido lamentablemente. Aun así no importaba, en el fondo yo no quería otra cosa. Sólo uno me pidió poderse quedar con el escrito como curiosidad, y se comprometía, de acuerdo con el sentido de mi carta, a no enseñarla a nadie durante los próximos veinte años. Todas estas cartas todavía no las había visto el maestro. Me alegré de que sus palabras me hicieran tan fácil el enseñárselas. Pero si

no, también podía hacerlo sin preocupación, porque había actuado muy cautelosamente en la redacción y nunca había descuidado el interés del maestro y de su asunto. Las frases principales de las cartas decían así: «No pido la devolución del escrito porque haya podido retractarme de las opiniones en él representadas o porque individualmente pudiera contemplarlas como erróneas o indemostrables. Mi petición tiene sólo motivos personales, si bien muy imperiosos; en cuanto a mi posición sobre el asunto del topo no me retracto en lo más mínimo. Pido que se preste especial consideración a esto, y si se quiere, que también se propague.»

De momento tenía esta comunicación todavía oculta en mis manos y dije: «¿Me quiere hacer reproches porque no haya ocurrido así? ¿Por qué quiere hacer esto? No nos amarguemos la separación. Y trate de aceptar por fin que si bien ha hecho usted un descubrimiento, éste no ha dominado a todos y que, por tanto, la injusticia que os ocurre no es una injusticia que domine todo lo demás. No conozco los estatutos de la sociedad instruida, pero no creo que ni aun en el mejor de los casos se os hubiera preparado un recibimiento que siquiera se hubiera parecido a aquel que tal vez hayáis descrito a vuestra pobre mujer. Si yo mismo esperaba algo del efecto del escrito, pensé que tal vez algún profesor podía interesarse por nuestro caso, que podría encargar a algún estudiante seguir el asunto, que ese estudiante viajaría hasta usted para volver a examinar allí de nuevo sus investigaciones y las mías, y que finalmente, en el caso de que le pareciera el resultado digno de mención —aquí hay que afirmar que todos los estudiantes jóvenes están llenos de dudas—, que entonces él publicaría su propio escrito en el que justificaría científicamente lo que usted ha escrito. Pero incluso en el caso de que esta esperanza se hubiese realizado, todavía no se habría logrado mucho. El escrito del estudiante que hubiera definido Un caso tan extraño posiblemente hubiera sido ridiculizado. Aquí ve usted con el ejemplo de la revista agrícola lo fácil que es eso, y en este aspecto las revistas científicas son aún más desconsideradas. Y es comprensible, los profesores tienen mucha responsabilidad ante ellos mismos, ante la ciencia, ante la posteridad; no pueden engreírse con todo nuevo descubrimiento. Nosotros, en cambio, les aventajamos en este sentido. Pero voy a prescindir de esto y voy a considerar ahora que el escrito del estudiante se hubiera impuesto. ¿Qué hubiera ocurrido entonces? Vuestro nombre habría sido honrado algunas veces, posiblemente favorecería a vuestra profesión, dirían: «Nuestros maestros de pueblo tienen los ojos abiertos», y esta revista aquí tendría, si las revistas tuviesen memoria y conciencia, que pediros perdón públicamente; también se habría encontrado algún profesor bien intencionado para obteneros una beca; también es realmente posible que se hubiera intentado traeros a la ciudad, encontraros un puesto en una escuela primaria de aquí y daros así la oportunidad de aprovechar los medios científicos que ofrece la ciudad para continuar vuestra instrucción. Pero si he de ser sincero, he de decir que tan sólo se habría intentado. Se os habría llamado aquí y usted habría venido como uno más, solicitando un empleo al igual que cientos, sin ningún recibimiento triunfal; se habría hablado con usted, se os habría aceptado vuestra sincera aspiración, pero

habrían visto al mismo tiempo que sois un hombre mayor, que comenzar a esta edad un estudio científico es inútil y que sobre todo habéis realizado vuestro descubrimiento más por casualidad que por un trabajo de investigación y que aparte de este caso único no pensáis trabajar más. Así, pues, por estos motivos se os habría dejado en el pueblo. Sin embargo, continuarían vuestro descubrimiento, pues no es tan insignificante como para que una vez reconocido sea olvidado. Pero usted ya no tendría muchas noticias de éste, y las que tuviese le resultarían casi incomprensibles. Todo descubrimiento es inmediatamente introducido en la totalidad de la Ciencia, con lo que en cierto sentido deja de ser descubrimiento; se abre del todo y desaparece; ya hay que tener una visión muy acostumbrada científicamente como para reconocerlo entonces. En seguida queda enlazado con unas frases-guía, de cuya existencia nosotros siquiera hemos sabido, y en la discusión científica se lleva el descubrimiento junto con estas frases hasta las nubes. ¿Cómo queremos comprenderlo nosotros? Si escuchamos una discusión especializada, creemos, por ejemplo, que se trata del descubrimiento, pero mientras tanto se trata de otras cosas completamente distintas; y la próxima vez creemos que se trata de otra cosa, no del descubrimiento, pero justo ahora sí se trata de esto.

¿Comprendéis esto? Usted se habría quedado en el pueblo, podría haber alimentado y vestido un poco mejor a su familia con el dinero recibido, pero vuestro descubrimiento os habría sido quitado sin que pudieseis oponeros esgrimiendo algún derecho, pues no es sino en la ciudad donde éste alcanza su valor real. E incluso no habrían sido desagradecidos con usted; a lo mejor se construiría en el lugar donde fue hecho el descubrimiento un pequeño museo, que se convertiría en la atracción más interesante del pueblo; usted habría sido el encargado de las llaves y para no dejaros sin ningún signo exterior de honor se os habría dado una pequeña medalla para llevarla en el pecho, como acostumbran a hacer los empleados de los museos científicos. Todo esto habría sido posible, pero ¿es esto lo que quería?» Sin entretenerse con una respuesta, objetó acertadamente: «¿Así que era esto lo que buscabais conseguir para mí?» «Tal vez», dije yo; «entonces yo no actué según unas reflexiones, como para poder contestaros ahora exactamente. Quise ayudaros, pero ha salido mal y es incluso lo peor que jamás haya hecho. Por eso quiero retirarme ahora y hacerlo como si no hubiera existido, tan lejos como lleguen mis fuerzas.»

«Está bien», dijo el maestro, sacó su pipa y empezó a llenarla con el tabaco que llevaba suelto en todos los bolsillos. «Os habéis ocupado voluntariamente del desagradecido asunto y ahora os retiráis también voluntariamente. ¡Todo está muy bien!» «No soy terco», dije. «¿Encontráis algo que oponer a mi proposición?» «No, absolutamente nada», dijo el maestro y su pipa ya humeaba. No aguantaba el olor de su tabaco, por lo que me levanté y paseé por la habitación. Ya estaba acostumbrado de otras conversaciones a que el maestro fuera muy callado conmigo, pero que, sin embargo, una vez que había venido, ya no quería marcharse de mi habitación. Me había extrañado ya alguna vez; quiere algo más de mí, había pensado siempre entonces y le había ofrecido dinero, que él aceptaba regularmente. Pero irse, sólo se

había ido cuando le apetecía. Generalmente para entonces ya se había fumado la pipa, se movía alrededor del sofá, que acercaba respetuosa y ordenadamente a la mesa, cogía su bastón de nudos de la esquina, me apretaba fervientemente la mano y se iba. Pero hoy me resultaba su actitud de estar sentado en silencio ni más ni menos que molesta.

Cuando se le ofrece a alguien la despedida definitiva, como yo lo había hecho, y cuando el otro lo calificaba de muy acertado, entonces se termina en común y lo más pronto posible todo lo que quede por solucionar y no se carga al otro, sin objetivo alguno, con su muda presencia.

Cuando se veía desde atrás al pequeño y tenaz viejo, cómo estaba sentado en mi mesa, se podría pensar que no iba a ser posible sacarle de la habitación.

PREPARATIVOS DE BODA EN EL CAMPO

Cuando Eduard Raban, viniendo por el pasillo, entró en la abertura del portal, vio que estaba lloviendo. Llovía poco. En la acera justo delante de él había muchas personas que llevaban distinto paso. A veces se adelantaba uno y cruzaba la carretera. Una niña pequeña sostenía un cansado perrito en sus manos estiradas. Dos señores se hacían mutuas confianzas. Uno tenía la mano con la palma hacia arriba y la movía regularmente, como si mantuviera una carga en vilo. Ahí se veía una dama, cuyo sombrero estaba muy cargado con cintas, broches y flores. Y un joven con un fino bastón pasaba de prisa, la mano izquierda, como si estuviera impedida, plana sobre el pecho. De vez en cuando venían hombres fumando que llevaban delante pequeñas, rígidas y apaisadas nubes de humo.

Tres señores —dos sujetaban ligeros gabanes en el antebrazo— iban a menudo desde las paredes de las casas hasta el borde de la acera, contemplando lo que allí sucedía, y de nuevo se volvían hablando.

A través de los claros entre los paseantes se veían las piedras, ensambladas con regularidad, de la carretera. Allí, coches sobre altas y blandas ruedas eran arrastrados por caballos estirados. Las personas que se recostaban sobre los acolchados asientos miraban en silencio a los peatones, las tiendas, los balcones y el cielo. Si un coche adelantaba a otro, se pegaban entonces los caballos unos a otros y los arneses colgaban bamboleándose. Los animales tiraban del eje, el coche rodaba, tambaleándose de prisa, hasta que el arco alrededor del coche de delante había sido completado y los caballos se despegaben de nuevo; sólo las finas y tranquilas cabezas quedaban vueltas unas a otras. Algunas personas se acercaban corriendo hacia el portal de la casa, se quedaban parados en el seco mosaico, se volvían pausadamente y miraban la lluvia, que, forzada en este estrecho callejón, caía a ráfagas.

Raban se encontraba cansado. Sus labios estaban pálidos, al igual que el descolorido rojo de su corbata, que mostraba un dibujo moro. La dama que estaba en la piedra de la puerta de enfrente, que hasta ahora había estado mirando sus zapatos, muy visibles bajo su falda remangada, le miró ahora a él. Lo hizo con indiferencia, y además puede que sólo mirara la lluvia que caía delante de él o los cartelitos de anuncios que estaban sujetos a la puerta por encima de su pelo. Raban pensó que ella miraba asombrada. «Así que», pensó él, «si se lo pudiera contar, ni se asombraría. Se trabaja tan exageradamente en el trabajo que se está incluso demasiado cansado como para disfrutar bien las vacaciones. Pero mediante todo el trabajo no se consigue ninguna pretensión de ser tratado por todos con cariño; al contrario, se está solo, se es un objeto de curiosidad. Y en tanto que digas «se» en lugar de «yo», no es nada y se puede contar esta historia, pero en cuanto te confieses que eres tú mismo, entonces

eres formalmente atravesado y estás aterrorizado».

Dejó el maletín cosido con una tela de dados en el suelo y al hacerlo dobló las rodillas. Ya corría el agua de lluvia al borde de la carretera en riachuelos, que casi se estiraban hacia los canales colocados más profundamente.

«Pero si yo mismo distingo entre "se" y "yo", cómo me puedo quejar entonces de los otros. Tal vez no sean injustos, pero estoy demasiado cansado para comprenderlo todo. Estoy incluso demasiado cansado para andar sin esfuerzo el camino hasta la estación, que, sin embargo, es corto. ¿Así que por qué no me quedo durante estas pequeñas vacaciones en la ciudad para recuperarme? Soy imprudente. Este viaje me va a enfermar, lo sé seguro. Mi habitación no será excesivamente cómoda, no es posible que sea de otra manera en el campo. Apenas si estamos en la primera mitad de junio, muchas veces el aire en el campo es aún muy fresco. Si bien estoy cuidadosamente vestido, tendré que juntarme con personas que pasean ya tarde por la noche. Allí hay estanques, y se paseará por éstos. Seguro que me resfriaré. En cambio, me destacaré poco en las conversaciones. No podré comparar el estanque con otros estanques de países lejanos, pues nunca he viajado, y para hablar de la luna y para sentir la santidad y para subir exaltadamente a un montón de cascotes, soy demasiado viejo como para que se rían de mí».

La gente pasaba con las cabezas un poco inclinadas, sobre las que mantenían los oscuros paraguas. También pasó un camión, en el que un hombre sentado en el pescante lleno de paja estiraba tan descuidadamente las piernas, que un pie casi tocaba el suelo, mientras que el otro estaba bien, sobre paja y harapos. Parecía como si estuviera sentado con buen tiempo en el campo. Pero sujetaba hábilmente las riendas, de manera que el carro, en el que entrechocaban barras de hierro, viraba bien entre el gentío. En el suelo mojado se veía el reflejo del hierro pasar despacio y dando vueltas de hilera en hilera de piedras.

El niño pequeño de la dama de enfrente estaba vestido como un viejo viticultor. Su traje plegado describía abajo un gran círculo y era ceñido nada más que por una tira de cuero, debajo de las axilas. Su gorro medio esférico le llegaba hasta las cejas y de la punta dejaba caer una bola que le colgaba hasta el oído izquierdo. La lluvia le alegraba. Corrió fuera de la puerta y miró al cielo con los ojos abiertos, para mojarse con la lluvia. A veces saltaba, de manera que el agua salpicaba mucho y los que pasaban le reñían. Entonces le llamó la dama y le cogió de la mano; sin embargo, no lloró.

Raban se asustó entonces. ¿No era ya demasiado tarde? Como llevaba el gabán y la levita desabrochados, sacó rápidamente su reloj. No funcionaba. Malhumorado, le preguntó la hora a un vecino que estaba un poco más dentro en el pasillo. Estaba conversando y todavía en la risa de la conversación dijo: «Pasadas las cuatro», y se volvió.

Rápidamente abrió Raban su paraguas y cogió su maleta. Pero cuando iba a salir a la calle una mujer que iba de prisa le cerró el camino, a la que dejó pasar. Mientras tanto miraba sobre el sombrero de una niña, trenzado con paja teñida de rojo y que

llevaba en el ala una coronita verde.

Todavía lo recordaba cuando ya estaba en la calle, que subía un poco en la dirección que él debía de seguir. Entonces lo olvidó, pues tenía que esforzarse un poco; el maletín no le resultaba ligero y tenía el viento completamente en contra, movía el gabán y hacía que se doblaran las varillas del paraguas.

Hubo de respirar más hondo; un reloj en la plaza cercana, en una hondonada, dio las cinco menos cuarto; debajo del paraguas veía los pequeños y ligeros pasos de personas que venían hacia él; ruedas de carros frenadas rechinaban, girando más despacio; los caballos estiraban sus delgadas manos delanteras, osadas como gamuzas en el monte.

Le pareció entonces a Raban que conseguiría soportar el largo y penoso tiempo de los próximos catorce días. No son más que catorce días, es decir, un tiempo limitado, y si bien los disgustos son cada vez mayores, el tiempo durante el cual hay que aguantarlos se va reduciendo. Sin duda alguna, crece el ánimo por eso. «Todos los que me quieren torturar y que ahora han ocupado todo el espacio a mi alrededor, serán rechazados paulatinamente por el benévolo transcurso de estos días, sin que tuviera que ayudarles ni siquiera en lo más mínimo. Y yo puedo, como resultará natural, ser débil y estar callado y dejar que se haga todo conmigo y a pesar de esto todo tiene que salir bien, sólo por los días que van transcurriendo.

¿Y además no puedo hacerlo como lo hacía siempre de niño en los asuntos peligrosos? Ni siquiera una vez necesito ir yo mismo al campo, no es necesario. Envío mi cuerpo vestido. Si se tambalea hacia fuera por la puerta de mi cuarto, el tambaleo no demuestra miedo, sino su nulidad. Tampoco es excitación cuando tropieza en las escaleras, cuando se va gimiendo al campo y llorando come allí su cena. Pues mientras tanto, yo estoy tumbado en mi cama, tapado con una manta marrón clara, expuesto al aire que sopla por la poco abierta habitación. Los coches y la gente del callejón van titubeantes por un reluciente suelo, pues aún estoy soñando. Los cocheros y los paseantes son tímidos y cada paso que quieren avanzar lo solicitan de mí, mirándome. Yo les animo; no encuentran ningún obstáculo.

Acostado en la cama creo que tengo la figura de un gran escarabajo, de un gusano o de un abejorro.

Se paró delante de una exposición de sombreros de caballeros, colgados de ganchitos, que había detrás de un húmedo cristal y los miró, con los labios fruncidos. «Bueno, mi sombrero aguantará para estas vacaciones», pensó y siguió andando, y si nadie me puede aguantar por culpa de mi sombrero, tanto mejor.

Sí, la gran figura de un escarabajo. Me coloqué mis patitas contra mi panzudo cuerpo. Y cuchicheo un pequeño número de palabras, que son órdenes para mi triste cuerpo, que apenas si está conmigo y que está encorvado. Pronto habré terminado; se inclina, se va fugazmente y todo lo hará perfectamente mientras yo descanso.»

Alcanzó una puerta aislada y abovedada que llevaba de lo alto del pequeño callejón a una pequeña plaza rodeada por muchas tiendas ya iluminadas. En el centro de la plaza, un poco oscurecida por la luz de los lados, había una estatua baja

de un hombre sentado y pensativo. La gente se movía como pequeñas placas deslumbrantes delante de la luz y como los charcos esparcían todos los reflejos por doquier, la vista de la plaza variaba ininterrumpidamente.

Raban se adentró bastante en la plaza, esquivó palpitando los coches que pasaban; saltaba de piedra seca en piedra seca y mantenía el paraguas abierto en la mano levantada para ver todo a su alrededor. Hasta que se paró al lado de un farol —la parada del tren eléctrico— que estaba situada en una plataforma empedrada y cuadrada.

«En el campo se me espera. ¿Qué estarán pensando ya? Pero no la he escrito durante toda la semana, desde que está en el campo. Sólo hoy por la mañana. Al final se imaginan mi apariencia de otra forma. A lo mejor piensan que me lanzo cuando me dirijo a alguien, y esa no es mi costumbre; o que abrazo cuando llego, y tampoco hago eso. Les haré enfadar cuando intente apaciguarles.»

Un coche pasó muy de prisa; detrás de sus dos faroles ardiendo se veían dos damas sentadas en los oscuros y pequeños asientos de piel. Una estaba recostada y tenía la cara cubierta por el velo y la sombra de su sombrero. Pero el tronco de la otra dama estaba erguido; su sombrero era pequeño, finas plumas lo delimitaban. Todos podían verla. Su labio inferior estaba un poco metido en la boca.

Nada más pasar el coche por delante de Raban, varió algún poste la vista del caballo, entonces un cochero cualquiera —que llevaba un gran sombrero de copa— sobre un pescante extraordinariamente alto se interpuso delante de las damas —eso ya había sido mucho más lejos—, entonces volvió su propio coche la esquina de una pequeña casa, que ahora resaltaba más, y desapareció de la vista.

Raban le siguió con la mirada, con la cabeza inclinada, apoyó el palo del paraguas en el hombro para ver mejor. El pulgar de la mano derecha se lo había metido en la boca y frotaba los dientes contra él. Su maleta estaba a su lado, apoyada sobre un lado.

Los coches iban por la plaza de callejón en callejón, los cuerpos de los caballos volaban horizontales como si hubieran sido empujados, pero el movimiento de la cabeza y del cuello mostraban el impulso y el esfuerzo del movimiento.

Alrededor, en los bordes de las aceras de tres calles que confluyen aquí, había muchos desocupados que golpeaban el pavimento con pequeños bastoncitos. Entre sus grupos había unas torrecitas en las que unas niñas servían limonadas; pesados relojes de calle sobre finas barras; hombres que llevaban sobre pecho y espalda grandes pizarras en las que había anunciados entretenimientos con letras multicolores; criados... (Faltan dos hojas)... una pequeña sociedad.

Dos coches señoriales que iban a través de la plaza hacia el callejón descendiente, retuvieron a algunos señores de esta sociedad, pero detrás del segundo coche —ya lo habían intentado con miedo detrás del primero— se unieron de nuevo en un solo grupo a los demás, con los que subieron a la acera en una fila más larga y se metieron en las puertas de un café, empujados por las luces de las bombillas que colgaban en la entrada.

Unos vagones del tranvía eléctrico pasaban cerca, otros estaban lejos, confusamente quietos en las calles.

«Qué encorvada es», pensó Raban cuando vio la escena; «en realidad nunca se estira y a lo mejor tiene la espalda redonda. Tendré que prestarle mucha atención. Y su boca es tan grande y su labio inferior sobresale sin duda por aquí; sí, ahora me acuerdo también de ello. ¡Y el vestido! Naturalmente yo no entiendo nada de vestidos, pero esas mangas pobremente cosidas son muy feas, parecen un vendaje. Y el sombrero, cuya ala tiene en cada lugar una altura distinta a la cara. Pero sus ojos son bonitos, marrones, si no me equivoco. Todos dicen que sus ojos son bonitos.

Al pasar un coche eléctrico delante de Raban, muchas personas alrededor suyo se avalanzaron hacia la escalera del coche, con unos pocos paraguas abiertos y puntiagudos que sostenían con las manos apretadas contra los hombros. Raban, que tenía la maleta debajo del brazo, fue bajado de la acera y pisó con fuerza en un charco invisible. En el coche había un niño de rodillas sobre un banco y apretaba las puntas de los dedos de ambas manos contra los labios, como si se despidiera de alguien que se iba. Algunos pasajeros se apearon y tuvieron que andar unos pocos pasos a lo largo del coche para salir del tumulto. Entonces subió una dama al primer escalón; la cola de su vestido, que sujetaba con ambas manos, llegaba casi al suelo. Un señor se sujetaba a la barra de latón y con la cabeza erguida le contaba algo a la dama. Todos los que querían subir estaban impacientes. El conductor chilló.

Raban, que ahora se encontraba al borde del grupo que esperaba, se volvió, pues alguien había gritado su nombre.

«Ah, Lement», dijo despacio y le ofreció al que se acercaba el dedo meñique de la mano con la que sujetaba el paraguas.

«Así que éste es el novio que viaja hacia la novia. Parece terriblemente enamorado», dijo Lement, riendo entonces con la boca cerrada.

«Sí, tienes que perdonarme que me vaya hoy», dijo Raban. «Te he escrito al mediodía. Naturalmente que me hubiera ido muy a gusto mañana contigo, pero mañana es sábado y todo estará muy lleno, el viaje es largo.»

«No importa. Me lo habías prometido, pero cuando se está enamorado... Tendré que viajar solo.» Lement había puesto un pie en el adoquinado y otro en la acera y apoyaba el cuerpo ora en una pierna, otra sobre la otra. «Querías coger ahora el eléctrico; en este momento se marcha. Ven, vamos andando, te acompaño. Hay tiempo de sobra.»

«¿Por favor, no es ya tarde?»

«No es ningún milagro que estés asustado, pero de verdad, aún tienes tiempo. Yo no estoy tan asustado, por lo que no he encontrado a Gillemann.»

«¿Gillemann? ¿No se va también a vivir fuera?»

«Sí, él y su mujer quieren irse la próxima semana, por lo que había prometido a Gillemann encontrarme con él cuando saliera de su despacho. Quería darme unas indicaciones con respecto a la organización de su casa, por esto tenía que verle. Pero de alguna manera me he retrasado, tenía algunas cosas que hacer. Y justo cuando

estaba pensando si debía ir a su casa, te vi a ti, primero me sorprendió la maleta y te hablé. Pero ya es demasiado tarde para hacer visitas; es imposible ir todavía a ver a Gillemann.»

«Naturalmente. Así que voy a tener conocidos fuera. Por cierto, nunca he visto a la señora Gillemann.»

«Y ella es muy guapa. Es rubia y ahora, tras su enfermedad, está pálida. Tiene los ojos más bonitos que nunca haya visto.»

«Por favor, ¿cómo son los ojos bonitos? ¿Es la mirada? Nunca he considerado bonitos los ojos.»

«Está bien, tal vez haya exagerado un poco. Pero es una mujer guapa.»

A través de la ventana de un café cercano se veía a tres señores comiendo y leyendo sentados en una mesa triangular, cerca de la ventana; uno había puesto el periódico en la mesa, mantenía una taza en alto, y con el rabillo de los ojos miraba hacia el callejón. Detrás de estas mesas de la ventana estaban todos los sitios ocupados en la gran sala por clientes que estaban sentados en pequeños grupos. ... (Faltan dos hojas) ...

«Pero casualmente no es un negocio desagradable, ¿no es cierto? Opino que muchos aceptarían esta carga.»

Entraron en una plaza bastante oscura, que había empezado antes por la acera que ellos iban, pues la de enfrente seguía hacia adelante. En el lado de la plaza por el que ellos iban había una hilera ininterrumpida de casas, de cuyas esquinas arrancaban dos filas de casas muy separadas y que se perdían en la lejanía, en la que parecían juntarse. La acera era estrecha en las casas, que eran generalmente pequeñas. No se veían comercios, aquí no pasaba ningún coche. Un pilar de hierro, casi al final del callejón del que venían, tenía algunas lámparas que estaban sujetas a dos anillas que colgaban superpuestas horizontalmente. La llama con forma trapezoidal estaba en unas placas de cristal ensambladas como en una habitacioncita y que permitía mantener la oscuridad a unos cuantos pasos.

«Ahora sí que es seguro demasiado tarde, me lo has ocultado y voy a perder el tren. ¿Por qué? ..; (Faltan cuatro hojas) ...

«... Sí, con mucho al Pirkersbrofer, aquí y allá.»

«Creo que ese hombre aparece en las cartas de Betty; ¿es aspirante a trabajar en el tren, no?»

«Sí, aspirante y persona desagradable. Me darás la razón en cuanto hayas visto esa pequeña y gorda nariz. Te digo que cuando se va con ese por los aburridos campos... Por cierto, ya ha sido trasladado y se va de ahí, creo y espero, la próxima semana.»

«Espero, antes dijiste que me aconsejas quedarme todavía hoy por la noche. Lo he pensado, no saldría bien. He escrito que voy esta noche; me esperarán.»

«Eso es fácil. Poner un telegrama.»

«Sí, eso se podría hacer, pero no sería bonito si no voy, también yo estoy cansado, sí que voy a ir; si llegase un telegrama se asustarían. ¿Y para qué esto; dónde iríamos

nosotros?»

«Es realmente mejor que te vayas. Sólo pensaba. Además yo no podría ir hoy contigo, porque estoy somnoliento; había olvidado decírtelo. Me voy a despedir de ti ahora, pues no te voy a acompañar por el húmedo parque, porque de todas maneras me voy a pasar a ver a Gillemann. Son las seis y tres cuartos; a esta hora se pueden hacer todavía visitas a buenos conocidos. Adiós. ¡Así que feliz viaje y saluda a todos de mi parte!»

Lement se volvió hacia la derecha y le tendió la mano derecha para despedirse, de manera que por unos momentos fue hacia su brazo estirado.

«Adiós», dijo Raban.

Desde poca distancia todavía gritó Lement: «Tú, Eduardo, ¿me oyes? Cierra tu paraguas, hace rato que ya no llueve. No encontré el momento de decírtelo.»

Raban no contestó, cerró el paraguas y el cielo se cerró oscuro por encima de él.

«Si por lo menos me montara en un tren equivocado», pensaba Raban. «Entonces me parecería como si la empresa hubiese comenzado y cuando volviera más tarde a esta estación, tras haber aclarado la equivocación, me sentiría mucho mejor.

Pero si aquella comarca es aburrida, como dice Lement, esto no será en ningún aspecto ninguna desventaja. Sino que se estará más en las habitaciones y en el fondo nunca se sabrá con certeza dónde están todos los demás; si hay unas ruinas en las cercanías se hará un paseo en común a esta ruina, tal y como con seguridad se ha planeado ya con anterioridad. Pero entonces hay que alegrarse; por ello no es posible no hacer el paseo. Pero si no hay una atracción semejante, entonces no se planea antes nada, pues se espera que ya coincidirán todos; de repente, les gusta, contra toda costumbre, la idea de una excursión grande, pues basta con enviar la niña a las casas de los otros, que están sentados delante de un libro o de una carta y están encantados con la noticia. Bueno, no es difícil protegerse contra semejantes invitaciones. Pero no sé si lo voy a poder hacer, pues no es tan fácil como yo me lo imagino; pues todavía estoy solo, y aún puedo hacer todo, puedo regresar todavía cuando quiera, pues no voy a tener a nadie allí que pueda visitar cuando quiera, y nadie con el que pueda hacer fastidiosas excursiones, que me enseñe el estado de sus cereales o de una cantera que esté explotando. Pues incluso no se está seguro con los viejos conocidos. Lement ha sido simpático hoy conmigo, me ha explicado ciertas cosas y me ha pintado todo como me va a parecer a mí. Me ha hablado y entonces me ha acompañado, a pesar de que no se quería enterar de nada mío y de que tenía otras cosas que hacer. Pero se ha ido de sopetón y, sin embargo, no le puedo haber dañado con ninguna palabra. Si bien era lógico, me he negado a pasar la noche en la ciudad; no le puedo haber molestado, pues es un hombre sensato.»

El reloj de la estación sonó, eran las seis y tres cuartos; Raban se paró porque sentía palpitaciones en el corazón, entonces anduvo rápidamente a lo largo del estanque del parque, entró en un estrecho y mal iluminado camino entre arbustos, entró en una plaza en la que había muchos bancos apoyados a los árboles, corrió entonces más despacio a través de una apertura en la reja hacia la calle, la cruzó,

saltó a la puerta de la estación, encontró la taquilla después de un ratito y hubo de golpear un poco en el cierre de latón. Miró entonces el empleado, dijo que ya era la hora, cogió el billete y tiró ruidosamente sobre la repisa el billete exigido y el cambio. Raban quería repasar la vuelta, pues pensaba que le tenía que dar más, pero un empleado que pasaba cerca le empujó por una puerta de cristal hacia el andén. Raban miró a su alrededor, mientras le gritaba al empleado «gracias, gracias», y como no encontraba ningún mozo, subió solo a un vagón por la escalera más cercana, colocando siempre la maleta en el escalón superior y subiendo luego él, apoyándose con una mano en el paraguas y con la otra sujetando la maleta por el asa. El vagón de tren en el que entró estaba iluminado por la mucha luz del hall de la estación en el que se encontraba; excepto algunas ventanas, todas estaban subidas, cerca colgaba una pila eléctrica que zumbaba, y de las muchas gotas de lluvia en la ventana, que eran blancas, alguna se movía a menudo. Raban oía el ruido que venía del andén, incluso cuando hubo cerrado la puerta del vagón y se hubo sentado en el último espacio libre de un banco de madera color marrón claro. Veía muchas espaldas y nucas y entre éstas, las caras reclinadas en el banco opuesto. En algunos lugares había humo de pipas y puros, y a veces pasaba suavemente por delante de la cara de una niña. A menudo cambiaban los pasajeros de asiento y comentaban entre ellos este cambio; o cambiaban su equipaje, que estaba sobre un banco en una estrecha red de color azul, a otra red. Si asomaba algún palo o algún golpeado canto de alguna maleta, se le hacía notar al propietario. Este iba y volvía a poner todo en orden. También Raban volvió en sí y empujó su maleta debajo de su asiento.

A su izquierda, en la ventana, dos señores estaban sentados uno frente a otro y hablaban sobre precios de mercancías. «Estos son viajeros de comercio», pensó Raban, y les observó respirando regularmente. El comerciante les envía al campo, ellos obedecen, viajan en el tren y en cada pueblo van de comercio en comercio. A veces van en coche de pueblo a pueblo. En ningún sitio tienen que permanecer mucho tiempo, pues todo debe suceder rápido y siempre han de hablar únicamente de mercancías. «¡Con qué alegría puede esforzarse uno en una profesión que es tan agradable!»

El más joven había sacado de un tirón una agenda del bolsillo trasero del pantalón, con el índice humedecido pasó rápidamente las hojas y leyó entonces una página, mientras que ponía debajo la uña del dedo. Al levantar la vista vio a Raban, y al hablar ahora de precios de torzal no desvió la mirada de Raban, como cuando se mira fijamente a un sitio como para no olvidar nada de lo que se quiere decir. Mientras tanto oprimía las cejas contra sus ojos. Mantenía la agenda medio cerrada en la mano izquierda, y el pulgar sobre la hoja leída, para poder mirar con facilidad cuando lo necesitase. La agenda temblaba, pues no apoyaba este brazo en ningún sitio y el coche en marcha golpeaba como un martillo sobre las vías.

El otro viajante había recostado su espalda, escuchaba y asentía con la cabeza a intervalos iguales. Se podía ver que de ninguna manera coincidía con todo y que más tarde daría su opinión.

Raban puso las ahuecadas palmas de las manos sobre las rodillas e inclinándose hacia adelante vio por entre las cabezas de los viajeros la ventana, y por la ventana, luces que pasaban y otras que volaban hacia la lejanía. No comprendía nada de la conversación de los viajeros, tampoco iba a comprender la contestación del otro. Sería necesaria una gran preparación, pues éstas son personas que desde su juventud se han ocupado de mercancías. Pero si se ha tenido tantas veces un carrete de torzal en las manos, sí se sabe el precio y se puede hablar de ello, mientras que pueblos se nos acercan y pasan a toda prisa, mientras que al mismo tiempo giran en la profundidad del campo, donde tienen que desaparecer para nosotros. Y, sin embargo, estos pueblos están habitados y tal vez vayan allí viajeros, de comercio en comercio.

Un hombre alto se levantó en la esquina del vagón, en la otra punta. En la mano tenía unas cartas de juego, y gritó: «Tú, María, ¿has metido también las camisas de céfiro?» «Pues claro», dijo la mujer, que estaba sentada enfrente de Raban. Había dormido un poco, y al despertarle ahora la pregunta, contestó como si se lo dijera a Raban. «¿Usted va al mercado de Jungbunzlan, no?», le preguntó el vivaz viajante. «Sí, a Jungbunzlan.» «Este sí que es un mercado grande, ¿no es cierto?» «Sí, un mercado grande.» Estaba somnolienta, apoyó el codo izquierdo sobre un envoltorio azul y apoyó su cabeza pesadamente sobre la mano, que presionó a través de la carne de la mejilla hasta el hueso. «Qué joven es», dijo el viajero.

Raban sacó el dinero que había recibido del taquillero y lo contó. Sujetaba cada moneda largo tiempo entre el pulgar y el índice y con la punta de éste le hacía dar vueltas en la parte interior del pulgar. Contempló largo tiempo la efigie del emperador; entonces le llamó la atención la corona de laurel y cómo estaba sujeta con nudos y lazos de una cinta a la nuca. Por fin consideró que la suma era correcta y metió el dinero en un negro y grande portamonedas. Pero cuando iba a decirle al viajante: «Es un matrimonio, ¿no cree usted así?», paró el tren. El ruido de la marcha cesó; cobradores gritaron el nombre de la localidad y Raban no dijo nada.

El tren reanudó la marcha tan lentamente, que se podía uno imaginar las vueltas de las ruedas; pero inmediatamente se precipitó en una bajada y de repente parecía a través de la ventana que las largas barras de la barandilla de un puente eran arrancadas y aplastadas unas contra otras.

A Raban le gustaba ahora que el tren fuera tan rápido, pues no le hubiera gustado quedarse en el último pueblo.

«Cuando es de noche allí, cuando no se conoce a nadie, estando tan lejos de casa. Pero entonces, de día tiene que ser horroroso allí. ¿Pero es distinto en la próxima estación, o en la anterior, o en la siguiente, o en el pueblo al que voy?» El viajante habló de repente más alto. «Todavía falta mucho», pensó Raban. «Señor, usted lo sabe tan bien como yo, estos fabricantes dejan viajar en los peores trastos, se arrastran hacia el más sucio prendero, y ¿cree usted que le hacen precios distintos que a nosotros, los grandes comerciantes? Señor, déjeme que se lo diga, exactamente los mismos precios, ayer lo vi claramente. Yo llamo a eso canallada. Se nos oprime,

en las circunstancias actuales nos es prácticamente imposible hacer negocio, se nos oprime.» De nuevo volvió a mirar a Raban; no se avergonzó de las lágrimas en sus ojos, presionó los nudillos sobre su boca, porque le temblaban los labios. Raban se recostó suavemente y tiró de su bigote con la mano izquierda.

La prendera de enfrente se despertó y se pasó, sonriendo, la mano por la frente. El viajante habló más bajo. De nuevo se acomodó la mujer como si fuera a dormir, se apoyó medio tumbada sobre su envoltorio y suspiró. Sobre su cadera derecha se tensó la falda.

Un señor estaba sentado detrás suyo. Llevaba un gorro de viaje y leía el periódico. La niña de enfrente suyo, que seguro que era su pariente, le rogó — inclinando, al decirlo, la cabeza contra el hombro derecho— si podía abrir la ventana, pues hacía mucho calor. Dijo, sin mirarla, que lo haría en seguida, pero que antes tenía que terminar de leer un párrafo del periódico, y enseñó a la niña el párrafo al que se refería.

La prendera no conseguía conciliar el sueño otra vez, se sentó erguida y miró por la ventana; luego observó largo tiempo la lámpara de petróleo, que lucía amarilla en una esquina del vagón. Raban cerró los ojos por un ratito.

En el instante en que los volvió a abrir mordía la prendera un trozo de tarta recubierto con mermelada marrón. El envoltorio que había junto a ella estaba abierto. El viajante fumaba callado un cigarrillo y hacía como si sacudiese continuamente la ceniza. El otro andaba con la punta de un cuchillo en la maquinaria de un reloj de bolsillo, de una manera que se oía.

Con los ojos casi cerrados vio Raban vagamente cómo el señor con el gorro de viaje tiraba del marco de la ventana. Penetró un aire fresco; un sombrero de paja cayó de un gancho. Raban pensó que se despertaba y por eso estaban sus mejillas tan refrescadas, o que se abría la puerta y se le empujaba a la habitación o que se equivocaba de alguna manera, y pronto se durmió con una profunda respiración. II

Todavía temblaba un poco la escalerilla del coche cuando Raban bajó por ella. La lluvia le golpeó la cara, que venía del aire del vagón, y cerró los ojos. Llovía ruidosamente sobre el techo de hojalata del edificio de la estación, pero en el ancho campo caía la lluvia de tal manera que se creía oír soplar el viento regularmente. Un niño descalzo se acercó corriendo —Raban no vio de dónde venía— y le rogó, sin aliento, que Raban le dejara llevar la maleta, pues estaba lloviendo, pero Raban dijo: Sí, llovía, por eso iba a ir en el autobús. No le necesitaba. El chico hizo un gesto como si considerara más distinguido andar en la lluvia y dejar que le lleven la maleta que ir en el autobús; inmediatamente se volvió y se fue corriendo. Ya era demasiado tarde cuando Raban le quiso llamar.

Se veía lucir dos faroles, y un funcionario de la estación salió de una puerta. Sin dudar se dirigió a través de la lluvia hacia la locomotora; estuvo allí con los brazos cruzados y esperó hasta que el maquinista se inclinó sobre la barandilla y le habló. Se llamó a un mozo, vino y fue devuelto. En algunas ventanas del tren había pasajeros, y como tenían que ver un edificio de estación muy vulgar, pues su vista era triste, los ojos estaban casi cerrados, como durante el viaje. Una niña, que venía deprisa por la carretera hacia el andén con una sombrilla con un dibujo de flores, dejó la sombrilla en el suelo y pasó la punta de los dedos sobre la tensa falda. Sólo lucían dos faroles, su cara era muy difusa. El mozo que pasaba se quejó de que se formaban charcos debajo de la sombrilla, puso los brazos en círculo para enseñar el tamaño de estos charcos y entonces movió los brazos por el aire como si fuesen peces que se hunden en agua profunda, para aclarar que el tráfico se veía también interrumpido por la sombrilla.

El tren reanudó la marcha, desapareció como una larga puerta corrediza, y detrás de los álamos, al otro lado de las vías, estaba el conjunto del paisaje sobrecogedor. ¿Era una perspectiva oscura o era un bosque; era un estanque o era una casa en la que ya dormían las personas; era la torre de una iglesia o una garganta entre dos valles? Nadie debiera de atreverse a ir hasta allí, pero ¿quién podría resistirse?

Y cuando Raban vio al empleado —ya estaba en el escalón hacia su despacho— corrió delante de él y le paró: «Por favor, ¿está lejos el pueblo? Pues quiero ir allí.» «No, a un cuarto de hora, pero con el autobús —está lloviendo— está usted allí en cinco minutos.»

«Está lloviendo. No es una primavera bonita», contestó Raban.

El empleado había apoyado la mano derecha en la cadera, y a través del

triángulo que se formaba entre el brazo y el cuerpo vio Raban la niña en su banco, que ya había cerrado la sombrilla.

«Si se va allí ahora en el frescor del verano y hay que quedarse allí, hay que lamentarlo. En el fondo pensaba que alguien me iba a esperar.» Miró alrededor, para que fuera más creíble.

«Me temo que va a perder el autobús. No espera tanto tiempo. No me dé las gracias. El camino ya por allí, entre los setos.»

La calle de delante de la estación no estaba alumbrada; sólo había un mortecino resplandor de tres ventanas de la estación que estaban al nivel del suelo, pero no llegaba lejos. Raban fue de puntillas por el fango y gritó «¡cochero!» y «¡hola!» y «¡autobús!» y «¡aquí estoy!» muchas veces. Pero cuando entró en los charcos casi continuos en el lado oscuro de la calle tuvo que seguir andando con todo el pie hasta que de repente una húmeda boca de caballo le tocó la frente. Ahí estaba el autobús; rápidamente se subió al coche vacío, se sentó al lado del cristal que había detrás del pescante y se recostó en el ángulo, pues había hecho todo lo necesario. Si se duerme el cochero despertará hacia el amanecer; si está muerto vendrá un nuevo cochero o el posadero, pero si tampoco ocurre esto vendrán pasajeros con el primer tren; gente con prisa que hace ruido. En todo caso se puede permanecer en silencio, puedo correr yo mismo las cortinas delante de las ventanas y esperar al tirón con que arrancar este coche. «Sí, es seguro que después de todo lo que he emprendido me llegaré mañana a mamá y a Betty; eso no lo puede impedir nadie. Lo único que está bien y que era también de prever es que mi carta llegará mañana, así que podría haberme quedado tranquilamente en la ciudad y haber pasado una noche agradable junto a Elvy, sin tener que temer el trabajo del día siguiente, que siempre me estropea todo placer. Pero mira, tengo los pies mojados.»

Encendió un cabo de vela que había sacado del bolsillo de su chaleco y lo colocó en el banco de enfrente. Había suficiente claridad; la oscuridad de fuera hacía que se vieran los lados del autobús pintados de negro, sin cristales. No había que pensar de pronto en que debajo del suelo había ruedas y que delante estaba enganchado el caballo. Raban se frotó a conciencia los pies sobre el banco, se puso calcetines limpios y se irguió. Entonces oyó gritar a alguien desde la estación: «¡Eh!», que si había algún pasajero, que lo dijera.

«Sí, sí, y ya tiene ganas de arrancar», contestó Raban inclinándose por la puerta abierta, agarrándose con la mano derecha al poste; la izquierda, abierta, cerca de la boca.

La lluvia le entraba con fuerza entre el cuello de la camisa y su cuello.

Envuelto con la lona de dos sacos cortados se acercaba el cochero; el resplandor de su farol metálico oscilaba entre los charcos que había delante de él. Malhumorado inició una explicación: había estado jugando a las cartas con el Lebeda y estaban justo en el momento más animada cuando llegó el tren. Le hubiera sido imposible mirar si había alguien, pero que a pesar de ello no iba a reñir a quién no le pudiera comprender. Además esto es una porquería de sitio sin límite alguno, y no se puede

comprender qué tiene que hacer aquí semejante señor, y pronto se metería lo suficientemente dentro como para no poderse quejar en ningún sitio. Ahora mismo había entrado el señor Pirkershofer —perdón, es el Señor Adjunto— y dijo que un pequeño rubiales quería viajar con el autobús. Y bueno, ¿había preguntado si había alguien en el autobús o no?

Se sujetó el farol a la punta de la barra; el caballo, arreado con una voz sorda, comenzó a tirar y el agua que se había depositado en el techo del autobús, al ser agitada, goteó dentro del coche.

El camino podía ser montañoso, seguro que el barro saltaba a los radios; detrás de las ruedas que giraban se formaban rápidamente abanicos de agua de los charcos; el cochero sujetaba al chorreante caballo con las riendas bastante sueltas. ¿No se podía utilizar todo esto como reproches a Raban? Inesperadamente, el farol colgado de la barra iluminaba muchos charcos, que se dividían, formando olas, bajo las ruedas. Esto ocurría sólo porque Raban iba hacia su novia, hacia Betty, una bonita muchacha ya mayorcita. ¿Y quién iba a estimar, en caso de que se quisiera hablar de ello; qué merecimientos tenía Raban aquí, y aunque fuera sólo el soportar aquellos reproches que, por cierto, nadie le podía hacer abiertamente? Por supuesto, él lo hacía a gusto; Betty era su novia, él la quería. Sería asqueroso que también ella le diera las gracias por ello, pero de todas maneras.

Sin querer se golpeaba a menudo la cabeza contra la pared que estaba recostado; entonces miró un ratito hacia el techo. Una vez se escurrió su mano derecha del muslo donde la había apoyado. Pero el codo se quedó en el ángulo entre la tripa y la pierna.

Ya iba el autobús entre casas; aquí y allá participaba el interior del coche de la luz de una habitación, una escalera —para poder ver sus primeros escalones tendría que haberse levantado Raban— llevaba a una iglesia; delante de la puerta de un parque lucía una lámpara con una gran llama, pero una estatua de un santo resaltaba negra, tan sólo iluminada por la luz de una buhonería; ahora veía Raban una vela derretida, cuya cera derretida colgaba inamoviblemente del banco.

Cuando paró el coche delante de la posada, y se oía caer la lluvia con fuerza —posiblemente había alguna ventana abierta— y también las voces de los huéspedes, se preguntó Raban qué sería mejor: si apearse ahora mismo o esperar hasta que viniera el posadero al coche. No sabía cómo era la costumbre en esta ciudad, pero seguro que Betty ya había hablado de su novio, y según su aparición más o menos majestuosa, su prestigio iba a aumentar o disminuir y con ello el suyo propio. Pero ahora ni sabía qué prestigio tenía ella ni qué había contado él; así, aún más desagradable y más difícil. ¡Bonita ciudad y bonito camino de regreso a casa! Si llueve allí se va con el eléctrico, sobre piedras mojadas, a casa; aquí con un carro por el lodo, a la posada. «La ciudad está lejos de aquí, si hoy amenazara morir de nostalgia, ya nadie me podría llevar hoy. Bueno, tampoco me iba a morir —allí se me sirve en la mesa la comida esperada para hoy; detrás del plato, a la derecha, el periódico; a la izquierda, la lámpara; aquí me darán una comida extraordinariamente

grasienta, no saben que tengo un estómago delicado, y si lo supieran—, un periódico extraño, muchas personas, a las que ya oigo, estarán allí y una sola lámpara lucirá para todos. ¿Qué luz puede dar suficiente para jugar a las cartas, pero para leer el periódico?

El posadero no viene, a él no le importan los huéspedes, es seguramente un hombre desatento. ¿O sabe que soy el novio de Betty y esto le da el motivo para no venir por mí? Con esto coincidiría que el cochero me dejara esperar tanto tiempo. Betty ha contado a menudo cuanto tenía que soportar de los hombres libidinosos y cómo tenía que rechazar sus pretensiones; tal vez sea esto también aquí...»

(Se interrumpe.)

(Segundo manuscrito.)

Cuando Eduard Raban, viniendo por el pasillo, entró en la abertura del portal, pudo ver cómo llovía. Llovía poco.

En la acera, justo delante de él, ni más alto ni más bajo, iban muchos peatones a pesar de la lluvia. A veces se adelantaba uno y cruzaba la carretera.

Una niña pequeña sostenía un perro gris en los brazos estirados. Dos señores se hacían mutuas confidencias acerca de un asunto cualquiera; a veces se inclinaban el uno hacia el otro y se volvían a erguir lentamente; recordaban a puertas abiertas al viento. Uno tenía las manos con las palmas hacia arriba y las movía regularmente de arriba abajo, como si mantuviera una carga en vilo para comprobar el peso. Entonces se vio una esbelta dama, cuya cara titilaba como la luz de las estrellas y cuyo sombrero plano estaba cargado de cosas irreconocibles hasta los bordes; a todos los que pasaban les parecía, sin intención, extraña, como por una ley. Y un joven con un fino bastón pasaba deprisa; la mano izquierda, como si estuviera impedida, plana sobre el pecho. Muchos tenían caminos de negocios; a pesar de que iban rápido, se les veía más tiempo que a los demás, ora en la acera, ora abajo; los gabanes les venían mal, no les importaba el comportamiento, se dejaban empujar por la gente y también ellos empujaban. Tres señores —dos sujetaban ligeros gabanes en el antebrazo— iban a menudo desde las paredes de las casas hasta el borde de la acera, para ver lo que acontecía en la carretera y en la acera de enfrente.

A través de los claros entre los peatones se veían, mal al principio, luego cómodamente, las piedras regularmente ensambladas de la carretera, sobre las que carros, tambaleándose sobre sus ruedas, eran tirados velozmente por caballos con los cuellos estirados. Las personas que estaban recostadas sobre los acolchados asientos miraban en silencio a los peatones, las tiendas, los balcones y el cielo. Si un coche adelantaba a otro se pegaban entonces los caballos unos a otros y los arneses colgaban balanceándose. Los animales tiraban de la lanzadera, el coche rodaba tambaleándose deprisa, hasta que el arco alrededor del coche de delante había sido completado y los caballos se despegaban de nuevo, con las frías cabezas vueltas unas a otras.

Un señor mayor vino rápido hacia el portal de la casa, se quedó parado sobre el

seco mosaico y se dio la vuelta. Miró entonces la lluvia, que, forzada en este callejón, caía a ráfagas.

Raban dejó en el suelo su maletín cosido con paño negro, y dobló un poco la rodilla derecha al hacerlo. Ya corría el agua hacia los bordes de la carretera en riachuelos, que casi se estiraban hacia los canales colocados más profundamente.

El señor mayor se encontraba cerca de Raban, que se recostaba un poco contra la hoja de madera de la puerta, y miraba de vez en cuando hacia Raban, si bien tenía que girar para ello mucho el cuello. Mas sólo hacía eso por la natural necesidad, ya que estaba desocupado, de observar atentamente todo aquello que por lo menos se encontraba a su alrededor. El resultado de mirar aquí y allá sin sentido fue que no notó muchas cosas. Así se le pasó que los labios de Raban estaban muy pálidos y que no iban muy a la zaga del descolorido rojo de su corbata, que enseñaba un dibujo moro siempre chocante. Pero si hubiera notado esto hubiera comenzado seguramente al respecto un griterío en su interior, pero que no hubiera sido correcto, pues Raban siempre estaba pálido, a pesar de que últimamente se lo habría podido causar algo especial.

«Vaya un tiempo», dijo bajo el señor y sacudió, sabiéndolo, un poco senilmente la cabeza.

«Sí, sí, y si además hay que viajar», dijo Raban y se irguió rápidamente.

«Y éste no es un tiempo que vaya a mejorar», dijo el señor y miró, para comprobar todo en el último instante, inclinándose hacia delante, el callejón arriba, abajo, luego al cielo, «esto puede durar días, puede durar semanas. En lo que me acuerdo, la predicción no es mejor para junio y principios de julio. Bueno, eso no agrada a nadie; yo, por ejemplo, voy a tener que renunciar a mis paseos, que son extraordinariamente importantes para mi salud.»

Al decirlo bostezó y pareció relajarse, pues sólo había oído la voz de Raban, y ocupado con esta conversación, no tenía interés en nada más, ni siquiera en la conversación.

Esto hizo una cierta impresión en Raban, pues el señor se le había dirigido primero, por lo que intentó jactarse un poco, a pesar de que ni siquiera se iba a notar. «Exacto —dijo él—; en la ciudad se puede renunciar perfectamente a aquello que no le es saludable a uno. Si no se renuncia, entonces únicamente se puede hacer uno mismo reproches por las malas consecuencias. Se sentirá y es entonces que se verá claramente, a causa de esto, cómo hay que comportarse la próxima vez. Y si esto separadamente... (faltan dos hojas).

... «No insinúo nada con ello. No insinúo absolutamente nada», se apresuró a decir Raban, listo, como fuera posible, a perdonar la abstracción del señor, puesto que quería jactarse aún un poco más. «Todo es de los libros antes nombrados, que yo acabo de leer, al igual que otros, por la noche en los últimos tiempos. Casi siempre estaba solo. Allí eran las relaciones familiares así. Pero prescindiendo de todo lo demás, después de la cena un buen libro me es lo más querido. Desde siempre. El otro día leí en un prospecto, como cita de no sé qué escritor: «"Un buen libro es el

mejor amigo". Y es realmente verdad, así es, un buen libro es el mejor amigo.»

«Sí, cuando se es joven», dijo el señor sin opinar nada especial con ello, sino que sólo quería expresar con ello cómo llovía, que la lluvia había arreciado de nuevo y que ya ni siquiera iba a parar, pero a Raban le sonó como si el señor se considerara, con sesenta años, fresco y joven, y que en cambio no valoraba para nada los treinta años de Raban, y que quería decir con ello, tanto como fuera permitido, que él había sido a los treinta años más razonable que Raban. Y que pensaba que a pesar de no tener nada que hacer, como por ejemplo él, un hombre mayor, era una pérdida de tiempo estar aquí en el corredor, delante de la lluvia, de esta manera; si además se desperdiciaba el tiempo con charloteo, éste se desperdiciaba doblemente.

Pensaba Raban que desde hacía algún tiempo no le podía afectar nada de lo que sobre sus opiniones y habilidades dijeran otros; al revés, había abandonado formalmente aquel lugar, donde abandonadamente había escuchado todo, de manera que la gente ahora sólo hablaba al vacío, al estar contra él o a favor suyo. Por eso dijo: «Hablamos de cosas diferentes, pues usted no ha esperado a lo que yo quería decir».

«¡Por favor, por favor!», dijo el señor.

«Da igual, no es tan importante —dijo Raban—, sólo opinaba que los libros son útiles en todo sentido y sobre todo donde no sería de esperar. Cuando se emprende algo, son precisamente los libros cuyo contenido no tiene nada que ver con la empresa, los más útiles. Pues el lector, que sin embargo se propone dicha tarea, en cierta forma está apasionado (y a pesar de que el libro sólo puede alcanzar formalmente este apasionamiento), se ve forzado por el libro a formular unos pensamientos que están relacionados con su empresa. Pero como el contenido del libro es completamente indiferente, el lector no se ve perturbado en aquellos pensamientos y pasa con ellos por medio del libro, como una vez los judíos por el mar Rojo, diría yo.»

La personalidad del señor mayor adquirió ahora una expresión desagradable para Raban. Le parecía como si se le hubiera acercado especialmente, pero era solo insignificante... (faltan dos hojas).

... «También el periódico. Pero todavía quería decir que viaje al campo nada más que por catorce días; me he tomado vacaciones por primera vez desde hace tiempo; es necesario, y a pesar de todo, por ejemplo, me ha enseñado un libro que, como dije, he leído recientemente, sobre mi pequeño viaje más de lo que usted se puede imaginar.»

«Le oigo», dijo el señor. Raban estaba callado y tenía metidas las manos, tan erguido como estaba, en los bolsillos de su gabán, que le quedaban un poco altos.

No dijo, sino hasta después de un rato, el señor mayor: «Este viaje parece tener una excepcional importancia para usted».

«Ya lo ve, lo ve», dijo Raban, y se volvió a apoyar contra la puerta. Fue ahora cuando vio de qué manera se había llenado el pasillo de gente. Estaban incluso delante de la escalera de la casa, y un funcionario, que también había alquilado una

habitación a la misma señora que Raban, tuvo que pedir a la gente, al bajar la escalera, que le hicieran sitio. Gritó a Raban —el cual sólo señalaba con una mano la lluvia— por encima de más cabezas, que se volvieron todas hacia él, «¡Feliz viaje», y repitió una promesa aparentemente ya hecha antes, de visitar seguro a Raban el próximo domingo.

... (Faltan dos hojas). ... tiene un cargo agradable, con el que está contento y que desde siempre estaba esperándole a él. Es tan perseverante e interiormente tan divertido, que no necesita a nadie para su entretenimiento, pero todos le necesitan a él. Siempre estuvo sano. ¡Ah!, no hable usted.

«No voy a reñir», dijo el señor.

«Usted no reñirá, pero tampoco reconoce su error. ¿Por qué se empeña en mantenerlo? Y si usted se acuerda todavía tan perfectamente, apuesto que se olvidaría de todo si hablara con él. Me reprocharía que ahora no le haya refutado a usted mejor. Cuando habla de un libro. Está igual de entusiasmado para todo lo bello»...

CONSIDERACIONES SOBRE EL PECADO, EL SUFRIMIENTO, LA ESPERANZA Y EL CAMINO VERDADERO

(Seguimos aquí el orden confeccionado por el propio Kafka, tal y como fue escrito por él —si bien sin título— a tinta en hojas sueltas. Adoptamos también la numeración de los aforismos tal y como fue marcada por él mismo.)

1. El camino verdadero va sobre una cuerda que no está tensada en la altura, sino muy cerca del suelo. Seguro que parece hacer tropezar más que ser andada.

2. Todos los fallos humanos son impaciencia, una prematura interrupción de lo metódico, un aparente enmarcamiento de la cosa aparente.

3. Hay dos pecados humanos principales, de los que se derivan todos los demás: impaciencia e indolencia. Por la impaciencia han sido expulsados del paraíso; por la indolencia no regresan.

4. Muchas sombras de los difuntos se ocupan en lamer las mareas del Río de los Muertos, porque éste viene de nosotros y aún posee el salado sabor de nuestros mares. Entonces se eriza de asco el río, coge una corriente que vaya hacia atrás y devuelve a los muertos de nuevo a la vida. Pero ellos están contentos, entonan canciones de gracia y acarician al indignado.

5. A partir de un cierto punto ya no hay ningún retorno. Este punto ha de corregirse.

6. El momento decisivo del desarrollo humano es perpetuo. Por ello llevan razón los movimientos revolucionarios intelectuales al explicar todo lo anterior como nulo, pues aún no ha ocurrido nada.

7. Uno de los métodos más eficaces de seducción del Mal es la invitación a la lucha.

8. Es ésta como la lucha con las mujeres, que siempre termina en la cama.

9. A. está muy henchido, cree haber avanzado mucho en el Bien, pues se encuentra, aparentemente, como un objeto siempre atrayente, expuesto a cada vez más tentaciones que proceden de direcciones hasta ahora desconocidas para él.

10. Pero la explicación correcta es que un gran demonio ha tomado sitio en él y que el sinnúmero de pequeños acude para servir al grande.

11/12. Diferencia de las opiniones que se pueden tener sobre una manzana: la opinión del niño pequeño, que tiene que alargar el cuello para apenas si poder ver la manzana sobre la mesa, o la opinión del señor de la casa, que coge la manzana y

libremente se la da al comensal.

13. La primera señal de un incipiente conocimiento es el deseo de morir. Esta vida parece insoportable; otra, inalcanzable. Ya no se avergüenza de querer morir; se suplica desde la vieja celda que se odia, ser trasladado a otra nueva, que se aprenderá a odiar de nuevo. Un resto de fe actúa aquí: durante el transporte aparecerá casualmente por el pasillo el Señor, observará al detenido y dirá: «A éste no debéis volver a encerrarle. Que venga a mí.»

14. Si fueras por una llanura, tuvieras el buen deseo de avanzar, pero sin embargo retrocedieras, sería entonces una cosa desesperada; pero como trepas una pronunciada pendiente, más o menos tan pronunciada como tú mismo, eres visto desde abajo; el retroceso sólo puede ser producido por la naturaleza del suelo, y no tienes que desesperarte.

15. Como un camino en otoño: apenas ha sido barrido, vuelve a cubrirse con las hojas secas.

16. Una jaula fue a buscar un pájaro.

17. Nunca he estado en este lugar: de otra manera va el aliento, más brillante que el sol luce a su lado una estrella.

18. Si hubiera sido posible construir la Torre de Babel sin treparla, habría sido permitido.

19. No te dejes hacer creer por el Mal, podrían tener secretos ante él.

20. Leopardos irrumpen en el templo y se beben y vacían los jarros de los sacrificios; esto se repite siempre; finalmente, se puede prever y se convertirá en una parte de la ceremonia

21. Tan fuerte como la mano sujeta la piedra. Pero la sujeta fuerte sólo para poderla lanzar más lejos. Pero también por aquella lejanía va el camino.

22. Tú eres el deber. Ningún Escolar a lo largo y a lo ancho.

23. Del auténtico enemigo va un valor ilimitado hacia ti.

24. Comprender la suerte, que el suelo sobre el que estás no puede ser más grande que lo que lo cubren los dos pies.

25. ¿Cómo se puede alegrar uno del mundo, menos cuando se escapa hacia él?

26. Los escondrijos son innumerables, la salvación sólo una, pero posibilidades de la salvación otra vez tantas como escondrijos.

Hay una meta pero ningún camino; lo que nosotros llamamos camino es duda.

27. Además nos es impuesto hacer lo negativo; lo positivo ya nos ha sido dado.

28. Una vez que no ha aceptado el Mal ya no exige éste que se le crea.

29. Las intenciones con las que aceptas en ti el mal no son las tuyas, sino las del mal.

El animal arranca de las manos el látigo al amo y se fustiga él mismo para convertirse en amo, y no sabe que esto es sólo una fantasía producida por un nuevo nudo en la correa del látigo.

30. Lo bueno está en cierto sentido desconsolado.

31. No aspiro al autodomínio. Autodomínio es querer influir en un lugar causal

de las interminables radiaciones de mi existencia espiritual. Pero si tengo que trazar semejantes círculos a mi alrededor, entonces lo hago mejor inactivo en la simple contemplación del monstruoso complejo y me llevo a casa el robustecimiento que «a contrario» produce esta contemplación.

32. Las cornejas afirman que una sola corneja podría destruir el cielo. Esto es indudable, pero no demuestra nada contra el cielo, pues los

33. Los mártires no menosprecian el cuerpo, dejan que sea elevado a la cruz. En ello coinciden con sus enemigos.

34. Su desfallecimiento es el del gladiador después de la lucha; su trabajo era el de blanquear un ángulo en un cuarto de funcionarios.

35. No hay ningún haber, sólo un ser, sólo un ser demandando un último suspiro, un ahogo.

36. Antes no comprendía por qué no recibía ninguna respuesta a mi pregunta; hoy no comprendo cómo podía creer en poder preguntar. Pero yo no creía, sólo preguntaba.

37. Su respuesta a la afirmación, él también poseía, pero no era, era únicamente temblor y golpear de corazón.

38. Uno se asombraba de lo fácil que andaba el camino de la eternidad; es que en realidad lo bajaba.

39 a. Al cual no se le puede pagar a plazos, y lo intenta sin parar.

Sería imaginable que Alejandro Magno, a pesar de los éxitos militares de su juventud, a pesar del extraordinariamente instruido ejército, a pesar de las fuerzas dirigidas a cambiar el mundo que notaba dentro de sí, se hubiera atascado en el Helesponto y nunca lo hubiera invadido, y no por miedo, ni por indecisión, ni por flaqueza de voluntad, sino por pesadez terrenal.

39 b. El camino es interminable, no se le puede restar nada, no se puede sumar nada y sin embargo todos conservan su vara de medida infantil. «Cierto, todavía tienes que andar esta vara del camino, no te será olvidado.»

40. Sólo nuestra concepción de tiempo nos permite llamar al Juicio Final así; en realidad, es un derecho de clase.

41. La desproporción del mundo parece ser, por fortuna, sólo numérica.

42. Reposar sobre el pecho la cabeza llena de asco y de odio.

43. Todavía juegan los perros de casa en el patio; sin embargo, no se les escapa la caza, a pesar de que ya corre por el bosque.

44. Te has enjaezado ridículamente para este mundo.

45. Contra más caballos enganches más rápido va; es decir, no arrancar el bloque de la base, lo que es imposible, pero romper las correas y con ello la marcha totalmente libre.

46. La palabra «ser» significa ambas cosas en alemán: existencia y pertenece a él.

47. Se les ofreció la elección de ser reyes o ser correos de los reyes. Al modo de los niños quisieron ser todos correos. Por ello hay tantos correos, van por el mundo y se gritan unos a otros, puesto que hay reyes, las noticias que han perdido su sentido.

A gusto pondrían fin a su miserable vida, pero no osan hacerlo a causa del juramento de servicio.

48. Creer en los avances no significa creer que ya se ha producido un avance. Eso no sería creer.

49. A. es un virtuoso y el cielo es su testigo.

50. El hombre no puede vivir sin una confianza duradera de algo indestructible en sí, si bien pueden quedarle permanentemente ocultos tanto lo indestructible como la confianza. Otra de las posibilidades de manifestación de este permanecer oculto es la fe en un dios personal.

51. Necesitaba de la mediación de la serpiente: el mal puede seducir al hombre, pero no convertirse en hombre.

52. No se debe engañar a nadie, tampoco al mundo acerca de su triunfo.

53. En la lucha entre tú y el mundo, secunda al mundo.

54. No existe otra cosa más que un mundo espiritual; lo que nosotros llamamos mundo sensitivo, es el mal en el espiritual, y lo que nosotros llamamos malo es sólo la necesidad de una pausa en nuestro desarrollo espiritual.

Con la luz más fuerte se puede disolver el mundo. Ante ojos débiles se endurece, ante los aún más débiles tiene puños, ante los aún más débiles se vuelve vergonzoso, y destroza a aquel que osa mirarle.

55. Todo es engaño: buscar la medida mínima de los engaños, permanecer en lo usual, buscar la medida máxima. En el primer caso se engaña al bien, al querer hacer las adquisiciones de éste demasiado fáciles; al mal, al querer situarle en unas condiciones para la lucha demasiado adversas. En el segundo caso se engaña al bien, al no buscarlo tan siquiera una sola vez en lo terrenal. En el tercer caso se engaña al bien, al alejarse lo más posible de éste; al mal, al esperar dejarle sin fuerza mediante su aumento máximo. Según esto, habría que preferir el segundo caso, pues siempre se engaña al bien, no al mal en este caso, por lo menos según las apariencias.

56. Hay preguntas que no podríamos superar, si nos viéramos por naturaleza libres de ellas.

57. El lenguaje puede ser utilizado indicativamente para todo, excepto el mundo sensitivo, pero nunca siquiera comparativamente, puesto que el lenguaje, de acuerdo con el mundo sensitivo, sólo trata de la posesión y sus relaciones.

58. Se miente lo menos posible, sólo cuando se miente lo menos posible, no cuando se tiene las menos oportunidades para ello.

59. Un escalón que no se halle profundamente socavado por los pasos es, visto por sí mismo, nada más que un yermo conglomerado de maderas.

60. El que renuncia al mundo tiene que querer a todos los hombres, pues renuncia también a su mundo. Por ello comienza a intuir el auténtico ser humano, que no puede ser más que querido, descontando, que se sea igual a éste.

61. El que dentro del mundo quiere a sus semejantes, no hace ni más ni menos injusticia, que si dentro del mundo se quiere a sí mismo. Sólo quedaría la pregunta de si lo primero es posible.

62. La realidad de que no hay otra cosa más que un mundo espiritual, nos quita la esperanza y nos da la certeza.

63. Nuestro arte es una existencia deslumbrada por la verdad: la luz sobre la cara de muecas que retrocede es auténtica, si no nada.

64/65. La expulsión del Paraíso es eterna, en su parte esencial: así, la expulsión del Paraíso es definitiva, la vida en el mundo ineludible, la eternidad del proceso pero (o expresado temporalmente: la eterna repetición del proceso) hace posible, a pesar de todo, que no sólo pudiéramos quedarnos continuamente en el Paraíso, sino que en realidad estamos continuamente allí, indiferentemente de que nosotros lo sepamos o no.

66... El es un libre y asegurado ciudadano del mundo, pues está sujeto a una cadena suficientemente larga para darle libres todos los espacios terrestres, y sin embargo, sólo tan larga que no le puede arrastrar nada fuera de los límites del mundo. Pero al mismo tiempo es un libre y asegurado ciudadano del cielo, pues se encuentra sujeto a una cadena celestial semejante. Quiere ir a la tierra, le estrangula el collar del cielo, quiere ir al cielo, el de la tierra. Y a pesar de ello tiene todas las posibilidades y lo siente; sí, incluso se niega a remitir todo a un fallo en el primer encadenamiento.

68. ¡Qué es más alegre que la fe en un dios de la casa!

69. Teóricamente hay una completa posibilidad de felicidad: creer en lo imperecedero, en uno mismo y no buscarlo.

70/71. Lo indestructible es uno; cada hombre en sí lo es y al mismo tiempo es común a todos, de ahí la sin par indivisible unión de los hombres.

72. En el mismo hombre existen conocimientos, que en una absoluta diferencia tienen el mismo objeto, de manera que sólo hay que volver a concluir sobre diferentes sujetos en el mismo hombre.

73. Come los desperdicios de la propia mesa, con ello está satisfecho un ratito más que los demás, pero olvida comer de la mesa; pero con ello terminan también los desperdicios.

74. Si aquello que se supone ha sido destruido en el Paraíso era destruible, entonces no era definitivo; pero si era indestructible, vivimos entonces en una falsa creencia.

75. Pruébate con la humanidad. Hace dudar al que duda y creer al creyente.

76. Este sentimiento: «Aquí no echo anclas», e inmediatamente sentir alrededor de uno la fluctuante y arrastrante marea. Una peripecia. A la escucha, con miedo, esperanzada se arrastra la pregunta alrededor de la respuesta, busca desesperadamente en su inabordable rostro, le sigue a lo más absurdo, es decir, los caminos que más se aparten de la respuesta.

77. El trato con los hombres induce a la auto- contemplación.

78. El espíritu se libera sólo cuando deja de ser apoyo.

79. El amor sensitivo confunde sobre el celestial; solo no podría, pero sin saberlo tiene el elemento del amor celestial, puede hacerlo.

80. La verdad es indivisible, así pues no se puede reconocer a sí misma; quien quiera reconocerla, tiene que ser mentira.

81. Nadie puede exigir lo que le daña en último término. Pero si tiene esta apariencia en cada hombre —y probablemente la tenga siempre— se explica esto como que alguien exige algo en el hombre, que le sirve a ese alguien, pero daña profundamente a un segundo alguien que es medio arrastrado para el juicio del caso. Si el hombre se hubiera colocado al principio, y no en el juicio, al lado del segundo alguien, se hubiera apagado el primer alguien y con él la exigencia.

82. ¿Por qué nos quejamos por el Pecado Original? No es por su culpa que hemos sido expulsados del Paraíso, sino por el árbol de la vida, para que no comamos de él.

83. No sólo somos pecadores por haber comido del árbol del conocimiento, sino porque también todavía no hemos comido del árbol de la vida. Pecaminoso es el estado en que nos encontramos, independiente de la culpa.

84. Fuimos creados para vivir en el Paraíso. El Paraíso está destinado a servirnos. Nuestro destino ha sido cambiado; no se dice que también esto haya ocurrido con el destino del Paraíso.

85. El mal es un reflejo de la conciencia humana en determinadas actitudes de transición. En realidad el mundo espiritual no es brillo, sino su mal, que ciertamente constituye para nuestros ojos el mundo espiritual.

86. Desde el Pecado Original tenemos la misma aptitud en lo esencial para reconocer el bien y el mal, a pesar de ello buscamos aquí nuestras ventajas especiales. Pero es más allá de este conocimiento donde comienzan las diferencias auténticas. El brillo contrario es determinado por lo siguiente: nadie se puede contentar sólo con el conocimiento, sino que tiene que esforzarse por actuar conforme a éste. Pero para ello no le ha sido dada la fuerza, por ello tiene que destruirse, incluso con el peligro de no obtener así la fuerza suficiente, pero no le queda nada más que este último intento. (Es éste el sentido de la amenaza de muerte en la prohibición de comer del árbol del conocimiento; tal vez también sea éste el sentido primitivo de la muerte natural». Pero ahora se asusta ante este intento; prefiere hacer retroceder el conocimiento del bien y del mal (la denominación «Pecado Original» se refiere a este miedo); pero lo ocurrido no puede ser vuelto atrás, sólo empañado. Para este fin nacen las motivaciones. El mundo entero está lleno de éstas; sí, todo el mundo visible no sea tal vez más que una motivación del hombre que quiere un instante de descanso. Un intento de falsear la realidad del conocimiento, hacer del conocimiento el objetivo.

87. Una fe como una guillotina, tan pesada, tan ligera.

88. La muerte está delante de nosotros, como en el aula del colegio, en un cuadro de la batalla de Alejandro. Se trata de oscurecer con nuestras acciones todavía en esta vida el cuadro o apagarlo por completo.

89. El hombre tiene voluntad libre, de tres clases: En primer lugar, era libre cuando quiso esta vida; ahora ya no puede retractarse, pues ya no es aquel que entonces la quiso, a no ser que desarrolle su deseo de entonces mientras que vive.

En segundo lugar es libre en tanto que puede elegir la forma de andar y el camino de esta vida.

En tercer lugar es libre en tanto que él como aquel que volverá a ser otra vez, tiene el deseo de andar por la vida bajo cualquier condición y de esta manera ser él, si bien por un camino elegible, pero en todo caso tan laberíntico que no deja sin torcer ni el más mínimo aspecto de esta vida.

Estas son las tres clases de libre voluntad, pero también es, pues es simultánea, una uniformidad y es en el fondo tan uniformidad que no hay sitio para un deseo, ni libre ni esclavo.

90. Dos posibilidades: hacerse interminablemente pequeño o serlo. Lo segundo es terminación, es decir, inactividad: lo primero comienzo, es decir, acción.

91. Para evitar una confusión de palabra: lo que tiene que ser activamente destruido, tiene que haber sido muy sujeto con anterioridad; lo desmenuzado, desmenuzado, pero no puede ser destruido.

92. La primera adoración a los dioses fue con certeza miedo ante las cosas, pero junto con esto, miedo ante la necesidad de las cosas y miedo ante la responsabilidad por las cosas. Tan enorme parecía esta responsabilidad que no se osaba cargar con ella a ningún extrahumano, pues también mediante la intercesión de un ser todavía no habría sido suficientemente aligerada la responsabilidad humana; el contacto con un solo ser estaría todavía muy manchado de responsabilidad, por ello se dio a cada cosa la responsabilidad de sí misma; aún más, se dio a esas cosas, además, una cierta responsabilidad por los hombres.

93. ¡Por última vez psicología!

94. Dos tareas del comienzo de la vida: reducir tu círculo cada vez más y comprobar una y otra vez si no te mantienes escondido en algún lugar fuera de tu círculo.

95. A veces, el mal está en la mano como una herramienta, conocida o desconocidamente; si se tiene el deseo, se deja colocar a un lado sin protesta alguna.

96. Las alegrías de esta vida no son las tuyas, sino nuestro miedo ante la subida a una vida más alta; los tormentos de esta vida no son los tuyos, sino nuestro auto tormento por aquel miedo.

97. Sólo aquí el sufrimiento es sufrimiento. No es que aquellos que sufren aquí deban de ser elevados en otra parte por este sufrimiento, sino que aquello que se llama en este mundo sufrir, es en otro mundo, sin cambios y solamente liberado de su antítesis, santidad.

98. La idea de la infinita magnitud y plenitud del cosmos es el resultado de la mezcla exagerada al máximo de una trabajosa creación y de un libre conocimiento.

99. Mucho más abrumador que el convencimiento más amargo acerca de nuestro actual estado pecaminoso, es incluso el más leve convencimiento de la antigua y eterna justificación de nuestra temporalidad. Sólo la fuerza en soportar este segundo convencimiento, que en su limpieza engloba completamente el primero, es la medida de la fe.

Algunos creen que al lado del gran engaño original todavía se organiza en cada caso un pequeño y especial engaño para ellos exclusivamente; es decir, que cuando se representa en escena una obra de amor, la actriz, además de la falsa sonrisa para su amante, tiene una especial e insidiosa sonrisa para el determinado espectador en el gallinero. Esto es ir demasiado lejos.

100. Puede haber un conocimiento de lo diabólico, pero ninguna fe en ello, pues más diabólico que lo que es esto no hay nada.

101. El pecado viene siempre abiertamente y es inmediatamente comprensible con los sentidos. Va a sus raíces y no debe ser arrancado.

102. Todos los sufrimientos alrededor nuestro los tenemos que sufrir nosotros también. Nosotros todos no tenemos un cuerpo, pero un desarrollo, y eso nos conduce a través de todos los dolores, en ésta o aquella forma. Al igual que el niño se desarrolla a través de todas las etapas de vida hasta la senilidad y la muerte (y aquella etapa parece inalcanzable para la anterior en exigencia o en temor), igualmente nos desarrollamos nosotros (no menos unidos con la humanidad que con nosotros mismos) a través de todos los sufrimientos de este mundo. Para la justicia no hay sitio en esta relación, pero tampoco para el temor ante los sufrimientos o para la interpretación del sufrimiento como un merecimiento.

103. Puedes mantenerte apartado de los sufrimientos de este mundo, esto te está permitido y corresponde a tu naturaleza, pero tal vez sea este mantenerse apartado el único sufrimiento que puedas evitar.

105. (Falta el 104 en el original. (N. del T.)) El medio de seducción de este mundo como la fianza para ello, que este mundo sólo es un paso, es el mismo. Con derecho, pues sólo así nos puede seducir este mundo y corresponde a la verdad. Pero lo peor es que tras una seducción conseguida olvidamos la fianza y así, en realidad nos ha atraído el bien al mal, la mirada de una mujer a su cama.

106. La humanidad da a todos, también al desesperado solitario, la relación más fuerte para con el semejante, y además inmediatamente, si bien con una duradera y total humildad. Puede conseguir esto porque es el auténtico lenguaje de la oración, al mismo tiempo adoración y la más fuerte comunicación.

La relación con el semejante es la relación de la oración, la relación hacia sí la relación de la búsqueda; de la oración se saca la fuerza para la búsqueda.

¿Puedes conocer otra cosa aparte del engaño?

Si alguna vez se destruye el engaño no debes mirar o te convertirás en estatua de sal.

107. Todos son muy amistosos con A., más o menos igual que cuando se intenta guardar un extraordinario billar incluso de buenos jugadores, hasta tanto que venga el gran jugador, inspeccione la mesa, no soporte ningún fallo prematuro, pero entonces, cuando empieza a jugar él mismo, se desfogue de la manera más descuidada.

108. «Pero entonces regresó a su trabajo como si no hubiera ocurrido nada.» Es ésta una observación, que nos es familiar por una oscura profusión de viejas

narraciones, a pesar de que, sin embargo, no aparezca en ninguna.

109. No se puede decir que nos falte fe. Sólo la sencilla realidad de nuestra vida no se puede agotar en su valor de la fe. ¿Aquí sería valor de la fe? No se puede no-vivir. Justo en ese «no se puede no» se esconde la demencial fuerza de la fe; en esta unión recibe forma.

No es necesario que te vayas de la casa. Quédate en tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, espera tan sólo. Ni siquiera esperes, estate completamente callado y sólo. El mundo se te ofrecerá para desenmascararlo, no puede hacer otra cosa, extasiado se retorcerá ante tí.

CARTA AL PADRE

Queridísimo padre:

Últimamente me has preguntado por qué afirmaba yo tenerte temor. Como de costumbre, no supe qué contestarte, en parte por el miedo que tengo ante ti, en parte porque para el razonamiento de este miedo son necesarias muchas particularidades, como para poder mantenerlas unidas en una conversación. Y si intento aquí contestarte por escrito será de todas maneras de una forma muy incompleta, porque también al escribir me obstaculiza el miedo ante ti y sus consecuencias, y porque el tamaño del asunto sobrepasa con mucho mi memoria y mi inteligencia.

A ti siempre se te ha presentado el asunto de una manera muy sencilla, por lo menos en lo que tú has hablado al respecto delante mío y, sin distinción, delante de muchos otros. Te parecía que era aproximadamente así: toda tu vida has trabajado (duro, todo para tus hijos, sobre todo te has sacrificado por mí. A consecuencia de esto he vivido disolutamente, he tenido absoluta libertad para estudiar lo que he querido, no he tenido motivo para preocuparme del comer, es decir, para preocupaciones en general; no has exigido agradecimiento por ello, conoces el «agradecimiento de los niños», pero por lo menos alguna deferencia, algún signo de simpatía; en vez de ello, me he escondido desde siempre de ti, en mi cuarto, con libros, con amigos locos, con ideas exaltadas; nunca he hablado contigo abiertamente, en el templo nunca he ido hacia ti, nunca te he visitado en Franzensbad, tampoco he tenido nunca espíritu familiar, nunca me he ocupado del negocio ni de tus asuntos, te he colgado con la fábrica y entonces te he abandonado, he apoyado a Ottila (la más pequeña de las hermanas de Franz. Nació en octubre de 1892) en su testarudez y mientras que por ti no muevo ni siquiera un dedo (ni siquiera te traigo una entrada de teatro), lo hago todo por los amigos. Si aúnas tu juicio sobre mí, arroja que si bien no me echas en cara nada malo o indecente (tal vez exceptuando mi último intento de matrimonio), sí frialdad, desagradecimiento, distanciamiento. Y me lo reprochas como si fuera mi culpa, como si yo hubiera podido con un golpe de timón variar todo, mientras que tú no tienes la más mínima culpa, a no ser el haber sido demasiado bueno conmigo.

Considero esta exposición tuya correcta en tanto en cuanto que yo también creo que eres completamente inocente de nuestra separación. Pero igualmente inocente soy yo. Si yo pudiera hacer que tú reconocieras esto, entonces sería posible —si bien no una nueva vida, pues para ello somos ambos demasiado mayores— sí una especie de paz, no un acabar, pero si una suavización de tus incansables reproches.

Curiosamente tienes alguna idea de lo que te voy a decir. Así, por ejemplo, me has dicho hace poco: «siempre te he querido, si bien externamente no he sido contigo

como acostumbran a ser otros padres, precisamente porque yo no puedo fingir como otros». Padre, nunca he dudado de tu bondad conmigo, pero esta observación la considero incorrecta. Tú no puedes fingir, eso está bien, pero querer afirmar sólo por este motivo que otros padres fingen, o es un vano deseo de tener la razón, que no merece la pena de seguir discutiendo, o es —y esto es, según mi opinión, auténtico— la expresión oculta de que algo no va bien entre nosotros y de que tú has contribuido a ello, aunque sin culpa. Si tú piensas así de verdad, estamos de acuerdo.

Naturalmente que no digo que me haya convertido en lo que soy sólo por tu influencia. Sería demasiado exagerado (e incluso me inclino hacia dicha exageración). Es muy posible que yo, incluso habiendo crecido libre de tu influencia, no podría haberme convertido en un hombre de acuerdo con tu corazón. Posiblemente hubiera sido un débil, asustadizo, inseguro e intranquilo hombre, ni Robert Kafka ni Karl Hermann (marido de Elli. (N. del T.)), pero sí completamente distinto de como soy ahora, y nos habiéramos podido llevar estupendamente. Habría sido feliz de tenerte como amigo, como jefe, como tío, como abuelo, e incluso (aunque ya lo dudaría más) como suegro. Mas sólo como padre fuiste demasiado fuerte para mí, sobre todo al morir mis hermanos siendo pequeños, las hermanas vinieron bastante después; así, tuve que aguantar el primer choque yo solo, para lo que era demasiado débil.

Compáranos a ambos: yo, para expresarlo brevemente, un «Lowy» (apellido de soltera de la madre de Kafka) con un cierto fondo «Kafkiano», pero que, sin embargo, no es impulsado por la voluntad «Kafkiana», de conquista de vida, de negocios, sino por un aguijón «lowyano» que actúa más oculto, más asustadizo y que además se interrumpe a menudo. En cambio, tú eres un auténtico Kafka en fuerza, salud, apetito, voz potente, talento oratorio; satisfecho contigo mismo, superioridad mundana, perseverancia, presencia de ánimo, conocimiento de los hombres, una cierta generosidad, naturalmente junto con los fallos y flaquezas correspondientes a todas estas ventajas, a los que a veces te precipitan tu temperamento y tu cólera. Tal vez no seas un Kafka del todo en tu opinión general del mundo, en tanto te puedo comparar con tío Philipp, Ludwig, Heinrich (Hermanos del padre de Franz). Es curioso, tampoco lo veo esto muy claro. Todos ellos eran más alegres, frescos, desenfadados, de vida más fácil, menos severos que tú. (Por cierto, en esto he heredado mucho de ti y he admirado la herencia demasiado bien, aunque sin tener en mi ser los contrapesos que tú tienes.)

Sin embargo, en este aspecto has pasado por épocas distintas; tal vez eras más alegre antes de que te desilusionaran tus hijos, sobre todo yo, y te abrumaran en casa (si venían extraños, eras completamente distinto) y tal vez ahora estés más alegre, pues los nietos y el yerno te dan un poco de aquel calor que tus hijos, menos Valli (la segunda hermana, nacida en 1890) tal vez, no pudieron darte. En todo caso éramos diferentes y en esta diferencia tan peligrosos el uno para el otro, que si se hubiera podido predecir cómo yo, el niño que despacio se va desarrollando, y tú, el hombre ya hecho, se iban a comportar el uno con el otro, se hubiera podido responder que tú

sencillamente me vas a machacar, sin que quede absolutamente nada mío. Esto no ha ocurrido; lo vivo no se puede calcular, pero tal vez haya ocurrido algo más enojoso. Te ruego continuamente que no olvides que nunca pienso ni en lo más mínimo en una culpa por tu parte. Influyiste en mí como debías de haber influido, mas tienes que dejar de considerar como una maldad especial por mi parte el que yo haya liquidado esa influencia.

Era un niño miedoso; a pesar de ello seguro que también era terco, como son los niños; cierto que la madre me había mimado, pero no puedo creer que fuera difícil de guiar; no puedo creer que una palabra amistosa, un tranquilo guiar de la mano, una buena mirada no hubiera podido pretender de mí lo que se quisiera. En el fondo eres un hombre bondadoso y blando (lo que viene no va a contradecir esto, sólo hablo de la aparición en la que tú influenciaste sobre el curso), pero no todo niño tiene la perseverancia y la intrepidez de buscar hasta llegar a la bondad. Sólo puedes tratar a un niño tal y como tú has sido educado, con fuerza, ruido y cólera, y en este caso te pareció esto muy adecuado porque querías hacer de mí un muchacho fuerte y valeroso.

Naturalmente no puedo describir hoy directamente tus métodos de educación en los primeros años, pero los puedo imaginar por conclusiones a la vista de los años siguientes y de tu trato de Félix (Sobrino de Kafka, hijo de Elli). Además aquí hay que destacar que entonces eras más joven, por tanto, más fresco, más salvaje, menos influenciado, más despreocupado que hoy y que además estabas completamente atado al negocio, que apenas si te veía una vez al día, por lo que producías sobre mí una impresión aún más fuerte, a la que casi nunca me acostumbré.

Me acuerdo con claridad de un suceso en los primeros años. Posiblemente tú no te acuerdes.

Una vez por la noche no hacía más que lloriquear continuamente por un poco de agua, cierto que no era por sed, sino que seguramente era en parte por enfadar, en parte por entretenerme. Después de que unas fuertes amenazas no habían conseguido nada, me sacaste de la cama, me llevaste a la «Pawlatsche» (galería acristalada) y allí me dejaste sólo un ratito delante de la puerta cerrada, vestido con una camisita.

No quiero decir que esto fuera injusto, tal vez no había entonces otra forma de conseguir la tranquilidad nocturna, pero quiero caracterizar en mí tus métodos de educación y su influencia. A partir de entonces fui más obediente, pero esto me causó un daño interno. Nunca pude relacionar correctamente un-pedir-agua, que si bien sin sentido, era para mí natural, y lo horroroso que fue el ser sacado fuera. Aún pasados unos años, sufrí la atormentante idea de que el gigantesco hombre, mi padre, la última instancia, podría venir a mí casi sin motivo, sacarme por la noche de mi cama y llevarme a la «Pawlatsche» y que así no representaba nada para él.

Esto fue entonces nada más que un pequeño principio, pero este sentimiento de nulidad que a menudo me dominaba (si bien, en otro sentido, también un sentimiento noble y fructífero) provenía en gran medida de tu influencia. Hubiera

necesitado un poco de estímulo, de afabilidad, de apertura de mi camino; en vez de ello me cerrabas el paso, naturalmente con la buena intención de hacerme escoger otro camino. Pero no servía para ello. Por ejemplo, sólo me animabas cuando desfilaba o saludaba bien, pero no era ningún futuro soldado; o me animabas cuando podía comer mucho e incluso acompañarlo con cerveza, o cuando repetía canciones que no comprendía, o cuando podía imitar tus formas de hablar preferidas, pero nada de todo esto pertenecía a mi futuro. Y es significativo que aun hoy me animas en realidad sólo en aquello que a ti mismo te conmueve, cuando se trata de tu propio sentimiento que daño (por ejemplo, con mi intención de matrimonio) o que es dañado en mi interior (cuando, por ejemplo, me riñe Pepa) (pariente de Kafka). Entonces soy animado, se me recuerda mi valor, y se me señalan los partidos que yo estaría justificado para hacer y Pepa es completamente sentenciada. Pero aparte que a mi edad ya soy casi inaccesible al estímulo, cuánto me ayudaría si sólo apareciera cuando no se trata en primer lugar de mí.

Entonces, y por todas partes, hubiera necesitado que se me animara. Ya sólo por tu corpulencia me encontraba oprimido. Me acuerdo, por ejemplo, cómo nos desnudábamos a menudo en una misma caseta. Yo flaco, débil, estrecho; tú, grande, fuerte, ancho. Ya en el camarote me veía lastimoso, y no sólo ante ti, sino ante todo el mundo, pues tú eras para mí la medida de todas las cosas. Pero cuando salíamos de la caseta ante la gente, yo de tu mano, un pequeño esqueleto,, inseguro, descalzo sobre los tablones, con miedo ante el agua, incapaz de imitar tu forma de nadar, que tú continuamente me mostrabas con buena intención, pero que me hacía avergonzarme profundamente, entonces estaba muy desesperado y todas mis malas experiencias en todos los terrenos coincidían estupendamente en semejantes momentos. Lo que más agradable me resultaba era cuando tú te desnudabas primero y yo podía quedarme en la caseta y retrasar tanto como podía la vergüenza de aparecer en público, hasta que por fin venías a ver qué ocurría y me sacabas de la caseta. Te estaba agradecido de que parecieras no notar mi apuro, y también estaba orgulloso del cuerpo de mi padre. Por cierto, aún persiste entre nosotros de forma parecida semejante diferencia.

Tu dominio espiritual correspondía a ello. Tú sólo te habías llevado tanto gracias a tu propia fuerza, a causa de ello tenías una ilimitada confianza en tu opinión. Para mí como niño no fue esto tan deslumbrante como lo fue luego para el muchacho que se iba haciendo hombre. Dirigías el mundo desde tu butaca. Tu opinión era correcta, cualquier otra era absurda, exagerada, anormal. Además tu confianza en ti era tan grande que no tenías ni que ser consecuente y, sin embargo no cesabas de tener razón. También podía ocurrir que no tuvieras siquiera opinión acerca de un asunto, por lo que todas las opiniones posibles a ese asunto tenían que estar equivocadas sin excepción. Podías, por ejemplo, meterte con los checos, luego con los alemanes, luego con los judíos, y no sólo por elección, sino en cualquier punto de vista, y al final no quedaba nadie más que tú. Para mí tenías lo que todos los tiranos tienen de misterioso, cuyo derecho está basado en su persona, no en su pensamiento. Por lo

menos me parecía así.

Además, con respecto a mí, tenías razón un número de veces sorprendente; en conversación era lógico, pues apenas si había conversaciones, pero también en la realidad. Pero tampoco esto era especialmente incomprensible: me encontraba solo en todo mi pensamiento bajo tu fuerte presión, también en el pensamiento, que no coincidía con el tuyo, y especialmente en éste. Todas las ideas aparentemente independientes de ti se encontraban cargadas desde el principio con tu juicio; era prácticamente imposible aguantar esto hasta la completa y continua ejecución de la idea. No estoy hablando aquí de ningún pensamiento muy elevado, sino de todas las pequeñas acciones de la niñez. Bastaba con estar contento por cualquier cosa, estar lleno por ella, llegar a casa y contarlo y la respuesta era un irónico suspiro, un movimiento de cabeza, un golpear de dedos sobre la mesa: «Ya he visto cosas más bonitas», o «me has contado tus penas», o «no tengo una cabeza tan tranquila», o «¡Cómprate algo con ello!», o «¡Vaya acontecimiento!». Naturalmente, no se podía exigir para cada nimiedad de niño entusiasmo por tu parte, viviendo como vivías con preocupaciones y ajetreo... Además, no se trataba de eso. Se trataba mucho más de que siempre tenías que deparar semejantes desilusiones al niño en virtud de tu forma de ser opuesta, esta oposición se fortalecía ininterrumpidamente por acumulación del material, de manera que ya se hacía efectiva por costumbre, cuando a veces tenías la misma opinión que yo y que finalmente estas desilusiones del niño no eran desilusiones de la vida normal, sino que daban en el centro, al tratarse de una persona que daba la medida para todo. El valor, la decisión, la confianza, la alegría de esto y de aquello no aguantaban hasta el final cuando tú estabas en contra o incluso cuando se podía suponer tu oposición; y suponerse se podía suponer en casi todo aquello que yo hacía.

Esto se refiere a las ideas igual que a los hombres. Bastaba con que tuviera un poco de interés en una persona —por causa de mi forma de ser, eso no ocurría a menudo— para que te metieras riñéndome, calumniándome y deshonrándole sin el más mínimo cuidado hacia mis sentimientos y sin respeto ante mi opinión. Personas infantiles e inocentes, como, por ejemplo, el artista Lówy, tuvieron que soportarlo. Sin conocerle, le comparabas de una forma horrorosa, que yo ya he olvidado, con bichos, y que a menudo tenías automáticamente dispuesto, para gente que yo quería, el refrán de los perros y las moscas. Me acuerdo especialmente del artista porque anoté tus dichos sobre él con la siguiente observación: «Así habla mi padre de mi amigo (al que ni siquiera conoce) sólo porque es mi amigo. Siempre se lo voy a poder oponer, cuando me quiera echar en cara falta de cariño infantil y de agradecimiento.» Me resultaba incomprensible tu total insensibilidad con respecto al daño y a la vergüenza que podías causarme con tus palabras y juicios; era como si no tuvieras idea de tu poder.

Seguro que yo también te he lastimado con palabras, pero siempre lo sabía, me dolía, pero no me podía dominar, retener la palabra; mientras que la decía ya me arrepentía. Pero sin más golpeabas con tus palabras, nadie te dañaba, ni mientras

tanto ni después. No había defensa posible contra ti.

Pero era toda tu educación. Pienso que tienes talento para educar; seguro que podías haber servido a un hombre de tu estilo mediante la educación; habría admitido lo razonable de aquello que tú le decías; no se habría preocupado de nada más y hubiera desarrollado las cosas tranquilamente así. Pero para mí como niño todo lo que me gritabas era un mandamiento celestial, nunca lo olvidé, me quedó el medio más importante para el enjuiciamiento del mundo, sobre todo para el enjuiciamiento de ti mismo, y justo ahí fallaste por completo. Como de niño estaba casi siempre junto contigo a la hora de comer, por lo que en su mayor parte, tu enseñanza fue una enseñanza de buenos modales en la mesa. Lo que se servía en la mesa, había que comerlo. No se podía hablar sobre la calidad de la comida —sin embargo, tú encontrabas la comida como inaceptable; la llamabas «la bazofia»; «el ganado» (la cocinera) la había estropeado. No se podía mordisquear los huesos, tú sí. Lo importante era que se cortara recto el pan, pero indiferentemente que tú lo hicieras con un cuchillo goteando salsa. Había que tener cuidado de que no cayeran restos de comida al suelo; finalmente, había debajo de ti más que en ningún sitio. En la mesa sólo se podía uno ocupar de la comida; sin embargo, tú te limpiabas y cortabas las uñas, afilabas lápices, te limpiabas las orejas con el palillo.

Por favor, padre, entiéndeme bien; en realidad esto serían detalles insignificantes; sólo se volvieron opresivos sobre mí en tanto en cuanto que tú, el hombre que de forma tan grande era para mí la medida de todas las cosas, no cumplías los preceptos que me imponías. Con ello el mundo se dividió para mí en tres partes: en una, donde yo, el esclavo, vivía bajo leyes que sólo estaban hechas para mí y a las que, no sabía porqué, nunca pude corresponder completamente; luego en un segundo mundo, que estaba infinitamente alejado de mí, en el que tú vivías ocupado con el gobierno, con dar las órdenes y con el enfado por su incumplimiento, y finalmente, en un tercer mundo, donde vivían felices las personas, libres de órdenes y obediencia. Siempre vivía en vergüenza: o seguía tus órdenes, esto era vergüenza, pues sólo valían para mí; o era desafiante, también esto era vergüenza, pues cómo podía yo ser desafiante contigo; o no podía seguirlas, porque, por ejemplo, no tenía tu fuerza, tu apetito, tu habilidad, a pesar de que tú me lo exigieras como algo completamente lógico; precisamente esto era la mayor vergüenza. De esta forma se movían no las reflexiones, sino los sentimientos del niño.

Mi situación de entonces sería tal vez más clara si la comparara con la de Félix. También a él le tratas de forma parecida, incluso empleas un horrible método de educación contra él, cuando según tu opinión hace algo sucio al comer, al no contentarte con decirle, como lo hacías conmigo: «Eres un gran cerdo», sino que además añades: «Un auténtico Hermann» o «exactamente como tu padre».

En realidad, tal vez —más que «tal vez» no se puede decir— no dañe esto mucho a Félix, pues para él no eres más que un abuelo, si bien muy importante, pero no lo eres todo como lo has sido para mí; además, Félix es un carácter más tranquilo e incluso ahora más masculino, que tal vez se deje desconcertar por tu voz de trueno,

pero que a la larga no se deja condicionar. Pero sobre todo, rara es la vez que está contigo, también está bajo otras influencias; para él eres más bien una curiosidad que él quiere, de la que puede coger lo que quiere escoger. Para mí no eras una curiosidad, no podía escoger, tenía que coger todo.

Y además sin poder alegar nada en contra, pues ya desde el principio te es imposible hablar tranquilamente sobre una cosa con la que no estés de acuerdo o que sencillamente no haya salido de ti; tu temperamento señorial no lo permite. En los últimos años explicas esto por tu neurosis cardíaca; que yo sepa, nunca has sido sustancialmente distinto; como mucho, la neurosis cardíaca te es un medio para un más severo ejercicio de tu soberanía, puesto que el pensar en ello hará desaparecer en el otro la última contestación. Naturalmente, esto no es ningún reproche, sólo determinación de una realidad. Como con Ottla: «No se puede ni hablar con ella, en seguida le salta a uno a la cara», acostumbras a decir, pero en realidad, originariamente, no salta absolutamente nada; confundes la cosa con la persona; la cosa te salta a la cara y tú la resuelves inmediatamente sin escuchar a la persona; lo que más tarde se alegue sólo puede excitarte más, nunca convencerte. Entonces no se oye de ti más que: «Haz lo que quieras; en lo que a mí respecta eres libre; eres mayor de edad; no tengo que darte ningún consejo», y todo esto acompañado por el terrible ronco tono de la ira, y de la absoluta condena, ante el que hoy tiemblo menos que en la niñez, sólo porque el excluyente sentimiento de culpabilidad del niño ha sido sustituido por la vista de nuestro mutuo desamparo.

La imposibilidad de un trato tranquilo tuvo una naturalísima consecuencia más: olvidé el hablar. Naturalmente nunca hubiera sido un gran orador, pero sí que hubiera dominado el habla humana común. Pero ya pronto me has prohibido la palabra. Tu amenaza: «¡No repliques ni una palabra!», y la mano levantada al mismo tiempo me acompañan desde siempre. Empecé a hablar ante ti —eres, en lo concerniente a tus cosas, un magnífico orador— a trancas y barrancas; también eso te era demasiado, hasta que callé; al principio posiblemente por terquedad, luego porque ante ti no podía ni hablar ni pensar. Y puesto que eras mi auténtico educador, influyó esto por todas partes en mi vida. En realidad, es una curiosa equivocación cuando piensas que nunca me he avenido contigo. «Siempre contra todo» no ha sido de verdad mi postura base de la vida con respecto a ti, tal y como piensas y me echas en cara. Al contrario, si te hubiera hecho menos caso, estarías, seguro, mucho más contento conmigo. Todas tus medidas para educarme han acertado de pleno; no he rehuido ningún zarpazo; tal y como soy, soy (sin contar con las bases y la influencia de la vida, por supuesto) el resultado de tu educación y de mi docilidad. Que a pesar de todo este resultado te sea precario, que incluso inconscientemente te niegues a aceptarlo como resultado de tu educación, estriba en el hecho de que tu mano y mi material hayan sido extraños entre sí. Decías: «¡No contestes ni una palabra!», con lo que querías hacer callar las incómodas fuerzas que dentro de mí se oponían; pero esta influencia era demasiado fuerte para mí, yo era demasiado obediente, callaba por completo, me ocultaba ante ti y sólo osaba hacerme sentir cuando estaba lo

suficientemente alejado de ti como para que tu poder, al menos directamente, no me alcanzara. Pero tú estabas delante y todo te parecía otra vez «contra», si bien no era más que la natural consecuencia de tu fuerza y de mi debilidad.

Tus métodos educativos, muy eficaces y que nunca te han fallado conmigo, eran: reñir, amenazar, ironía, sonrisa maligna y —curiosamente— autolamentación.

No puedo acordarme de que me hayas reñido directamente con expresiones fuertes. Además no era necesario, tenías muchos medios más; también volaban alrededor mío las palabrotas en la conversación en casa y sobre todo en el negocio, en tales cantidades sobre los demás que yo, como niño pequeño que era, no tenía ningún motivo para no relacionarlas conmigo, pues las personas a las que tú reñías seguro que no eran peores que yo, y seguro que tú no estabas más descontento con ellos que conmigo.

Y aquí de nuevo aparecía tu misteriosa inocencia e imposibilidad de atacarte; regañabas, sin pensarlo ni un momento, e incluso condenabas el regañar en los demás y lo prohibías.

Fortalecías las riñas con amenazas y eso valía ya para mí también. Terrible era, por ejemplo, ese «te destrozo como a un pez», a pesar de que sabía que a esto no le seguía nada peor (si bien como niño pequeño no lo sabía), pero correspondía a la idea que tenía de tu poder, que también estuvieras en posición de hacerlo. También era terrible cuando corrías gritando alrededor de la mesa para coger a uno, aparentemente no querías cogerle, pero hacías como si quisieras y por fin la madre salvaba aparentemente a uno. Parecía al niño, que otra vez había salvado la vida por clemencia y se llevaba como un inmerecido regalo tuyo. Aquí pertenecen también las amenazas por las consecuencias del no obedecer. Cuando empezaba a hacer algo que no te gustaba, y me amenazabas con el fracaso, era tan grande el acatamiento de tu opinión que el fracaso era irrealizable, si bien posiblemente para una época más tardía. Perdí la confianza en mi propio hacer. Era inconstante, vacilante.

A medida que me iba haciendo mayor, más era el material que me podías oponer como prueba de mi falta de valor; gradualmente, en cierto sentido, comenzaste a tener razón. De nuevo me guardo de afirmar que sólo por tu culpa fui así. Sólo fortalecías lo que había, pero lo fortalecías mucho, porque ante mí eras muy poderoso y usabas en ello todo tu poder.

Tenías una especial confianza en la educación por la ironía; correspondía perfectamente a tu superioridad. Una amonestación tuya tenía generalmente esta forma: «¿No puedes hacerlo así o asá? ¿No te resultaría demasiado, verdad? ¿Naturalmente no tendrás tiempo?», y cosas por el estilo. Además, cada una de estas preguntas acompañada de una risa maligna y una cara maligna. En cierta medida, ya eras casi culpable antes de saber que habías hecho algo malo. También eran irritantes aquellas correcciones, en las que se era tratado en tercera persona; es decir, ni siquiera se era estimado digno dirigirle la palabra aun malintencionadamente. Así, por ejemplo, hablabas formalmente a la madre, pero en realidad era a mí, que estaba allí sentado: «Naturalmente, esto no se puede conseguir del señor Hijo», y cosas

parecidas. (Esto tuvo más tarde su contradicción en que, por ejemplo, no osaba y más tarde y por costumbre ni siquiera se me pasaba por la imaginación el preguntarte directamente, cuando estaba presente la madre. Era para el niño mucho menos peligroso preguntarle a la madre, que estaba sentada a tu lado, por ti; se preguntaba entonces a la madre: «¿Qué tal le va al padre?», y de esta manera se protegía uno de sorpresas.) Naturalmente había también casos en los que se estaba completamente de acuerdo con la peor ironía; esto es, cuando afectaba a otros, por ejemplo a tia Elli, con la que por años estuve enfadado. Era para mí una fiesta de la maldad y de la alegría del mal ajeno, cuando de ella se decía prácticamente en cada comida: «A diez metros de la mesa tiene que sentarse la ancha muchacha», y como entonces tú en tu sillón, con mala idea, sin la menor huella de amistad o humor, sino como un terrible enemigo, buscabas imitarla exageradamente, demostrando lo repulsiva que era para tu gusto la forma en que ella se sentaba. Que a menudo ha tenido que repetirse esto y cosas semejantes, que poco has conseguido tú en la realidad. Creo que era porque el uso de cólera y enfado para el asunto mismo no parecía ser adecuado; no se tenía la sensación de que la cólera se hubiera producido por la pequeñez del estar-sentado-lejos-de-la-mesa, sino que ya existía en todo su tamaño desde el principio y que sólo casualmente había tomado justo este asunto como motivo para el estallido. Como se estaba convencido de que en cualquier caso se iba a encontrar un motivo, no se llevaba un cuidado excesivo, además se endurecía uno bajo la continua amenaza; casi siempre se estaba seguro de que no te iban a pegar. Te convertías en un niño gruñón, despistado y desobediente, siempre considerando una huida, generalmente interior. Tenías razón desde tu punto de partida, cuando acostumbrabas a decir amargamente con los dientes apretados y una risa burlona (como últimamente por una carta de Constantinopla): «¡Menuda sociedad!»

Completamente incompatible con esta postura hacia tus niños parecía ser cuando tú, lo que ocurría muy a menudo, te quejabas públicamente. Admito que yo, como niño (más tarde sí), no tenía ningún sentimiento y no comprendía cómo siquiera podías esperar encontrar compasión. Eras tan gigantesco en todos los aspectos; ¿qué te podía importar nuestra compasión o ayuda? En realidad tenías que despreciarlas, igual que hacías con nosotros tan a menudo. Por ello no creía en tus quejas y buscaba cualquier intención detrás de ellas. No fue sino más tarde cuando comprendí que de verdad sufrías mucho con los niños, pero entonces, cuando todavía las quejas bajo otras condiciones hubieran podido encontrar un sentido infantil, abierto, desinteresado y dispuesto para toda ayuda, tenían que ser para mí claros métodos de educación y humillación, como tales no muy fuertes, pero que tenían el dañino efecto secundario de que el niño se acostumbraba a no tomarse en serio aquellas cosas que tenía que haberme tomado en serio.

Por suerte había excepciones, sobre todo cuando sufrías callado y el amor y la bondad superaban y atacaban todos los obstáculos. Desde luego era raro pero era maravilloso. Más o menos cuando antes te veía dormir un poco en el negocio, en las calurosas sobremesas del verano, el codo en el atril, o cuando venías cansado los

domingos a nosotros, al frescor del verano; o cuando durante una grave enfermedad de la madre te sujetabas a la estantería de libros temblando de tanto llorar; o cuando durante mi última enfermedad entrabas silenciosamente en la habitación de Ottla a verme, te quedabas en el umbral para verme en la cama y tan sólo saludabas con la mano por consideración. En aquellas ocasiones se tumbaba uno y lloraba de alegría, y llora ahora otra vez, mientras lo escribe.

Tienes una forma de reír especialmente bonita y muy rara de ver; una sonrisa tranquila, satisfecha, aprobadora, que puede hacer completamente feliz a aquel al que va dirigida. No puedo acordarme de que en mi niñez me haya caído en suerte expresamente, pero puede haber ocurrido, pues ¿por qué razón ibas a haberme negado entonces la sonrisa, puesto que todavía te parecía inocente y aún era tu gran esperanza? Por cierto, estas impresiones amistosas no han conseguido, con el tiempo, otra cosa más que aumentar mi convencimiento de culpabilidad y hacerme el mundo aún más incomprensible.

Prefería atenerme a lo real y continuo. Para justificarme un poco ante ti, en parte también por una forma de venganza, comencé a observar en ti pequeñas ridiculeces, que coleccionaba y luego exageraba. Cómo, por ejemplo, te dejabas deslumbrar fácilmente por personas que por lo general sólo aparentemente eran superiores a ti y cómo podías hablar siempre de ello, acaso de cualquier consejero imperial o algo, similar (por otra parte, también me dolía algo semejante, que tú, mi padre, creyeras necesitar tan vanas confirmaciones de tu valor y que fanfarronearas tanto con ellas). U observabas tu predilección por formas de hablar incorrectas y lo más ruidosas posibles, de las que te reías como si hubieras dicho algo especialmente bueno, siendo en realidad una lisa y pequeña indecencia (si bien era al mismo tiempo una exteriorización de tu fuerza vital, que para mí era avergonzante). Naturalmente, había un montón de observaciones semejantes; estaba contento con ellas, tenía un motivo para el cuchicheo y para la chanza. A veces lo observabas, te enfadabas por ello, lo considerabas como maldad, falta de respeto; pero créeme, para mí no era otra cosa más que un inoperante método para una autoconservación, eran bromas como las que se propagan sobre dioses y reyes, bromas que no sólo se dejan enlazar con el más profundo respeto, sino que incluso pertenecen a éste.

Además, también tú has intentado una forma de defensa, de acuerdo con tu parecida posición respecto a mí. Acostumbrabas a señalar lo exageradamente bien que me iba y lo bien que en realidad he sido tratado. Es correcto, pero no creo que me haya servido en lo esencial bajo las circunstancias existentes.

Es cierto que la madre era inmensamente buena conmigo, pero todo ello estaba para mí en relación contigo; así no era buena relación. Sin saberlo, la madre tenía la función de un ojeador en la caza. Si tu educación, en un cualquier improbable caso, mediante la generación de terquedad, repugnancia o incluso odio, hubiera podido hacerme tomar mis decisiones, la madre lo compensaba de nuevo con bondad, hablando razonadamente (ella era, en la maraña de la niñez, el arquetipo de la razón), con intercesión, y de nuevo era devuelto a tu círculo, del que si no tal vez me

hubiera escapado, para tu beneficio y el mío. U ocurría que no se llegaba a una auténtica conciliación, que la madre sólo me protegía de ti a ocultas, me daba algo a ocultas, permitía algo, entonces era de nuevo a tus ojos el ser tramposo, el consciente culpable que, por su propia nulidad, sólo se atrevía a acercarse, arrastrándose a lo que consideraba un derecho. Naturalmente, me acostumbré también a buscar de esta forma aquellas cosas a las que, incluso según mi opinión, no tenía derecho. Esto era de nuevo un aumento de la conciencia de culpabilidad.

También es cierto que apenas si me has pegado de verdad. Pero el chillar, el ponerme rojo de tu cara, el apresurado desabrocharse de los tirantes, el que estuvieran preparados en el respaldo de la silla era para mí casi peor. Es como cuando uno tiene que ser colgado. Si de verdad le cuelgan, entonces está realmente muerto y todo ha pasado. Pero si tiene que vivir todos los preparativos para ser colgado y no es sino hasta que cuelgan la cuerda delante de su cara cuando se entera de su indulto, entonces puede vivir con esto toda su vida. Se acumuló otra vez un sentimiento de culpabilidad por todas estas muchas veces, en las que, según tu opinión claramente demostrada, había merecido palizas, pero de las que gracias a tu clemencia pude escaparme por los pelos. Por todas partes llegaba a tu culpa.

Desde siempre me hacías el reproche (además a mí solo o delante de otros; para lo humillante de esto último no tenías sentimiento; los asuntos de tus niños eran públicos) de que gracias a tu trabajo yo vivía sin que me faltara nada con tranquilidad, calor y abundancia. Aquí pienso en observaciones, que tienen que haber dejado surcos en mi cerebro, como: «Estábamos contentos si teníamos batatas». «Años enteros tuve heridas abiertas en las piernas por una vestimenta de invierno insuficiente». «Ya de pequeño tuve que ir a Pisek al negocio». «De casa no recibía absolutamente nada, ni siquiera en el ejército; incluso mandaba dinero a casa». «Pero a pesar de ello, a pesar de ello, el padre era para mí siempre el padre. ¡Quién sabe eso hoy en día! ¡Qué sabrán los niños! ¡Eso no lo ha sufrido nadie! ¿Lo comprende hoy un niño?» Semejantes historias hubieran podido ser bajo otras circunstancias un método de educación extraordinario, hubieran podido animar y fortalecer para vencer las mismas penas y privaciones por las que había pasado el padre. Pero eso no lo querías; la situación, por el resultado de tu esfuerzo, había cambiado; no había oportunidad para distinguirse de la forma en que tú lo habías hecho. Semejante oportunidad sólo se hubiera podido crear mediante la violencia y el vuelco; había que haberse escapado de casa (contando con que se hubiera tenido la capacidad de decisión y la fuerza para ello y que la madre no hubiera trabajado por su lado contra ello con otros métodos). Mas tú no querías todo esto, lo calificabas de desagradecimiento, exaltación, desobediencia, traición, locura. Así que mientras que por un lado incitabas a ello mediante el ejemplo, contando las historias, y la vergüenza, lo prohibías por otro lado de la forma más severa. Si no tendrías que haber estado encantado, prescindiendo de los detalles, con la aventura de Ottla de Zürau (Una finca de Moraría que Ottla se encargó de administrar). Ella quería ir al campo del que tú habías venido, quería trabajo y privaciones, tal y como tú las habías

tenido; no quería disfrutar de tus éxitos en el trabajo, al igual que tú fuiste independiente de tu padre. ¿Eran éstas unas intenciones tan terribles? ¿Estaban tan alejadas de tu ejemplo y de tu enseñanza? Bien, las intenciones de Ottla fallaron al final en el resultado, tal vez se hicieron un poco ridículas, fueron efectuadas con demasiado bombo y platillo, no tuvo la suficiente consideración con sus padres. ¿Pero no era exclusivamente su culpa, sino también la culpa de las circunstancias y sobre todo de que le fueras tan extraño? ¿Acaso te era menos extraña en el negocio (como más tarde querías convencerte a ti mismo), que después en Zürau? ¿Y no hubieras tenido con toda seguridad el poder (descontando que te hubieses forzado a hacerlo) de hacer de esta aventura algo muy bueno mediante el consejo, el ánimo, la vigilancia e incluso sólo mediante tolerancia?

Junto con semejantes experiencias acostumbrabas a decir, mediante una amarga broma, que nos iba muy bien. Pero en cierto sentido esta broma no es tal. Aquello por lo que tenías que luchar lo recibíamos de tu mano, pero la lucha por la vida exterior, a la que podías acceder inmediatamente y naturalmente tampoco nos fue ahorrada, tuvimos que hacerla nosotros más tarde, cuando éramos hombres, con fuerza infantil.

No digo que por ello fuera nuestra posición necesariamente más desfavorable que lo era la tuya, seguramente es más bien parecida a aquélla (si bien las bases no están comparadas); tenemos sólo la desventaja de que no podemos jactarnos de nuestras penurias y que no podemos humillar con ellas a nadie, tal y como tú lo has hecho con tus penurias.

Tampoco niego que hubiera sido posible que yo disfrutara adecuadamente de los frutos de tu gran y eficaz trabajo, que los hubiera utilizado, y para alegría tuya, que los hubiera seguido trabajando, pero a esto se oponía precisamente nuestro mutuo alejamiento. Podía disfrutar lo que tú dabas, pero sólo en vergüenza, cansancio, debilidad, sensación de culpabilidad. Por ello sólo te podía estar agradecido, por todo, de una manera mendigante, no mediante la acción.

El siguiente resultado externo de toda esta educación fue que huía de todo lo que de lejos me recordaba a ti. Primero, el negocio. Especialmente en la infancia, en tanto en cuanto que era un comercio en un callejón, tendría que haberme alegrado mucho; era tan animado, iluminado por las noches se veía, se oía mucho, se podía ayudar aquí y allá, destacar, pero sobre todo admirarte en tus extraordinarias dotes de comerciante, cómo vendías, cómo tratabas a la gente, cómo bromeabas, lo incansable que eras, cómo sabías inmediatamente la elección en casos de duda y cosas así; cómo envolvías o abrías un cajón era un espectáculo digno de verse, y todo ello seguro que no era la peor escuela para niños. Pero como paulatinamente me asustabas por todos los lados y la tienda y tú os ibais ocultando para mí, ya no era la tienda agradable. Cosas que al principio me habían sido comprensibles allí, me avergonzaban, me atormentaban, sobre todo tu forma de tratar al personal. No sé, tal vez fuera este trato común en todos los negocios (en la Assecurazioni Generali, por ejemplo, era realmente parecida en mi época; allí expresé al director, sin ser

completamente cierto, pero tampoco todo mentira, mi disconformidad con ello, que no podía soportar la riña, que por cierto, no me había afectado directamente; en ello era demasiado sensible ya desde casa), pero en la niñez no me importaban los otros negocios. Pero a ti te oía y te veía chillar, reñir y enfurecerte en la tienda de una forma, no podía repetirse en todo el mundo. Y no sólo reñir, sino otras tiranías. Como, por ejemplo, tirabas de un empujón del estante mercancías que no querías, y se confundían con otras —tan sólo la falta de conocimiento de tu furia te disculpaba un poco— y el dependiente tenía que recogerlas. O tu continua forma de hablar con respecto a un dependiente enfermo de los pulmones: «Que reviente, el perro enfermo ese». Llamabas a los empleados «enemigos pagados», y lo eran, pero antes de que se convirtieran en esto, me parecías tú como su «enemigo pagador». Ahí recibí la gran lección de que podías ser injusto; conmigo mismo no lo hubiera notado tan pronto, pues se había acumulado demasiado sentimiento de culpabilidad, que te daba la razón; pero allí había, según mi opinión infantil —naturalmente un poco corregida más tarde, pero no demasiado— personas extrañas que trabajaban para nosotros y que por ello tenían que vivir en un miedo continuo ante ti. Si esto hubiera sido así, realmente no hubieran podido vivir; pero como eran personas mayores con nervios generalmente extraordinarios, se sacudían de encima la riña sin esfuerzo alguno, dañándote finalmente a ti mucho más que a ellos.

Pero a mí se me hacía la tienda inaguantable, me recordaba demasiado mi relación contigo: prescindiendo de tu interés como empresario y prescindiendo de tu afán de mando, eras, ya como hombre de negocios, tan superior a todos los que aprendían contigo, que no te podía contentar ninguna de sus prestaciones; igual de descontento tenías que estar también siempre conmigo. Por ello, necesariamente pertenecía al partido de los empleados; también, porque ya por mi timidez no comprendía cómo se podía regañar de semejante manera a un extraño.

A causa de esto y por mi propia seguridad quise reconciliar de alguna manera al personal (al que yo tenía por terriblemente enfadado) contigo, con nuestra familia. Para ello ya no bastaba con un comportamiento común correcto para con el personal, ni siquiera un comportamiento más moderado; es más, tenía que ser humilde, no saludar yo primero, incluso rechazar la devolución del saludo. Y si yo, la insignificante persona, me hubiera postrado ante ellos, no hubiera compensado la forma en la que tú, el señor, les atacabas desde arriba. Esta circunstancia, bajo la que llegué a mis semejantes, influyó más allá del negocio, incluso en mi vida (algo semejante, pero no tan peligroso y profundo como en mi caso, es por ejemplo, la predilección de Ottla por el contacto con pobres, el estar sentado con sirvientas y personas semejantes, que a ti te enfadaba tanto). Al final casi tuve miedo de la tienda, y en cualquier caso ya hacía tiempo que ya no era mi asunto, antes de entrar en el Gimnasio (instituto superior), con lo que fui aún más alejado de ésta. Además, parecía completamente exorbitante, inaccesible para mis posibilidades, puesto que, como tú decías, necesitaba las tuyas propias. Buscaste entonces (hoy esto es para mí emocionante y vergonzoso) en mi aversión, que a ti te dolía mucho, hacia el negocio,

un poco de dulzura hacia ti, al afirmar que me faltaba el sentido hacia los negocios, que tenía ideas más altas en la cabeza y cosas por el estilo.

Naturalmente, la madre se alegraba de semejante explicación, a la que tú te obligabas, y también yo, en mi vanidad y en mi necesidad, me dejaba influenciar por ésta. Pero si de verdad sólo hubieran sido las «ideas más altas» las que me apartaron del negocio (que ahora, pero sólo ahora, odio realmente), hubieran tenido que exteriorizar de una forma completamente distinta, en vez de dejarme flotar paciente y asustadamente por el estudio del bachillerato y por el estudio jurídico, hasta que definitivamente terminé en el escritorio de funcionario.

Si quería huir de ti, tenía que huir también de la familia, incluso de la madre. Se podía encontrar siempre refugio a su lado, si bien sólo en relación contigo. Te quería demasiado y te estaba entregada demasiado honestamente como para que en la lucha del niño hubiera podido ser una potencia espiritual duradera. Por cierto, era un acertado instinto del niño, pues la madre, con el paso de los años, se unió cada vez más a ti; mientras que siempre en lo que la atañía a ella misma, conservaba dulcemente su independencia en los límites más pequeños y sin dañarte nunca realmente, adoptó ciegamente, con los años cada vez más, con el sentimiento más que con la razón, tus opiniones y juicios en relación con los niños, sobre todo en el siempre difícil caso de Ottla. Ciertamente hay que conservar siempre en la memoria, lo atormentante que era la situación de la madre en la familia, una situación que podía consumir a cualquiera.

Se había ajetreado en la tienda, en el cuidado de la casa; había sufrido por partida doble todas las enfermedades de la familia, pero la coronación de todo esto fue lo que sufrió en su postura entre nosotros y tú. Siempre has sido considerado y cariñoso para con ella, pero en este sentido la has cuidado exactamente igual de poco que nosotros. Sin consideración alguna la hemos atormentado, tú por tu lado, nosotros por el nuestro. Era una distracción, no se pensaba en nada malo, sólo se pensaba en la lucha que sosteníamos nosotros, contigo, y nos desbravábamos con la madre. Tampoco era una buena aportación para la educación de los niños, cómo tú —naturalmente sin nada de culpa por tu parte— la atormentabas por nuestra culpa. Incluso aparentemente justificaba nuestro comportamiento, si no injustificable, para con ella. ¡Cuánto ha tenido que sufrir de nuestra parte por tu culpa y de tu parte por nuestra culpa, sin contar aquellos casos en los que tenías razón porque nos maleducaba, si bien esta mala educación podía ser a veces una silenciosa y consciente protesta contra tu sistema! Naturalmente la madre no hubiera podido soportar todo esto si no hubiera sacado fuerzas para soportarlo de su amor hacia todos nosotros y de la felicidad de dicho amor.

Sólo en parte iban las hermanas conmigo. Valli (la segunda hermana, nacida en 1890) era la más feliz en su situación con respecto a ti. Siendo la más cercana a mamá, se avenía a lo que tú decías, sin mucho esfuerzo o perjuicio. Si bien la aceptabas amistosamente, precisamente en recuerdo de mamá, a pesar de que había poco material de los Kafka en ella. Pero justo esto puede ser que te complaciera;

donde no había nada de los Kafka, ni siquiera tú podías exigir algo semejante; tampoco tenías, como con los demás, la sensación de que aquí se perdía algo que tenía que ser rescatado con violencia. Además, nunca te ha gustado especialmente la forma de los Kafka, de la forma que se ha exteriorizado en las mujeres. Posiblemente, la relación de Valli contigo hubiera sido aún más amistosa si nosotros no hubiéramos estorbado un poco en esta relación.

Elli es el único ejemplo de logro casi completo de romper tu círculo. De ella es de quien menos lo hubiera esperado en su niñez. Era un niño pesado, cansado, asustadizo, mohíno, con sentimiento de culpabilidad, demasiado humilde, malicioso, vago, avaricioso; casi no la podía ni ver, menos aún hablarla; tanto era lo que me recordaba a mí mismo, de forma tan parecida estaba bajo el mismo hechizo de la educación. Sobre todo su avaricia me era repugnante, ya que posiblemente la mía era aún mayor. La avaricia es uno de los exponentes más claros del ser desgraciado; estaba tan inseguro de todas las cosas, que de verdad sólo poseía aquello que realmente ya sujetaba en las manos o en la boca o por lo menos aquello que llevaba ese camino, y justo aquello era lo que ella, que estaba en una situación semejante, me quitaba más a gusto. Pero todo esto cambió cuando en los años jóvenes —esto es lo más importante— se fue de casa, se casó, tuvo hijos, se volvió feliz, despreocupada, valerosa, generosa, desinteresada, llena de esperanza. Es casi increíble cómo apenas has notado este cambio y cómo en cualquier caso no lo has valorado según sus méritos; tan cegado estás por el rencor que desde siempre le tuviste a Elli y que en el fondo sigues sin cambiar nada; sólo que este rencor es ahora mucho menos actual, puesto que Elli ya no vive más con nosotros y además tu cariño a Félix (sobrino de Kafka, hijo de Elli) y tu inclinación a Karl lo han hecho menos importante. Sólo Gerti (Hija de Elli y Karl Hermann) a veces tiene que pagarla.

Apenas si me atrevo a escribir de Ótla; sé que con ello me juego toda la deseada influencia de esta carta. Bajo circunstancias normales, es decir, cuando no se encuentre en un apuro especial o en peligro, sólo tienes odio para ella; tú mismo me has admitido que, según tu opinión, siempre te está lastimando y enfadando intencionadamente, y mientras que tú sufres por su culpa, ella está satisfecha y se alegra. O sea, una especie de demonio. Qué separación más enorme, aún mayor que entre nosotros dos, tiene que haber ocurrido entre ella y tú para que sea un desconocimiento tan terrible. Está tan lejos de ti que apenas si la ves, sino que colocas un fantasma donde imaginas que está. Admito que con ella te fue especialmente difícil. No transveo completamente todo el muy complicado caso, pero en todo caso había una especie de Lówy, armada con las mejores armas de los Kafka. Entre nosotros no había una auténtica lucha; pronto fui vencido; lo que quedó era una alienación, amargura, tristeza, una lucha interna. Pero vosotros dos siempre estabais en actitud de lucha, siempre frescos, siempre con fuerzas. Una imagen tan grandiosa como desesperada. Al principio del todo habéis estado con certeza muy unidos, pues aún hoy es Ótla, de vosotros cuatro, tal vez la representación más real del matrimonio entre mamá y tú, y de las fuerzas que allí se unieron. No se lo que ha

dado al traste con la armonía entre padre e hija; me aproximó a creer que el desarrollo fue parecido a mi caso. Por tu parte, la tiranía de tu ser; por su parte, la terquedad, sensibilidad, sentimiento de lo justo, inquietud de los Lówy y todo apoyado por el conocimiento de la fuerza de los Kafka. Si bien yo he influenciado también a Ottla, pero apenas si por propia iniciativa, sino por el simple hecho de mi existencia. Por cierto, entró la última en unas relaciones de poder ya definidas y pudo formarse su propio criterio con el abundante material que había disponible. Incluso puedo imaginarme, que dudó largo rato en su ser entre lanzarse a tu pecho o al de los enemigos; aparentemente desaprovechaste entonces algo y la rechazaste, pero hubierais sido, si hubiera sido posible, un magnífico par en cuanto a armonía. Si bien con ello yo hubiera perdido un aliado, pero el veros a vosotros dos me hubiera recompensado holgadamente; también tú habrías cambiado mucho, en beneficio mío, por la inmensa felicidad de estar plenamente satisfecho por lo menos con un hijo. Pero hoy todo eso es solamente un sueño. Ottla no tiene ninguna relación con su padre, tiene que buscar sola su camino, como yo, y por lo que tiene más que yo en confianza, confianza en sí misma, salud, irreflexión, es para tus ojos peor y más traidora que yo. Lo comprendo; vista por ti no puede ser de otra forma. Sí, ella misma está en condiciones de contemplarse con tus propios ojos, sentir tu aflicción y lamentarlo —no estar desesperada, la desesperación es asunto mío— muchísimo. Mas tú nos ves, en aparente contradicción con esto, juntos a menudo, cuchicheamos, reímos, aquí y allá oyes que te nombramos. Tienes la impresión de desvergonzadas conjuraciones. Curiosos conjuradores. Desde luego eres desde siempre un tema principal en nuestras conversaciones y nuestro pensamiento; pero desde luego no para imaginarnos algo contra ti que estamos sentados juntos, sino para con todo esfuerzo, con chanza, con seriedad, con amor, terquedad, cólera, repulsión, resignación, conciencia de culpabilidad, con todas las fuerzas de la cabeza y del corazón comentar juntos, desde lejos y desde cerca, este terrible proceso que flota entre nosotros y tú; comentarlo en todas sus peculiaridades, desde todos los lados, todos los motivos; este proceso en el que siempre sostienes ser el juez, mientras que tú, por lo menos en la mayor parte (aquí dejo abierta la puerta a todas las equivocaciones que naturalmente pueden ocurrir) eres una parte igual de débil y ofuscada que nosotros.

Irma era un ejemplo, aleccionador, de tu influencia educativa. Por otra parte, sin embargo, una extraña, entró ya mayor en tu tienda, su trato contigo era esencialmente el de jefe, así que sólo estaba expuesta en parte a tu influencia y en una edad en la que ya podía oponer una resistencia; pero era consanguínea tuya, por lo que reverenciaba en ti al hermano de su padre y tenías sobre ella mucha más autoridad que la simple autoridad de un jefe. Y a pesar de esto, ella, la que en su débil cuerpo era tan hábil, inteligente, trabajadora, sensata, digna de confianza, desinteresada, fiel, la que te quería como tío y te admiraba como jefe, que se acreditó antes y después en otros puestos, no la has tenido como una buena empleada. Naturalmente presionada a ello por nosotros, se encontraba frente a ti cerca de la

posición infantil, y todavía era tan grande para ella el influyente poder de tu ser, que se le desarrollaron (si bien nada más que frente a ti y, espero, que sin el mayor sufrimiento del niño) la tendencia a olvidar, la inconstancia, el humor negro, incluso un poco de terquedad, tanto como podía, con lo que ni siquiera cuento que era enfermiza y que tampoco era muy feliz y que una inconsolable vida familiar pesaba sobre ella. Para mí, lo más significativo de tu comportamiento para con ella, lo has concretado tú en una frase ya clásica para nosotros, casi blasfema, pero justo por la inocencia en tu trato de los hombres, muy significativa: «La cantidad de porquería que me ha dejado la bienaventurada ésta.»

Aún podría describir más círculos de tu influencia y de la lucha contra ésta, pero ya me metería en lo inseguro y tendría que inventar; además, contra más te alejas del negocio y de la familia, siempre has sido más amigable, más condescendiente, más amable, más considerado, participas más (quiero decir: también externamente), al igual que, por ejemplo, también un autócrata, una vez que se encuentra fuera de las fronteras de su territorio, no tiene ningún motivo para seguir siendo un tirano, y bonachonamente puede tratar con las gentes más bajas. Realmente, en las fotografías de grupos hechas en Franzensbad te mostrabas tan grande y alegre entre las pequeñas y gruñonas gentes, como un rey en los viajes. Desde luego los niños podían haber tenido de esto su ventaja, sólo tendrían que haber sido capaces en la niñez, lo que era imposible, de reconocerlo y, por ejemplo, yo no habría podido vivir en cierta medida continuamente en el más interno, severo y acotado círculo de tu influencia, como en realidad lo he hecho.

Con ello no sólo perdí el sentido familiar, como tú dices, sino al contrario, más bien tenía aún sentido para la familia, si bien principalmente negativo para (naturalmente interminable) desligarme internamente de ti. Las relaciones con las personas de fuera de la familia sufrieron posiblemente aún más por tu influencia. Desde luego estás en una equivocación cuando piensas que yo hago todo por amor y lealtad para las otras personas; nada para ti y para la familia, por frialdad y deslealtad. Repito por décima vez: también entonces me hubiera convertido posiblemente en una persona esquiva y asustadiza, pero de ahí todavía hay un largo y oscuro camino hasta donde he llegado en realidad. (Hasta ahora intencionadamente he callado relativamente poco en esta carta, ahora y luego tendré que callar, sin embargo algunas cosas que —ante ti y ante mi— admitirlas me resulta todavía demasiado difícil. Digo esto para que tú, en caso de que el conjunto resultase aquí y allá un poco confuso, no creas que una deficiencia de pruebas es la culpable de ello; antes bien, hay pruebas que podrían hacer el cuadro insoportablemente craso. No es fácil encontrar aquí un término medio.) Aquí basta, por cierto, con recordar algo anterior: había perdido la confianza en mí mismo ante ti; en cambio, la había cambiado por un infinito sentimiento de culpabilidad. (En memoria de esta infinitud escribí una vez acertadamente de alguien: «Teme que la vergüenza le sobreviva.») No podía cambiar de golpe, cuando me juntaba con otras personas, antes bien, me presentaba ante ellos con un sentimiento de culpabilidad aún más

profundo, pues tenía que reparar, como ya dije, lo que tú en el negocio, también bajo mi responsabilidad, les habías achacado a ellos. Además, siempre tenías algo que objetar, públicamente o en secreto, contra todo aquel con el que yo me relacionaba, también por esto tenía que pedirle excusas. La desconfianza contra la mayoría de las personas que tratabas de enseñarme en la tienda y en la familia (dime una persona significativa para mí en la niñez que tú no hayas criticado a fondo por lo menos una vez) y que curiosamente a ti no te molestaba en especial (eras lo suficientemente fuerte como para soportar esta desconfianza, además no era en realidad más que un emblema del que domina); esta desconfianza, que para mí, niño pequeño, no se confirmaba en ningún sitio ante mis ojos, pues sólo veía por todas partes extraordinarias e inalcanzables personas, se convirtió dentro de mí en una desconfianza hacia mí mismo y en un continuo miedo ante todo lo demás. Así que allí con seguridad no podía salvarme en general ante ti. El que te equivocaras sobre ello tal vez fuera porque en realidad tú no te enterabas nada de mi trato con los hombres, y desconfiada y dolosamente (¿mientes entonces que me quieres?) pensabas que por la privación de la vida familiar tenía que resarcirme en otro lugar, puesto que era imposible que yo viviera igualmente fuera. Por cierto, justo en mi niñez, tenía en este sentido todavía un cierto consuelo, precisamente en la desconfianza de mi juicio; me decía: «Exageras, sientes, como lo hace siempre la juventud, las pequeñeces como grandes excepciones.» Este consuelo lo he perdido más tarde casi por completo, al ir aumentando la visión del mundo.

Igual de poca salvación encontré ante ti en el judaísmo. En realidad, la salvación hubiera sido imaginable aquí, pero aún más hubiera sido imaginable que ambos nos hubiéramos encontrado en el judaísmo o que incluso hubiéramos partido avenidos de allí. ¡Pero qué judaísmo era el que recibí de ti! En el paso de los años me he situado ante éste de tres formas distintas.

De niño me hacía reproches, coincidiendo contigo, porque no iba lo suficiente al templo, no ayudaba y etcétera. No creía hacerme con ello una injusticia, sino que te la hacía a ti y el sentimiento de culpabilidad, que siempre estaba preparado, me invadía.

Más tarde, como adolescente, no comprendía cómo tú, con la nada del judaísmo, de la que disponías, me podías hacer reproches porque yo (sólo por piedad, como tú te expresabas) no me esforzaba en desarrollar una nada semejante. Era en realidad, tan lejos como yo alcanzaba a ver, una nada, una diversión, ni siquiera una diversión. Cuatro días al año ibas al templo, allí estabas por lo menos más cerca de los indiferentes que de aquellos que se lo tomaban en serio, pacientemente terminabas las oraciones como formalidad, a veces me asombrabas al poder enseñarme en el libro de oraciones el lugar que justo se estaba recitando, por lo demás podía siempre que estuviera en el templo (esto era lo principal) andar por dónde yo quisiera. Así que pasaba bostezando y tonteando las muchas horas (creo que más tarde sólo en la hora de danza me he aburrido de semejante manera) y trataba por todos los medios de alegrarme del par de pequeñas variaciones que había allí, como cuando se abría el

Arca de la Alianza, lo que siempre me recordaba a la caseta de tiro donde también, si se acertaba en lo negro, se abría la puerta de un cajón, sólo que allí siempre aparecía algo interesante y aquí una y otra vez sólo las viejas muñecas sin cabeza. Por cierto, allí he tenido mucho miedo, no sólo, comprensiblemente, ante tantas personas, con las que se llegaba a un contacto mucho más estrecho, sino porque tú una vez mencionaste de pasada que yo también podía ser llamado para leer el Tora. Ante esto temblé durante años. Si no, apenas si era estorbado en mi aburrimiento, como mucho por la Barmizne (Rito judío semejante a la primera comunión católica), que requería un ridículo aprendizaje de memoria, que así sólo llevaba a un ridículo examen; y luego, en lo que a ti concierne, por pequeños e insignificantes acontecimientos, como cuando eras llamado al Tora, y cuando aprobabas lo que para mi sentir era un acontecimiento exclusivamente social o cuando en la fiesta de conmemoración de las almas te quedabas en el templo y a mi se me mandaba fuera, lo que me hizo pensar casi sin darme cuenta, durante largo tiempo y aparentemente por el hecho de ser echado fuera, que se trataba de algo indecente. Así era en el templo; en casa era incluso más penoso y se limitaba a celebrar la primera noche de la Pascua, que cada vez se iba convirtiendo más en una comedia con ataques de risa, si bien bajo la influencia de los niños que se iban haciendo mayores. (¿Por qué tenías que reducirte a esta influencia? Porque tú mismo la habías provocado.) Así que éste era el material de fe que me fue dado, a lo que como mucho se añadía la mano tendida, que señalaba a «los hijos del millonario Fuchs», que estaban con su padre en el templo en las fiestas importantes. Yo no comprendía cómo se podía hacer algo mejor con este material, que perderlo de vista lo más pronto posible; justo este perderlo de vista me parecía la acción más piadosa.

Más tarde, sin embargo, lo contemplé otra vez de manera distinta, y comprendí por qué tú podías creer que también en este aspecto yo te traicionaba malintencionadamente. Realmente habías traído contigo algo de judaísmo de la comunidad aldeana, casi un «ghetto», de la que procedías; no era mucho y se perdió algo más en la ciudad y en el ejército, de todas maneras apenas si bastaban las impresiones y los recuerdos de juventud para una forma de vida judía, sobre todo porque tú necesitabas mucho de semejante ayuda, sino que eras de un tronco muy firme y tu persona apenas si podía ser conmovida por pensamientos religiosos si no se mezclaban mucho con pensamientos sociales. En el fondo, el pensamiento que guiaba tu vida consistía en que creías en la necesaria certeza de las opiniones de una clase social judía determinada y así, al pertenecer estas opiniones a tu ser, te creías a ti mismo. También había suficiente judaísmo, pero para ser transmitido era demasiado poco para el niño, se vaciaba totalmente mientras que tú lo transmitías.

En parte, eran impresiones juveniles e intransmitibles; en parte, tu temido ser. También era imposible hacer comprensible a un niño de puro miedo exageradamente observador, que el par de nulidades, que tú hacías en nombre del judaísmo, con una indiferencia de acuerdo con su nulidad, pudieran tener un sentido más alto. Para ti tenían sentido como recuerdos de tiempos anteriores y por ello me las querías

procurar a mí, pero esto sólo lo podías hacer, puesto que también para ti ya no tenían valor propio alguno, mediante la insistencia o amenaza; por una parte, esto no podía resultar, y por otra parte, tenía que hacerte enfadar mucho conmigo, ya que no reconocías tu débil posición aquí, a causa de mi aparente oposición.

Todo esto no es un fenómeno aislado, de forma parecida ocurría en una gran parte de esta generación de transición judía, la cual emigró del todavía relativamente devoto campo a las ciudades; esto se deducía sin más, sólo que añadía a nuestra relación, que no tenía deficiencia alguna en rudeza, una tensión aún mayor. Pero en contra de esto, y también en este punto, al igual que yo, creer en tu no culpabilidad, pero esta falta de culpabilidad explicada por tu ser y por las circunstancias históricas, pero no sólo por las circunstancias marginales, o sea, no decir, por ejemplo, que has tenido otras muchas ocupaciones y preocupaciones como para además haberte podido ocupar de semejantes cosas. De esta forma acostumbras a derivar de tu indudable inocencia un injusto reproche hacia los demás. Esto es refutable en todas partes y aquí muy fácilmente.

No se trataba de una clase que tenías que haber dado a los niños, sino dando ejemplo con tu vida; si tu judaísmo hubiera sido más fuerte, hubiera sido también tu ejemplo más rotundo; esto no es otra vez, naturalmente, reproche alguno, sino una defensa de tus reproches. Últimamente has leído las memorias de juventud de Franklin. Realmente te las he dado a propósito para que te rieras, pero no, como irónicamente señalabas, por un pequeño pasaje sobre vegetarianismo, sino por la relación entre el autor y su padre, tal y como está descrita allí, y por la relación entre el autor y su hijo, tal y como de por sí se expresa en estas memorias escritas para el hijo. No quiero hacer resaltar aquí detalles.

Una cierta confirmación suplementaria de esta concepción del judaísmo la recibí de tu comportamiento en los últimos años cuando te pareció que me ocupaba más de las cosas judías. Como ya de entrada tenías una aversión hacia todas mis ocupaciones y sobre todo contra la forma de mi toma de interés, también la tenías aquí. Pero prescindiendo de esto se hubiera podido esperar que hicieras aquí una pequeña excepción. Pues era judaísmo de tu judaísmo el que se hacía sentir aquí y así con ello también la posibilidad de entablar nuevas relaciones entre nosotros. No niego que estas cosas, si hubieses mostrado interés por ellas, me hubieran resultado precisamente por ello sospechosas. Ni se me ocurre querer afirmar que yo soy en este aspecto de alguna manera mejor que tú. Pero no se trata de probarlo. Por mi mediación se te hizo el judaísmo asqueroso, las escrituras judías ilegibles, te «daban asco». Esto podía significar que te mantenías en que sólo el judaísmo, en la forma en que tú me lo has enseñado en la niñez, es el único correcto, que por encima de esto ya no hay nada. Pero que quisieras mantenerlo era casi inimaginable. Pero entonces el «asco» (prescindiendo de que en primer lugar se dirigía contra mi persona y no contra el judaísmo) sólo podía significar que inconscientemente reconocías la debilidad de tu judaísmo y de mi educación judía, que no querías que se te recordara de ninguna manera y que contestaba con un odio abierto a todos los recuerdos.

Por cierto, era muy exagerada tu negativa estimación de mi nuevo judaísmo; en primer lugar, lleva dentro de sí tu maldición, y en segundo lugar, fue decisivo para su desarrollo la relación sistemática con los hombres; en mi caso, pues, mortal.

Con tu aversión acertabas más en mi actividad de escribir y a lo que, desconocido para ti, con esto estaba relacionado. Ciertamente que aquí me había separado un trecho sin depender de ti, si bien recordaba un poco al gusano que, pisoteada la parte trasera, se libra con la parte delantera y se arrastra a un lado. Hasta cierto punto estaba seguro, había un respiro; la aversión que naturalmente tuviste en seguida también hacia mis escritos, me era aquí excepcionalmente bienvenida.

Mi vanidad, mi orgullo sufrían, sin embargo, con el saludo, que para nosotros se había hecho famoso, de mis libros: «¡Déjalo en la mesilla de noche!» (generalmente jugabas a las cartas cuando venía un libro), pero en el fondo me agradaba, no sólo por una apeteciente maldad, no sólo por la alegría de una nueva confirmación de mi concepción de nuestras relaciones, sino por completo originariamente, pues aquella fórmula me sonaba como: «¡Ahora eres libre!» Era naturalmente una equivocación, no era, o en el mejor de los casos todavía, libre. Mi escritura trataba de ti, allí sólo me quejaba de aquello que no podía quejarme sobre tu pecho. Era una intencionada despedida de ti llevada hacia lo lejos, sólo que era forzado por ti, pero que discurría por la dirección por mí determinada. ¡Pero qué poco era todo esto! Solamente merece la pena ser mencionado porque ha acontecido en mi vida, en otra parte ni se notaría, y además porque me dominó mi vida; en la niñez como presentimiento, más tarde como esperanza, aún más tarde, a menudo como desesperación y porque me dictó mi par de pequeñas decisiones —si se quiere, otra vez en tu figura.

Por ejemplo, para elegir la profesión. Ciertamente, aquí me dabas total libertad en tu magnánima e incluso en este caso paciente manera. Si bien seguías también aquí el trato general, y que a ti te servía de comparación, de los hijos de la clase media judía o por lo menos los juicios de valor de esa clase. Finalmente también influyó aquí una de tus equivocaciones con mi persona. Pues desde siempre me consideras a causa de tu orgullo paterno, por desconocimiento de mi auténtica forma de ser, por conclusiones sobre mi debilidad, como especialmente trabajador. Según tu opinión, de pequeño aprendía continuamente y más tarde escribía también continuamente. Nada más lejos de la verdad. Antes se puede decir, exagerando mucho menos, que estudié poco y no aprendí nada; no es muy extraño que haya asimilado algo a través de los años y con una memoria normal y con una inteligencia no excesivamente mala; pero en todo caso, el resultado global en lo referente a conocimiento y sobre todo en cuanto a la fundamentación del mismo es extremadamente lastimoso en comparación al tiempo y dinero empleados —en medio de una vida exteriormente tranquila y despreocupada—, especialmente en comparación con todas las personas que conozco. Es lastimoso, pero para mí es comprensible. Tenía, desde que me puedo acordar, unas preocupaciones tan profundas por la afirmación de una existencia espiritual, que todo lo demás me era indiferente. Los estudiantes judíos suelen ser

algo raros, allí se encuentra lo más improbable, pero mi fría indiferencia apenas cubierta, indestructible, infantilmente desvalida, que llega hasta lo ridículo, llena de una animal autosatisfacción; una indiferencia de un niño con una imaginación autosuficiente, pero fría, no he vuelto a encontrarla en ningún otro sitio, si bien aquí era la única protección contra una destrucción nerviosa a causa del miedo y del sentimiento de culpabilidad. Sólo me ocupaba la preocupación por mí mismo, pero ésta de la forma más variada. Como preocupación por mi salud; empezó de una manera sencilla, aquí y allá se originaba un pequeño temor por la digestión, por la caída del pelo, por mi jibosa columna vertebral, y etcétera; esto se aumentó en incontables graduaciones, al final terminó en una auténtica enfermedad. Pero como no estaba seguro de nada, como necesitaba de cada momento una nueva confirmación de mi existencia, y no poseía nada mío de un modo propio, indudable, exclusivo, decidido por mí, como realmente era un hijo desheredado, también lo más inmediato, o sea, mi propio cuerpo, se me tomó inseguro; crecí mucho, pero no sabía qué hacer con mi estatura, la carga era demasiado pesada, la espalda se encorvó; apenas si osaba moverme y menos hacer gimnasia, quedé débil; contemplaba todo sobre lo que aún disponía como un milagro, como mi buena digestión; esto bastaba para perderla, con lo que el camino hacia la hipocondría estaba libre, hasta que con el sobrehumano esfuerzo de quererme casar (sobre esto hablaré más tarde) salió la sangre de los pulmones, en lo que el piso en Schombornpalais —que yo sólo usaba porque creía utilizarlo para mi actividad de escribir, de manera que también esto hay que mencionarlo en esta hoja— puede tener suficiente participación.

Así que todo esto no provenía de un trabajo excesivo, como tú siempre te imaginabas. Había años en los que, completamente sano, he ganduleado en el canapé más tiempo que tú en toda tu vida, contando todas tus enfermedades. Cuando atareado al máximo me apartaba de ti era, generalmente, para tumbarme en mi habitación. Mi rendimiento global en el trabajo, tanto en el despacho (donde la vaguería no se nota mucho y además era controlada por mi miedo) como en casa, es minúsculo; si tuvieras una visión de éste, te espantaría. Posiblemente no sea vago por naturaleza, pero no había para mí nada que hacer. Allí donde vivía era rechazado, condenado, vencido y escaparme a cualquier otro sitio me cansaba extremadamente, pero esto no era ningún trabajo, pues se trataba de algo imposible, que era inalcanzable para mis fuerzas, salvo pequeñas excepciones.

En esta situación, pues, recibí la libertad de elegir profesión. ¿Pero podía aún utilizar con propiedad esa libertad? ¿Aún me creía capaz de lograr una verdadera profesión? Mi propia valoración dependía de ti mucho más que de cualquier otra cosa, como, por ejemplo, un éxito externo. Este era el fortalecimiento de un momento, si no nada; pero al otro lado tiraba tu peso con mucha más fuerza. Nunca conseguí aprobar el primer curso de la Escuela Nacional, pensaba, pero resultó, conseguí incluso un premio; pero el examen de entrada al bachillerato seguro que no lo aprobaba, pero resultó; pero seguro que ahora suspendo en el primer curso del Instituto; no, no suspendí y siempre seguía adelante. Pero de esto no nació ninguna

confianza, al contrario, siempre estaba convencido —y en tu semblante rechazante tenía la prueba de ello— de que, contra más consiga, peor va a tener que salir finalmente. A menudo veía en el espíritu la terrible reunión de los profesores (la Escuela es sólo el ejemplo más unitario, pero por todas partes a mi alrededor era semejante) que se reunían después de aprobar el primer curso, o sea, en el segundo; una vez aprobado éste, en el tercero, para examinar este caso único, que clamaba al cielo, de cómo me había sido posible, a mí, el más incapacitado, y en cualquier caso el más ignorante, arrastrarme hasta aquella clase que, centrada la atención en mí, naturalmente me iba a escupir inmediatamente, para alegría de todos los justos liberados de semejante pesadilla. A un niño no le resulta fácil vivir con semejantes ideas. En semejantes circunstancias, ¿qué me podía preocupar el estudio? ¿Quién podía arrancar de mi persona un poco de interés? Me interesaban más las clases —y no sólo las clases, sino todo lo que en esta decisiva edad me rodeaba— como a un empleado de banca que comete una estafa —que sigue en su puesto, pero que tiembla ante el temor de ser descubierto— le interesan las diarias y pequeñas operaciones bancarias, operaciones que aún ha de solucionar como consecuencia del cargo que ocupa. Tan lejano, tan insignificante resultaba todo en relación con el problema principal. Así continuó todo hasta el examen final, que realmente aprobé, en parte gracias al engaño; luego todo se detuvo, ya era libre. Si ya entonces, a pesar de la presión del instituto, me había ocupado sólo de mí mismo, con más intensidad debía hacerlo ahora que era libre. Así que una auténtica libertad para escoger la profesión no había para mí, sabía que en relación con la cuestión principal todo me iba a resultar tan indiferente como las disciplinas del Instituto; así, pues, se trataba de encontrar una profesión que, sin herir demasiado mi vanidad, me permitiera conservar mayormente esa indiferencia. Así, pues, el Derecho era lo más lógico. Pequeñas y contrarias tentaciones originaban la vanidad, de una esperanza sin lógica, como catorce días de estudiar química y medio año de estudio de germánicas, no hacían más que fortalecer aquel convencimiento inicial. Así, estudié Derecho. Esto significaba que durante los pocos meses que precedían a los exámenes, bajo un gran desgaste nervioso, espiritualmente iba a alimentarme del serrín que además ya me había sido masticado con anterioridad por mil bocas.

Pero en cierto sentido me complacía esto precisamente, al igual que en cierto sentido me ocurría antes con el Instituto y más tarde con la profesión de funcionario, pues todo esto respondía completamente a mi situación. En cualquier caso demostré aquí una intuición extraordinaria; ya de pequeño tenía en relación con los estudios y la profesión unas nociones bastante claras. De aquí no esperaba ninguna salvación, aquí ya hacía tiempo que había renunciado.

Pero no mostré ninguna intuición en relación con la significación y posibilidad de un matrimonio; este terror, hasta ahora el mayor de mi vida, me sobrevino casi completamente inesperado. El niño se había desarrollado tan despacio, que estas cosas le quedaban externamente tan alejadas; aquí y allá se producía la necesidad de pensar en ello; pero no se podía preveer que aquí se preparaba un largo, decisivo e

incluso el más amargo examen. Pero en realidad fueron los intentos de boda los intentos de salvación más grandes y más esperanzadores, pero, en consecuencia, igual de grande fue el fracaso.

Temo, dado que en este campo todo me sale mal, que tampoco consiga hacerte comprensibles estos intentos de matrimonio. Y, sin embargo, depende de ello el éxito de toda la carta, pues por un lado, estaba reunida en estos intentos la totalidad de fuerzas positivas de que disponía; por otro lado, se reunían también aquí con verdadero ímpetu todas las fuerzas negativas que he señalado como resultado aparejado a tu educación, como la debilidad, la carencia de confianza en mí mismo, el sentimiento de culpabilidad, y tendían formalmente un cordón entre yo y el matrimonio. La explicación me resultaba también difícil porque tanto lo he pensado y estudiado una y otra vez durante tantos días y noches, que hasta a mí mismo se me nubla la vista. La explicación sólo me resulta facilitada por tu comprensión, según mi opinión, totalmente equivocada; una comprensión tan radicalmente falsa no parece excesivamente difícil de ser corregida.

Para empezar sitúas el fracaso de mis matrimonios en la línea de mis otros fracasos; en contra de esto no tendría nada realmente, partiendo de la base de que aceptarás la explicación que hasta ahora he dado del fracaso. Ciertamente se encuentra en esta línea, sólo que tú infravaloras la importancia del asunto y lo infravaloras de tal modo que cuando lo comentamos entre nosotros, hablamos de algo completamente distinto. Me atrevo a decir que no te ha ocurrido nada en tu vida que haya tenido para ti la misma importancia que para mí los intentos de matrimonio. Con ello no quiero decir que no hayas vivido algo tan importante; al contrario, tu vida fue mucho más rica, más llena de preocupaciones y más agitada que la mía, pero justo por esto no te ha ocurrido nada semejante. Es como cuando uno tiene que subir cinco escalones bajos de una escalera y una segunda persona sólo un escalón, pero que es por lo menos para él tan alto como los otros cinco juntos; la primera no sólo subirá los cinco escalones, sino cien y mil más; habrá llevado una gran y cansada vida, pero ninguno de los escalones que ha subido habrá significado para él lo que para el otro aquel único primer escalón, imposible de subir para sus fuerzas; no podrá llegar hasta él y naturalmente no podrá pasarlo.

Casarse, fundar una familia, aceptar todos los hijos que vengan, mantenerlos en este inseguro mundo e incluso guiarlos un poco es, según mi convencimiento, lo máximo que puede conseguir un hombre. El que aparentemente a muchos les resulte tan fácil no es ninguna demostración en contra, pues en primer lugar no son tantos los que lo consiguen, y en segundo lugar, esos pocos, por lo general, no lo «hacen», sino que simplemente les «ocurre»; esto no es, sin embargo, aquel máximo, pero sin embargo todavía muy grande y muy honroso (especialmente al no diferenciarse limpiamente entre si «hacer» y «ocurrir»). Y finalmente no se trata de este máximo, sino de una lejana pero aceptable aproximación; no es necesario volar al centro del sol, pero sí arrastrarse a un pequeño y limpio lugar en la tierra, donde a veces llegase el sol y uno pueda calentarse un poco.

¿Cómo me encontraba preparado para ello? Lo peor posible. Esto se deduce de lo que precede. Pero en tanto que hay una preparación directa del individuo y una creación directa de las condiciones básicas generales, externamente no has actuado mucho. No es posible de otra manera; aquí deciden los hábitos generales sexuales de una clase, un pueblo y una época. Sin embargo, interviniste allí, no mucho, pues la expectación de semejante intervención sólo puede ser una fuerte, mutua y recíproca confianza, y ésta nos faltaba a ambos ya desde hacía tiempo, en el momento culminante; no has intervenido muy felizmente porque nuestras necesidades eran completamente distintas; lo que a mí me atañe apenas si tiene que afectarte a ti y al revés: lo que en ti es inocencia puede ser una culpa en mí y al revés: lo que en ti no tiene consecuencias puede ser mortal de necesidad para mí.

Recuerdo que una noche salí a pasear contigo y con mamá; estábamos en la Josefplatz, cerca del actual Banco de las Naciones, y comencé a hablar tontamente, jactándome, con superioridad, orgullosamente, serenamente (esto era fingido), fríamente (esto era auténtico) y tartamudeando, como acostumbraba a hablar generalmente contigo, sobre el sexo; os reproché el que no me hubiérais enseñado nada, que hubieran tenido que ser mis compañeros los que se tuvieran que encargar de ello, que me hubiera encontrado al lado de grandes peligros (aquí, según mi estilo, mentí descaradamente para mostrarme valeroso, pues como consecuencia de mi miedo no tenía una idea exacta de «los grandes peligros»), pero indicaba al final que felizmente ya lo sabía todo, que ya no necesitaba ningún consejo y que ya estaba todo en orden. Principalmente, entonces comencé a hablar de ello porque me gustaba nombrarlo por lo menos, también por curiosidad y finalmente también para vengarme de alguna forma por algo que me habíais hecho. De acuerdo con tu ser, lo aceptaste sencillamente, sólo decías que podrías aconsejarme cómo hacer esas cosas sin peligro. Tal vez había querido provocar una respuesta semejante, que correspondía a la concupiscencia de un niño sobrealimentado con carne y buenas cosas, físicamente inactivo y continuamente ocupado consigo mismo; pero hirió mi vergüenza externa de tal manera o yo creí, que tenía que estar tan herida, que en contra de mi voluntad no pude seguir hablando contigo sobre ello y corté insolente y altivamente la conversación.

No es fácil juzgar tu respuesta de entonces; por un lado, tienes una franqueza apabullante, en cierto aspecto primitiva; por otro lado, en lo que atañe a la doctrina misma, se desenvuelve de una forma muy actual. No sé que edad tenía entonces; seguro que no mucho más de dieciséis. Para un chico semejante era, sin embargo, una respuesta muy curiosa, y la distancia entre nosotros dos se ve también en que ésta fue la primera directa, e importante para mi vida, enseñanza que recibí de ti. Pero su sentido auténtico, que ya entonces se sumergió dentro de mí, pero que no fue sino hasta mucho después, que llegó a mi conciencia, era el siguiente: aquello que me aconsejabas hacer era, según tu opinión y más aún para mi opinión de entonces, lo más sucio que había. El que quisieras preocuparte de que no trajera corporalmente conmigo, nada de aquella suciedad, era secundario; con ello tan sólo te protegías tú

mismo y a tu casa. Lo principal era, mucho más, que tú te quedabas fuera de tu consejo, un hombre casado, un hombre puro, que se encontraba por encima de estas cosas; esto se agudizaba entonces para mí seguramente sólo porque el matrimonio me parecía también obsceno, por lo que me era imposible aplicar a mis padres aquello que en general había oído sobre el matrimonio. Con ello te hiciste aún más puro, te elevaste aún más. El pensamiento de que también me hubieras podido dar un consejo semejante del matrimonio me era completamente inimaginable. Así, apenas si había un pequeño resto de suciedad terrenal en ti. Y precisamente tú me empujabas, como si yo estuviera predestinado a ello, a esta suciedad con unas cuantas palabras francas. Si el mundo se componía sólo de mí y de ti, una idea que tenía muy próxima, se terminaba entonces la pureza del mundo, contigo y conmigo empezaba la suciedad, gracias a tu consejo. En el fondo era incomprensible que me condenaras así; sólo una vieja culpa y el más profundo desprecio por tu parte podrían explicármelo. Con lo que de nuevo me encontraba atrapado en lo más profundo de mi ser y de una forma muy dura.

Tal vez sea aquí donde más claramente se manifieste la falta de culpa de los dos. A da a B un consejo franco, muy acorde con su forma de ver la vida, tal vez no muy bonito, pero sin embargo muy corriente también hoy en día en la vida de la ciudad, y que tal vez evite daños en su salud. Para B, este consejo no es moralmente muy fortalecedor, pero por qué razón no va a poder, con el paso de los años, abrirse camino desde el mal; además no tiene que seguir el consejo y, en cualquier caso, sólo el consejo no es causa para que a B se le caiga todo su futuro encima. Y sin embargo, algo pasa de esta forma, pero sólo porque tú eres A y yo soy B.

Puedo contemplar muy bien esta inocencia de ambos, porque se ha producido entre nosotros, veinte años más tarde, un choque semejante, bajo condiciones completamente distintas; espantoso como hecho real, pero en sí mismo mucho menos perjudicial, pues, ¿qué quedaba en mí, con treinta y seis años, que aún pudiera ser dañado? Me refiero con ello a una pequeña conversación que ocurrió en uno de los agitados días que siguieron a mi último intento de matrimonio. Más o menos, me dijiste: «Seguramente se haya puesto ella una blusa escogida, como saben hacerlo las judías de Praga, y a la vista de ello te has decidido, naturalmente, a casarte con ella. Y lo más rápidamente posible, en una semana, mañana, hoy. No te comprendo, eres un hombre formado, estás en la ciudad y no se te ocurre nada mejor que casarte con la primera que se te antoja. ¿No hay otras posibilidades? Si te asustas de esto yo mismo iré contigo». Hablaste de un modo más claro y detallado, pero no puedo acordarme de detalles, tal vez se me nublaran un poco los ojos; casi me interesaba más cómo mamá, si bien completamente de acuerdo contigo, cogió de todas formas algo de la mesa y salió con ello de la habitación, Nunca me has humillado más con tus palabras y nunca me has expresado más claramente tu desprecio.

Cuando hace veinte años me hablaste de forma parecida, se habría podido ver en ello, incluso con tus ojos, algo de respeto para con el adolescente que, según tu

opinión, ya podía ser introducido sin rodeos en la vida. Hoy tal consideración sólo podría aumentar aún más el desprecio, pues el adolescente que entonces hacía su arranque se ha quedado atascado en él y hoy te parece que no tiene ni un ápice más de experiencia, sino por veinte años más lamentable que antes. Mi decisión por una muchacha no significaba absolutamente nada para ti. Siempre (de forma inconsciente) habías mantenido reprimida mi capacidad de decisión y creías saber ahora (inconscientemente) lo que ésta valía. De mis intentos de salvación en otras direcciones no sabías nada, por lo que no podías saber nada del proceso mental que me había llevado a este intento de matrimonio; tenías que procurar adivinarlos, y de acuerdo con el concepto global que de mí tenías fuiste a dar con lo más odioso, grosero y ridículo. Y no dudaste un instante en decírmelo en igual forma. La vergüenza que con ello me ocasionabas no era nada en comparación con la vergüenza que según tu opinión iba a causarle a tu nombre con el matrimonio.

Ya, a la vista de mis intentos matrimoniales, puedes contestarme a algunas preguntas y, en efecto, así has hecho: no podías respetar mucho mi decisión, cuando he roto dos veces mi compromiso con F y por dos lo he vuelto a reanudar, cuando en vano os he arrastrado a ti y a mamá, por el compromiso, hasta Berlín y otras cosas por el estilo. Todo esto es cierto, pero ¿cómo pudo llegar a ocurrir?

La idea base era correcta en ambos intentos de matrimonio: fundar un hogar, independizarme.

Una idea que a ti te resultaba simpática, sólo que en realidad resulta como el juego de niños en el que uno sujeta la mano del otro e incluso aprieta, mientras que al mismo tiempo grita: «Pero vete, vete, ¿por qué no te vas?» Lo que desde luego se ha complicado en nuestro caso al haber dicho tú desde siempre y con toda sinceridad ese «¡Vete!», pero al mismo tiempo, sin saberlo y sinceramente, sólo gracias a la fuerza de tu ser me retenías, mejor dicho, me reprimías.

Ambas muchachas habían sido excepcionalmente bien elegidas, puede ser que casualmente. De nuevo una muestra de tu total incompreensión es el que pudieras pensar que yo, el asustadizo, el vacilante, el receloso pudiera decidirme de pronto a casarme por el mero encanto de una blusa. Al contrario, ambos matrimonios hubieran sido más bien matrimonios razonados, si así puede llamarse al que la primera vez durante años y la segunda durante meses estuvo noche y día toda mi fuerza de reflexión al servicio del proyecto.

Ninguna de las muchachas me ha decepcionado, yo a ellas sí. Mi concepto sobre ellas es hoy exactamente el mismo que entonces, cuando quise casarme con ellas.

Tampoco es que en el segundo intento de matrimonio haya despreciado las experiencias del primer intento, que haya sido tan insensato. Es que eran casos completamente distintos; justo las experiencias anteriores me podían dar una esperanza en el segundo caso, que se presentaba mucho más favorable. No quiero hablar aquí de detalles.

Así pues, ¿por qué no me he casado? Al igual que por todas partes, había unos obstáculos determinados, pero la vida consiste en aceptar esos obstáculos. Sin

embargo, el obstáculo esencial, que por desgracia era independiente de cada caso, era que aparentemente no soy espiritualmente apto para el matrimonio. Esto se exterioriza en que a partir del momento en que me decido a casarme no puedo dormir; la cabeza me hierve día y noche; ya no es vida, me voy tambaleando desesperado. No son en realidad preocupaciones las que lo causan, si bien hay incontables preocupaciones unidas a mi melancolía y a mi pedantería, pero no son éstas lo decisivo; es cierto que terminan su trabajo como gusanos en el cadáver, pero soy definitivamente atacado por otras cosas. Es la presión constante del miedo, de la debilidad, del desprecio a mí mismo.

Intentaré explicarlo más detalladamente: en mi intento de matrimonio coinciden en mis relaciones contigo, con más fuerza que en ningún otro sitio, dos cosas aparentemente opuestas. El matrimonio es con certeza la garantía para la mayor autoliberación e independencia. Tendría una familia, lo máximo que, según mi opinión, se puede alcanzar; así, pues, también lo más alto que tú has alcanzado. Sería igual que tú; toda antigua y eternamente nueva vergüenza y tiranía sería ya tan sólo historia. Esto sería realmente fantástico, pero justo ahí reside ya lo dudoso. Es demasiado; tanto no puede ser alcanzado. Es igual que si uno que estuviese encarcelado no sólo tuviese la intención de escaparse, lo que tal vez podría ser conseguido, sino que además y al mismo tiempo tuviera la intención de convertir para él la prisión en un palacio de recreo. Pero si huye no puede hacer la transformación, y si transforma no puede huir. Si yo quiero ser independiente en esta penosa relación en la que con respecto a ti me encuentro, tengo que hacer algo que carezca en lo posible de relación alguna contigo; si bien el casarme es lo máximo y da la independencia más honrosa, está sin embargo en la más estrecha relación contigo. El querer superar esto tiene por ello algo de locura, y cada intento se paga con ésta.

Precisamente esta estrecha relación me lleva en parte al matrimonio. Me imagino la igualdad que nacería entonces entre nosotros dos y que tú podrías comprender mejor que ninguna otra; sería tan bonita porque yo podría ser entonces un hijo libre, agradecido, inocente, recto, y tú podrías ser un padre sin presiones, nada tiránico, con sensibilidad y contento. Pero para conseguirlo habría que dar por no sucedido todo lo sucedido, es decir, ser borrados nosotros mismos.

Pero por ser tal y como somos me está cerrado el matrimonio, por ser precisamente tu terreno más propio. A veces me imagino el mapamundi extendido delante de mí y a ti, estirado, cruzándolo oblicuamente. Y entonces me resulta, como si sólo pudiese considerar para vivir yo aquellas zonas que o bien no tocas o que están fuera de tu alcance. Y de acuerdo con la idea que de tu tamaño tengo, no son muchas y no muy consoladoras las zonas y sobre todo el matrimonio no está entre ellas.

Ya sólo esta comparación demuestra que de ninguna manera quiero decir que tú, con tu ejemplo, me hayas ahuyentado del matrimonio, como ocurrió con la tienda. Al contrario, a pesar de toda lejana similitud. Tenía en vuestro matrimonio, uno que en muchos aspectos podía servirme de ejemplo, ejemplar en fidelidad, en ayuda mutua,

en el número de niños e incluso cuando los niños crecieron y rompieron cada vez más la paz, el matrimonio como tal no se vio afectado. Precisamente sea tal vez con este ejemplo con lo que se forma mi alto concepto del matrimonio; el hecho de que mi deseo de casarme resultase impotente tenía otros motivos. Residían en tu relación con tus hijos, de la que trata toda esta carta.

Existe una opinión sobre el matrimonio según la cual el miedo ante el mismo proviene de que se teme que los niños le hagan pagar más tarde aquello que uno mismo hizo a sus propios padres. Creo que esto no tiene gran importancia en mi caso, pues mi sentimiento de culpabilidad proviene en realidad de ti y está demasiado impregnado por su singularidad; si esta sensación de la singularidad pertenece a su atormentadora esencia, una repetición es inimaginable. De todas maneras debo decir que a mí me sería insoportable un hijo mudo, sordo, seco, derrumbado; si no existiese otra posibilidad, huiría de él, me marcharía, tal y como tú quisiste hacer por causa de mi primer matrimonio. Puedo estar igualmente influenciado por ello en mi incapacidad para el matrimonio.

Pero es aquí mucho más importante el miedo por mí mismo. Esto hay que comprenderlo así: ya he señalado que he hecho —con mínimo éxito— en mi actividad de escribir y en lo que con esto está relacionado pequeños intentos de independizarme, de huida; muchas cosas me confirman que apenas si continuarán. A pesar de ello es mi deber o, aún más, mi vida consiste en ello, velar por estos intentos, no dejar que se les aproxime ningún peligro que yo pueda rechazar, ni una posibilidad de un peligro semejante. El matrimonio es una posibilidad de semejante peligro, si bien también la posibilidad de máximo avance; pero a mí me basta con que sea la posibilidad de un peligro. ¡Qué iba a hacer yo si de verdad resultara un peligro! ¡Cómo iba a poder seguir viviendo en el matrimonio con la tal vez indemostrable pero en cualquier caso indiscutible sensación de semejante peligro! Con respecto a esto puedo dudar, pero es segura la solución final: tengo que renunciar. La comparación de: más vale pájaro en mano que ciento volando tiene lugar aquí muy difícilmente (Kafka utiliza otro refrán que no puede ser traducido directamente, pero cuyo sentido es el del refrán que aquí se cita). En la mano no tengo nada, todo está volando, y sin embargo tengo que elegir esa nada —así lo determinan las condiciones de la lucha y la miseria de la vida—. De igual manera he tenido que proceder también en la elección de profesión.

Pero el mayor obstáculo para el matrimonio es la ya inamovible convicción de que para el mantenimiento y guía de la familia pertenece necesariamente todo aquello que en ti he reconocido, y además todo ello junto, lo bueno y lo malo, tal y como orgánicamente está en ti unido, o sea, fuerza e ironía con los demás, salud y una cierta desproporción, facilidad de palabra e inaccesibilidad, autoconfianza y descontento con todos los demás, dominio del mundo y tiranía, conocimiento de los hombres y desconfianza de la mayoría; luego las ventajas sin inconvenientes, tales como laboriosidad, constancia, fortaleza de espíritu, intrepidez. En comparación, casi no tenía nada de todo esto o bien sólo muy poco. ¿Y con ello quería osar casarme

mientras que veía que incluso tú tenías que luchar duramente en el matrimonio y que incluso renunciabas ante tus hijos? Naturalmente, esta pregunta no me la formulaba claramente y no la contestaba claramente, pues de lo contrario las reflexiones normales se hubieran encargado de la cuestión y me hubieran mostrado otros hombres, distintos a ti (por nombrar uno cercano a ti y muy distinto: tío Ricardo), y que sin embargo se han casado y no por ello se han hundido, lo que ya significa mucho y a mí me habría bastado sobradamente. Pero no formulaba esta frase, sino que la vivía desde la niñez. No me probaba a mí mismo ante el matrimonio sino ante cualquier pequeñez; ante cualquier pequeñez me convencías con tu ejemplo y con tu educación, tal y como he intentado describirlo, de mi ineptitud, y todo aquello que coincidía en cada pequeñez y que te daba la razón, naturalmente tenía que ser tremendamente cierto en lo más importante, es decir, en el matrimonio. Hasta mis intentos de boda he crecido más o menos como un hombre de negocios que vive con preocupaciones y malos presentimientos, pero sin llevar un exacto libro de cuentas. Tiene unas pocas y pequeñas ganancias que, como consecuencia de su rareza, no deja de acariciar y exagerar en su imaginación, sino sólo tiene pérdidas diarias. Todo es apuntado en el libro de cuentas, pero nunca se hace balance. Ahora viene la obligación de efectuar balance, es decir, el intento de matrimonio. Y entonces es con las grandes sumas con las que aquí hay que contar, como si nunca hubiera existido la más mínima ganancia, todo una y única gran deuda. ¡Y ahora cástate sin volverte loco!

Así termina la vida que hasta ahora he llevado a tu lado, y estas son las perspectivas que lleva en sí para el futuro.

Podrías, si examinaras la fundamentación del miedo que ante ti tengo, contestar: «Afirmas que yo me facilito las cosas cuando explico mi comportamiento contigo atribuyéndote sólo a ti la culpa, pero creo que a pesar de un esfuerzo aparente no te lo haces mucho más difícil, pero sí mucho más llevadero. Primero rechazas también tu culpa y responsabilidad; así, pues, nuestro comportamiento es aquí idéntico. Si bien yo abiertamente te imputo sólo a ti la culpa tantas veces como así lo pienso, tú quieres ser al mismo tiempo «superrazonado» y «supersensible» y librarme a mí de toda culpa. Naturalmente que sólo aparentemente consigues lo último (en el fondo tampoco quieres más) y entre líneas se puede leer, a pesar de todas las «habladurías» de forma de ser y de naturaleza, contradicción y desamparo, que en realidad he sido yo el atacante, mientras que todo lo que tú has hecho era sólo en defensa propia. Así, pues, ya habrías conseguido bastante con tu falta de sinceridad, pues has demostrado tres cosas: la primera, que eres inocente; la segunda, que yo soy culpable, y la tercera, que de pura magnanimidad no sólo estás dispuesto a perdonarme, sino, lo que es más y menos, demostrar además y querer creerlo tú mismo que también yo, aun faltando a la verdad, soy inocente. Esto ya te podría bastar, pero todavía no ocurre así. Se te ha metido en la cabeza querer vivir a mi costa. Concedo que luchemos el uno contra el otro, pero hay dos formas de lucha. La lucha entre caballeros, donde se miden las fuerzas de dos enemigos independientes

y donde cada uno lucha él mismo, pierde él solo, triunfa él solo. Y la lucha del parásito, que no sólo pincha, sino que al mismo tiempo chupa la sangre para poder vivir. Este es el auténtico mercenario y así eres tú.

Eres incapaz para la vida; pero para poder organizártela cómoda y despreocupadamente y sin autoreproches demuestras que yo te he quitado toda tu capacidad para enfrentarte con la vida y que me la he metido en mis bolsillos. Qué te importa a ti ahora el que seas incapaz; yo tengo la responsabilidad. Pero tú te estiras tranquilamente y te dejas arrastrar —física y mentalmente— por mí y por el mundo. Un ejemplo: cuando últimamente quisiste casarte, quisiste, y eso lo admites en esta carta, al mismo tiempo no casarte; pero quisiste, para no tener que esforzarte, que yo te ayudara a no casarte, prohibiendo esa boda por la «vergüenza» que esa unión iba a suponer para mi nombre. Pero esto ni se me ocurrió. Primero, no quise resultarte aquí y, al igual que siempre, nunca un «obstáculo para tu felicidad», y segundo, nunca quise tener que oír semejante reproche de mi hijo. ¿Pero me ha servido de algo el que me haya forzado a ceder, con lo que te dejaba vía libre al matrimonio? Ni lo más mínimo. Mi aversión por este matrimonio no lo hubiera impedido; al revés, en el fondo hubiera sido para ti más un estímulo, casarte con la muchacha, pues el «instinto de huida», tal y como tú te expresas, se hubiera consumado así. Y mi consentimiento a la boda no ha evitado tus reproches, pues demuestras que yo soy en cualquier caso el culpable de que tú no te hayas casado. Pero en el fondo no has hecho más que demostrarme aquí y en todo lo demás que todos mis reproches estaban justificados y que entre ellos ha faltado un reproche especialmente justificado, como es el de la inexactitud, de la adulación, del parasitismo. Si mucho no me equivoco, sigues siendo con esta carta mi parásito.»

A lo que yo, en primer lugar, respondo que toda esta objeción que en parte puede volverse también contra ti no proviene de tí sino de mí. Ni siquiera tu desconfianza hacia los demás es tan grande como la desconfianza hacia mí mismo en la que me has educado. No niego una cierta autenticidad en tu objeción, que además aporta algo nuevo a la caracterización de nuestras relaciones. Naturalmente, en la realidad las cosas no pueden encajar tan perfectamente como las pruebas en mi carta; la vida es algo más que un rompecabezas; pero con la corrección que origina esta objeción, una corrección que no puedo ni quiero desarrollar en sus detalles, se ha conseguido, sin embargo —según mi opinión— algo que se acerca tanto a la verdad que puede tranquilizarnos un poco a ambos y que puede facilitarnos la vida y la muerte.

Franz